A DONDE VA EL MUNDO CON TRUMP



Gabriel Massa

A dónde va el mundo con Trump

Gabriel Massa

Buenos Aires, septiembre de 2017

A dónde va el mundo con Trump

Los medios liberales como el New York Times, el Washington Post, CNN, al igual que Le Monde en Francia, el Guardian en Londres, y demás, no dejan de reflejar las continuas desventuras de Trump y su gobierno. Se regodean con cada una de los pasos en falso de este hombre de personalidad prepotente y fanfarrona hasta lo indecoroso.

En el momento de finalizar la escritura de este libro causa furor en esos medios el apoyo apenas disimulado de Trump a los neo-nazis supremacistas blancos de Estados Unidos, uno de cuyos activistas mató, atropellando con un auto, a una participante de una manifestación que los enfrentaba en Charlottesville, estado de Virginia, el 12 de agosto de 2017.

En los mismos días salió del gobierno Stephen K Bannon, que había sido promocionado como el principal estratega y asesor de Trump. Y la prensa liberal lo celebró como otra muestra de la crisis y debilidad del presidente-bocón.

Sin embargo, por esos días, el Washington Post se veía obligado a titular un artículo de su edición del 19 de agosto de 2017 así: **¿El punto de ruptura para los partidarios de Trump? Nopo. Tampoco esta vez.** Y en el cuerpo del artículo firmado por la periodista Sabrina Tavernise, decía: Fue una semana de tumulto incesante cuando Trump se metió en una guerra abierta con algunos de su propio partido por sus declaraciones respecto de la violencia en Charlottesville, Virginia; ejecutivos de empresas abandonaron sus consejos asesores; altos jefes militares hicieron declaraciones puntuales denunciando el racismo de un modo que él no lo hizo; y su jefe de estrategas asediado, Stephen K. Bannon, renunció. Sin embargo, en todo el país, los partidarios de Trump –y según muchas encuestas, los republicanos más ampliamente- acordaron con su interpretación de un remolino de eventos cargados racialmente y se quedaron a su lado en medio de aún más ruido y conmoción".

Esto no sólo refleja la distancia que hay entre Trump y su base electoral, por un lado, y los medios liberales ("la prensa mentirosa" según denuncia el presidente de EE.UU.), por el otro, la misma prensa que aseguraba el año pasado que Hillary Clinton llegaría al poder venciendo al chocante candidato republicano. Más en general, refleja una enorme distancia entre la elite liberal de la burguesía de las grandes potencias y sus medios de prensa de los amplísimos sectores populares que, además de a Trump en EE.UU., apoyan electoralmente a partidos de ultra derecha en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, etc.

Este libro está dedicado en primer lugar a intentar disipar la niebla creada por esos medios de difusión dominantes y entender los motivos de este fenómeno electoral. A explicar por qué lo que escandaliza a la opinión liberal no hace mella en la base de Trump y la derecha europea. Pero, mucho más importante, buscará aportar elementos –basados en la concepción marxista- para entender procesos que van mucho más allá de lo electoral y lo inmediato, para anticipar precisamente a dónde va el mundo con Trump.

La presencia de Donald Trump en el gobierno de Estados Unidos no es, ni mucho menos, un rayo en cielo sereno. En las principales potencias capitalistas desde hace años se vienen fortaleciendo figuras y organizaciones de extrema derecha, electoralmente y en términos de influencia en sectores populares, que expresan posturas nacionalistas-imperialistas-belicistas, xenófobas, racistas, anti-obreras, machistas, en contra de los inmigrantes y negadoras del cambio climático y la destrucción de medio ambiente, similares a las del actual presidente norteamericano.

Lo "novedoso" –aunque como veremos, no tanto- es que un representante de estas posturas llegue por elecciones a la presidencia de la primera potencia mundial.

Este crecimiento y fortalecimiento de la extrema derecha a nivel mundial, que ahora da un salto con Trump en el gobierno de EE.UU., va de la mano con el desgaste creciente de fuerzas "liberales" o "moderadas", tanto la que representa Abe en Japón, Merkel en Alemania, la de Macron en Francia, como el caso de los demócratas con Obama y los Clinton a la cabeza en EE.UU. Desde el gobierno de los principales países imperialistas, estos dirigentes y fuerzas representantes del "liberalismo" –en su versión conservadora o socialdemócrata- lejos de satisfacer las demandas de empleo, mejora salarial y en general de garantizar condiciones de vida dignas, han agravado los padecimientos de los trabajadores y sectores populares e incluso perjudicado a amplios sectores de las clases medias en los propios países centrales.

La reacción contra la Unión Europea, como se vio en el voto en Gran Bretaña a favor de la salida de la misma (conocido como Brexit) y se advierte en distintas expresiones políticas en el resto del viejo continente, es parte de este rechazo a las políticas y al "orden" impuesto por el liberalismo. El hecho de que la ultra derecha aparezca capitalizando ese rechazo a la UE es una expresión, como veremos, de la falta de una izquierda que dé una salida por fuera del orden capitalista.

Por más que no hayan triunfado en las elecciones, el crecimiento de las fuerzas de extrema derecha expresado en recientes elecciones en Holanda, Alemania y Francia, es parte de lo mismo.

Este proceso tiene como trasfondo más inmediato la necesidad de las multinacionales y los banqueros de descargar sobre los trabajadores y los pueblos del mundo la crisis que a partir de 2007/2008 se extendió a todo el planeta, al mismo tiempo que los gobiernos concretaban salvatajes por billones de dólares, euros y yenes de esas mismas multinacionales y los grandes bancos responsables por la debacle económica.

Aunque ha habido alzas y bajas en las economías tanto de los países imperialistas como en las naciones del mundo colonial, en general estamos en un período en el que predomina la baja de las economías a largo plazo.

Para aplicar sus medidas de ajuste cada vez más duras contra las masas, buscando salvar las ganancias de los banqueros y las multinacionales, los gobiernos de todo el mundo han contado con la complicidad de las direcciones de todas las organizaciones sindicales y políticas, tradicionales y nuevas, de los trabajadores. Pero, a pesar del aumento de la explotación de los trabajadores en todo el mundo, la tendencia de las economías a un crecimiento anémico y al estancamiento, lejos de revertirse, se profundiza, más allá de algún repunte circunstancial, como el que se advierte desde fines de 2016 y a lo largo de 2017 en EE.UU., Europa occidental y China.

I

El "nacionalismo" populista de Trump

Trump llegó al gobierno asegurando que viene a "hacer grande a Estados Unidos nuevamente". Para ello exige a las multinacionales que traigan de regreso los empleos industriales que mudaron a países como China y México, busca renegociar o liquidar pactos comerciales que supuestamente favorecen a otras naciones como el NAFTA (Acuerdo de Libre Comercio de Norteamérica). Al mismo tiempo impulsa la construcción de un muro en la frontera sur del país para contener la llegada de inmigrantes de América Latina a EE.UU. y prohíbe el ingreso de inmigrantes y refugiados de países musulmanes con lo que se evitaría supuestamente la infiltración de "terroristas".

Trump asegura que busca favorecer a la industria estadounidense y a los trabajadores con menos capacitación, que son los que más han padecido la caída del empleo y los salarios en EE.UU.

Lo hecho por Trump en los primeros meses desde su asunción demuestra, sin embargo, que su "nacionalismo", lejos de favorecer a los explotados y oprimidos de Estados Unidos, está al servicio de los grandes banqueros y las multinacionales, varios de cuyos máximos representantes ocupan los principales cargos del gabinete económico de su gobierno. Es el caso de Steven Mnuchin, el secretario del Tesoro, conocido por ser uno de los banqueros que más se enriqueció, al frente de OneWest Bank, con la apropiación de casas de familias

que no pudieron pagar sus hipotecas a partir de la crisis que estalló en 2008 en Estados Unidos. Coherente con esto, Trump anunció que eliminaría las muy tibias medidas de limitación de la especulación de los grandes bancos que había impuesto el gobierno de Obama luego del estallido de la crisis.

Por el lado de las industrias extractivas, en sus primeros días de gobierno Trump se apresuró a autorizar la construcción de dos oleoductos que había sido suspendida por sus efectos contaminantes y porque atraviesan tierras de comunidades indígenas violando sus derechos. Al mismo tiempo autorizó la reanudación de la explotación del carbón en varios estados, utilizando técnicas terriblemente destructivas de la naturaleza y contaminantes. Y por el lado de la manufactura, anunció la eliminación de la exigencia a los fabricantes de automóviles estadounidenses (Ford, General Motors, Chrysler-Fiat) de limitación de las emisiones contaminantes de sus vehículos, lo que reduce sus costos de producción y aumenta sus ganancias.

Por otra parte, todas las medidas internas contra los inmigrantes tienen como resultado un agravamiento de la explotación que sufren los trabajadores más desprotegidos en Estados Unidos.

Trump se opone a la imposición de un salario mínimo nacional de US$ 15 la hora que vienen reclamando millones de trabajadores estadounidenses, especialmente de sectores de servicios y comercio, donde se dan los sueldos más bajos.

Por el otro lado prepara una “reforma fiscal” cuyo centro es la rebaja del impuesto a las ganancias a las empresas y los ricos, del 35% por ciento que era la tasa máxima bajo Obama, a un 15%. Lo que representa una enorme transferencia de ingresos del estado a los grandes capitalistas. Y su consecuencia más notoria son los recortes presupuestarios para educación, servicios de salud, subsidios a los pobres, etc.

A nivel internacional, Trump inmediatamente al asumir dio orden de atacar militarmente en Yemen con bombardeos y apoyó la instalación de nuevas colonias israelíes en tierras de Cisjordania supuestamente correspondientes al futuro Estado Palestino. Buscó dar una imagen de fortaleza militar con el bombardeo de un aeropuerto en Siria y el lanzamiento de la “madre de todas las bombas” en Afganistán.

Rex Tillerson, ex CEO de la multinacional petrolera Exxon, nombrado secretario de Estado (equivalente a ministro de Relaciones Exteriores) por Trump, inauguró sus funciones anunciando la intervención en contra de Pekín y a favor de Taiwán y Vietnam en la disputa del control de islas en el sur del Mar de China. ¿Lo que está en juego? El control de yacimientos petroleros submarinos en esa zona.

Todo esto no tiene nada que ver con un supuesto “nacionalismo” relativamente “progresista”, “antiimperialista”, “tercermundista” como el que pudo verse en el siglo XX en México con el gobierno del general Cárdenas, en la Argentina con Perón, en Egipto con Nasser, etc. Tampoco es un “nacionalismo” que exprese el deseo de recuperar buenos empleos y condiciones de vida como las que tenían los trabajadores estadounidenses en las décadas de 1950 o 1960.

Trump expresa el deseo de reafirmar a sangre y fuego el dominio y la hegemonía mundial del imperialismo yanqui, cuestionado por la crisis que se prolonga desde 2008 y por la resistencia de las masas del mundo al saqueo y la explotación. Para encolumnar al pueblo estadounidense detrás de este plan imperialista es que agita su demagógica bandera "nacionalista".

Divisiones en el imperialismo

El gobierno de Trump expresa un intento de un sector de las corporaciones imperialistas de buscar una salida a la crisis mundial y revertir la caída de la tasa de ganancia por una vía política distinta a la que encarnaron hasta ahora gobiernos como el de Abe, Merkel, Obama y demás, con un salto en el ataque al nivel de vida y las conquistas económicas y democráticas de los trabajadores en Estados Unidos y en todo el mundo.

Las conducciones de muchas de las mayores multinacionales dieron su apoyo en las elecciones a Hillary Clinton y hubiesen preferido continuar con una orientación similar a la de Obama. Empresas como Google o Microsoft o Apple o incluso grandes bancos como Goldman Sachs ahora se pronuncian contra la política inmigratoria u otras medidas de Trump e, incluso, han apoyado movilizaciones como las de las mujeres contra el machismo de Trump.

Todas las empresas se benefician con muchas de las medidas implementadas por el gobierno de Trump, como la baja de los impuestos a las corporaciones, los contratos laborales fuera de convenio y la eliminación de las normas que limitan la especulación financiera de los bancos. Pero las grandes firmas de tecnología tienen realmente intereses contradictorios con las empresas petroleras, mineras o de industrias tradicionales como la textil.

Por ejemplo, mientras a la industria textil o a la de los juguetes estadounidenses les favorecen las trabas a las importaciones baratas chinas con aranceles (impuestos aduaneros) elevados, estas medidas encarecen el costo de traer a Estados Unidos los millones de computadoras, celulares y otros productos electrónicos, que las propias multinacionales estadounidenses hacen ensamblar en China u otros países. Las trabas a la inmigración complican la contratación de personal científico y técnico de todo el mundo por las empresas tecnológicas. Y esto agrava los problemas de las grandes multinacionales. Es esto lo que hay detrás de las declaraciones políticas de numerosas empresas contra los ataques del gobierno de Trump a la inmigración.

Este enfrentamiento político entre sectores del imperialismo incluso ya ha llegado al Vaticano. El cardenal estadounidense Raymond Burke, estrecho aliado de Trump y de su asesor, Steve Bannon, desde la llegada del nuevo gobierno, ha redoblado su campaña contra el Papa Francisco, al que califica de "socialista/comunista" por sus políticas en materia de inmigración, medio ambiente y respecto del mundo islámico, afines a las que implementaba el gobierno de Obama.

En la medida que estas diferencias persistan y se profundicen esto debilitará al imperialismo y facilitará y alentará las movilizaciones populares de resistencia al gobierno de Trump en Estados Unidos y en el mundo. Un antecedente fundamental en este sentido fueron las divisiones provocadas en la burguesía imperialista yanqui y mundial en los años sesenta y setenta por la resistencia vietnamita y de los pueblos del mundo a la agresión a Vietnam. Divisiones que tuvieron mucha importancia para que se lograra la primera derrota militar de EE.UU. en su historia. Con otra dimensión también fueron importantes las divisiones interburguesas que incidieron en la derrota del imperialismo en Irak y Afganistán y su eventual retirada.

Hoy las fisuras creadas por la oposición de amplios sectores burgueses imperialistas a Trump y su política pueden alentar la resistencia obrera y popular que se insinuó en los primeros días de su presidencia en EE.UU. y en otros países.

La historia vuelve a repetirse…

Trump no es ni remotamente el primer presidente estadounidense en responder a una situación de crisis mundial del imperialismo con promesas “nacionalistas” demagógicas y una política explotadora, saqueadora y belicista contra las masas de todo el planeta.

Por ejemplo, buscando superar la debilidad del imperialismo por la derrota en la guerra de Vietnam a mediados de los setenta, en 1981 llegó al poder el ex actor, ex gobernador de California y republicano de extrema derecha, Ronald Reagan, muy popular entre los mismos sectores que apoyaron a Trump en las elecciones. Reagan intentó derrotar a las masas centroamericanas que se alzaban contra las dictaduras de la región y acababan de derrocar a Somoza en Nicaragua, con incursiones de guerrillas contrarrevolucionarias. El imperialismo también lanzó un duro ataque contra los pueblos del medio oriente con la ocupación militar de El Líbano por el ejército israelí en 1982. Todas esas intervenciones terminaron en derrota para el imperialismo e Israel.

En cambio el imperialismo cosechó en el período de Reagan el enorme triunfo contrarrevolucionario que fue la vuelta al capitalismo de China y la ex URSS, tema fundamental sobre el que volveremos.

Por su parte, el gobierno de George W. Bush lanzó la invasión y ocupación militar de Irak y continuó la ofensiva ya iniciada en Afganistán, justificándolo como una medida defensiva luego de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas de New York, la Casa Blanca y el Pentágono. Proclamó así una “guerra contra el terrorismo” que debía extenderse con invasiones a Siria, Corea del Norte y otros países integrantes de lo que Bush bautizó como el “Eje del Mal”.

Como parte de esta política, Bush logró avanzar con la imposición de medidas de restricción de las libertades democráticas al interior de EE.UU. a través de la llamada “Ley Patriota” (lo que se prolongó bajo el gobierno de Obama y ahora continúa bajo Trump). Aunque el régimen político en Estados Unidos siguió siendo

de democracia burguesa, se acentuaron mucho los rasgos bonapartistas, es decir, autoritarios y de control policial por el estado.

Pero este proceso también culminó con una nueva y grave derrota política y militar de EE.UU. en Irak y Afganistán a mediados de la década pasada, debilitando al extremo el andamiaje de dominio político, económico y militar del imperialismo en la región. Esta derrota militar y política del imperialismo, combinado con la crisis económica mundial y los planes de ajuste que se aplicaron en el norte de África y medio oriente igual que en el resto del mundo, daría pie a partir de 2011 a insurrecciones en cadena contra las dictaduras de la región en Túnez, Libia, Egipto, Siria, Palestina, los Emiratos Árabes Unidos, Yemen, lo que se conoce como la Primavera Árabe.

Como se ve, la propuesta de Trump de agresión contra las masas y la revolución en el mundo y en EE.UU. para enfrentar la crisis imperialista no es en sí misma novedosa. Y tampoco lo es el populismo de derecha ya enarbolado por Reagan, aunque con Trump se vista con nuevos ropajes.

La izquierda

Debemos agregar que, frente al desgaste de las fuerzas “moderadas”, conservadoras o socialdemócratas y el avance de la derecha explícitamente belicista y racista, las masas no encuentran una alternativa que ofrezca una salida diferente desde una óptica de izquierda.

La realidad mundial de las últimas décadas está marcada por una paradoja chocante. Por un lado, el capitalismo mundial se vuelve cada vez más explotador, más parasitario, más belicista, más destructivo del medio ambiente, más saqueador, más hambreador, más racista y sexista que nunca, a la vez que se hace más extrema la distancia de la inmensa riqueza concentrada en el polo de los capitalistas respecto de la pobreza de miles de millones de seres humanos. Por el otro lado, el conjunto de las fuerzas consideradas de izquierda, salvo algunas excepciones, abandonan las banderas de la insurrección obrera, de la destrucción del estado capitalista y la toma del poder por las organizaciones obreras y populares, de la dictadura revolucionaria del proletariado y se adaptan a la democracia burguesa.

El ejemplo más contundente en este sentido es el de Syriza, la organización griega auto-proclamada “anticapitalista”, surgida de años de huelgas generales y movilizaciones obreras y populares levantando la lucha contra la miseria y la austeridad eterna impuesta por la “troika”, (la Unión Europea (UE), el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI)). Al llegar al poder Syriza se reconvirtió instantáneamente en la ejecutora del mismo programa de ajuste al servicio de los banqueros que juraba combatir.

Las claudicaciones de Podemos en España a las políticas del PSOE y el PP son otra muestra de esta adaptación de fuerzas de izquierda al régimen democrático-burgués y sus partidos.

A nivel mundial sólo algunas pequeñas corrientes trotskistas, implantadas principalmente en América Latina y en menor medida en Europa, siguen levantando la bandera de la conquista del poder por los trabajadores y la revolución socialista.

La capacidad destructiva del imperialismo se agrava con Trump

En los meses de octubre y septiembre de 2017 se han combinado dos fenómenos de una capacidad destructiva extraordinaria.

Por un lado, Asia se ha visto azotado por los monzones con el resultado de miles de muertos en varios países, mientras que Texas y estados aledaños en EE.UU. sufrieron el devastador huracán Harvey con su secuela de inundaciones y el Caribe y la Florida se ven golpeados por la tormenta tropical Irma, que al escribir estas líneas aún está en curso.

Es un hecho comprobado que la violencia y frecuencia de tales fenómenos terribles de la naturaleza ha aumentado producto del cambio climático. Y son pocos los que se atreven a negar que el mismo es producido por la contaminación ambiental humana, en particular el uso de combustibles fósiles de modo incontrolado e irresponsable.

Trump no sólo está en la primera fila de los negadores del cambio climático, desconociendo la firma del tratado de Paris que buscaba una módica, insuficiente y lenta reducción de la contaminación ambiental a nivel mundial. En sus pocos meses de gobierno ha reactivado la minería del carbón y proyectos que fomentan la producción, refinación y transporte de petróleo en Estados Unidos y el mundo. Esto va en el sentido directamente contrario a lo que se necesita para evitar seguir acelerando el cambio climático con su secuela de catástrofes ambientales.

No es que los gobiernos anteriores de EE.UU. o los actuales de las restantes potencias hayan hecho algo efectivo para controlar la destrucción del medio ambiente, todo lo contrario. La prueba está en cómo se siguen agravando todos los problemas derivados del cambio climático. Pero sucede que Trump responde abiertamente a sectores de la burguesía imperialista, como los ya mencionados del petróleo y el carbón, que tienen interés económico directo en mantener y profundizar el curso suicida en que va hoy la humanidad bajo su dominio.

Junto con ello y al mismo nivel de importancia se encuentra la cuestión del armamentismo, la guerra y el peligro del holocausto nuclear. Todos los sectores de la burguesía imperialista mundial coinciden en asegurar que el más grave peligro está representado hoy por el “estado bandido” de Corea del Norte y su siniestro dictador de opereta, Kim Jong-Un, con sus provocadoras pruebas de bombas nucleares cada vez más poderosas.

Trump y otros funcionarios responden a las provocaciones amenazando con una guerra arrasadora a la pequeña nación de 37 millones de habitantes. La mayoría de los medios liberales y los gobiernos de las potencias, así como Putin desde Rusia y Xi desde China, le reclaman prudencia y vías de negociación y el empleo de sanciones.

Aparentemente esto resumiría el problema del armamentismo y el peligro nuclear. Pero apenas se piensa en las miles de cabezas nucleares y misiles de que disponen Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Israel, Rusia y China, se advierte lo absurdo de tal argumento. Corea del Norte y sus pruebas atómicas irresponsables y provocadoras, aparecen así simplemente como la excusa de turno para justificar la existencia en el mundo de gendarmes nucleares y con armas convencionales capaces de destruir cien veces el planeta. Ellos serían los encargados de evitar que personajes descontrolados como Kim Jong Un provoquen un desastre nuclear.

No olvidemos que la desastrosa invasión de Irak, con su secuela de un millón de iraquíes asesinados por los invasores, fue justificada por el presidente Bush con el argumento de que el satánico Saddam Hussein poseía “armas de destrucción masiva”.

Mientras tanto Trump no ha vacilado en entregar 100.000 millones de dólares de armas sofisticadas a Arabia Saudita que hoy encabeza una coalición de estados del Golfo que están cometiendo un nuevo genocidio contra el pueblo de Yemen. Al mismo tiempo que Trump sostiene una alianza con la Rusia de Putin que se ha encargado de apuntalar al dictador Assad en Siria, masacrando a la población de Alepo, la ciudad industrial más importante del país, con la excusa de combatir al terrorismo islámico.

A todo esto se agrega la nueva escalada de tropas yanquis en Afganistán ordenada por Trump.

Nuevamente aquí, las anteriores administraciones estadounidenses y las pasadas y actuales de las distintas potencias fueron y son responsables de una militarización creciente, de incontables agresiones armadas contra los pueblos de todo el mundo y un continuo aumento del peligro nuclear. Esto es un rasgo inseparable, un pilar fundamental del dominio imperialista desde sus orígenes.

Lo que Trump viene a agregar es una reivindicación sin disimulos del rol de gendarme nuclear de Estados Unidos y sus aliados. Lo que acerca la posibilidad de que una provocación irresponsable como la del líder coreano ofrezca a Trump la excusa para utilizar armas atómicas contra el pueblo norcoreano como el imperialismo nunca se atrevió a hacer desde Hiroshima y Nagasaki.

Visto los efectos de la política y la retórica de Trump, podemos decir que este presidente norteamericano avanza un paso más, tanto en el terreno de la destrucción ambiental como el del armamentismo, la guerra y la amenaza nuclear, hacia el peligro de holocausto que nos impone el imperialismo.

Lo que confirma una vez más que no hay soluciones parciales, moderadas, paso a paso, a este dilema. O los pueblos del mundo acaban con el imperialismo y construyen un futuro socialista o el capitalismo imperialista, con Trump o quien sea a la cabeza, nos seguirá acercando al holocausto.

Trump y la crisis de la Unión Europea

Un aspecto central de la crisis que afecta al imperialismo es la debacle que vive desde hace cerca de diez años la Unión Europea. Esa debacle tiene dos motores centrales: el creciente dominio de los grandes bancos y financieras alemanas, apoyados por EE.UU., el FMI y el Banco Central Europeo, sobre el conjunto de los países europeos y las dificultades y contradicciones generadas por la incorporación de los ex estados “socialistas” del este como semi-colonias dominadas por el capital imperialista.

El primer factor, el dominio de los bancos y financieras alemanas sobre el conjunto de los países de la región dio un salto con la conformación de la eurozona, con la moneda única. Todos los países que se incorporaron quedaron sometidos a los dictados e intereses de Alemania a través de su banco central, que es el que domina la moneda única.

Esto se veía con claridad en la época de prosperidad previa a la crisis que estalló en 2008, cuando países como España, Portugal, Grecia, entre otros vivieron un boom sustentado en créditos de los bancos alemanes (y secundariamente ingleses y franceses) orientados a la construcción y al consumo.

Cuando llegó la crisis desde EE.UU. y se acabó la posibilidad de seguir endeudándose indefinidamente, refinanciando las deudas, las economías del sur de Europa, las más endeudadas, entraron en caída libre. Y la troica –la UE, el FMI y el Banco Central Europeo (BCE)- se encargaron de imponer a los gobiernos de esos países las políticas de ajuste para que sus pueblos pagaran la crisis engendrada por los propios capitalistas.

Esto se combinó con que en el período de auge previo a la crisis un aspecto fundamental de la integración de los ex estados “socialistas” del este fue el aprovechamiento integral de la mano de obra barata de esos países por las multinacionales europeas y yanquis.

Por un lado, se tercerizó la producción industrial con la instalación de plantas de muchas empresas europeas en Polonia, Hungría, República Checa y otros países del este.

Por el otro lado se abrió las fronteras de los países occidentales, en particular Inglaterra, Francia y Alemania a la inmigración masiva de trabajadores provenientes de los países del este. Esto sirvió a las patronales occidentales en dos sentidos. En primer lugar, ante el envejecimiento de la población de los países occidentales donde hay una tasa de nacimientos muy baja, la inmigración permitió integrar masivamente trabajadores jóvenes provenientes del extranjero. En segundo lugar, esos extranjeros presionan hacia abajo sobre el nivel salarial general, al provenir de países con niveles de ingresos de los trabajadores mucho más bajos que en los países imperialistas.

Con la llegada de la crisis y la terrible baja en el empleo, la continua llegada de nuevos inmigrantes agravó aún más el cuadro de desocupación en países como Francia e Inglaterra.

La propia crisis mundial se encargó de empeorar esta situación al provocar debacles económicas y políticas tremendas en los países de África, Asia y el

medio oriente. Con caídas de gobiernos, guerras civiles, hambrunas. Lo que impulsó a millones de refugiados a buscar una salida en la Europa occidental de las fronteras abiertas.

Fronteras adentro de los países capitalistas centrales, la terrible situación de desocupación y marginación de las poblaciones inmigrantes, en particular las provenientes de los países árabes y africanos, convirtió a la juventud de esas comunidades en caldo de cultivo para las corrientes islámicas terroristas.

La crisis y los planes de ajuste impuestos en todos los países de Europa han provocado oleada tras oleada de luchas obreras, en muchos casos con sucesión de huelgas generales como en Grecia, Italia, España. Y con inmensas movilizaciones, en particular de la juventud en Grecia, España y Francia.

Pero las burocracias de los partidos tradicionales, en particular los socialistas, y de las centrales sindicales, se han encargado de evitar que estas movilizaciones acaben con los planes de ajuste y los gobiernos que los aplican. Incluso en el caso que una corriente de izquierda, Syriza, llegó al poder en Grecia, no hizo otra cosa que continuar con el ajuste de la troika.

Estos factores centrales de la crisis europea se traducen en que crecientes sectores de la clase obrera y el pueblo ven a la Unión Europea, con sus banqueros y su política de fronteras abiertas, con sus partidos de centro-izquierda y conservadores y sus burocracias sindicales, como la responsable principal de sus padecimientos.

Por eso es que amplios sectores obreros y populares, incluso quienes fueron base en otros tiempos de los viejos partidos comunistas y socialistas, hoy se vuelcan al apoyo a la derecha extrema, que es la única que levanta la bandera de la salida de la UE y en contra de la inmigración.

Trump alienta esta misma política de salida de la UE, saludando la votación en ese sentido en Gran Bretaña, conocida como el “Brexit”. La razón es que percibe en la disgregación de la Unión Europea oportunidades para las multinacionales estadounidenses. Para dar un ejemplo, la empresa Airbus, un consorcio Inglés, Francés y Alemán, nacido al calor del fortalecimiento de la UE, compite con la Boeing estadounidense en la producción de aviones. La disgregación de la UE debilitaría claramente a Airbus y abriría el camino para más ventas de Boeing en Europa.

Por otro lado, la UE viene imponiendo fuertes multas y otras penalidades por actividad monopólica a grandes empresas estadounidenses como Microsoft y Google. El debilitamiento de la Unión Europea permitiría a esas multinacionales avanzar con menos trabas en el viejo continente.

Alemania, en el marco de la UE, se ha fortalecido como gran potencia financiera y exportadora mundial. Estados Unidos tiene un fuerte déficit comercial con Alemania. Y Trump ha declarado como uno de sus objetivos centrales revertir esta situación.

A lo que se agrega la propia política anti-inmigrantes de Trump que lo emparenta directamente con las posiciones de la derecha extrema europea.

Por eso cada intervención de Trump en Europa es recibida con creciente preocupación por Merkel y los demás políticos defensores de la UE y es vista como un factor de agravamiento de la crisis.

Moscú y Pekín, dos submetrópolis de la contrarrevolución con distintos roles

Como no podía ser de otro modo, el gobierno de Trump se caracteriza, al igual que sus predecesores de las últimas décadas, por dar gran importancia a la relación con China y Rusia. Más allá de las diferencias entre ambos países, en las últimas décadas el imperialismo ha contado con los regímenes chino y ruso como muy importantes agentes y aliados contra la revolución mundial. Ambos cumpliendo roles de “submetrópolis”.

China ha sido clave para actuar como intermediario de los intereses imperialistas en Asia, África y, más recientemente América Latina. Las naciones del sudeste asiático han actuado como proveedoras de partes de la gran industria china al servicio de las multinacionales imperialistas. África y América Latina han sido grandes fuentes de materias primas (petróleo, carbón, diversos minerales básicos como el cobre y estratégicos como el uranio, granos y otros productos agropecuarios) para alimentar a las plantas industriales chinas y los millones de obreros que las hacen funcionar.

Para asegurarse el acceso a esos recursos, el gobierno chino ha desarrollado inversiones, especialmente en grandes obras públicas –ferrocarriles, centrales hidroeléctricas, rutas, etc.- que facilitan precisamente la extracción y exportación de los recursos naturales de los países del mundo colonial. Esto facilitó a EE.UU. y las potencias europeas reducir su presencia directa en países donde existe un fuerte sentimiento anti-imperialista.

Hasta hace poco tiempo China era vista como nación amiga y aliada de los países sometidos. Pero esa imagen ya comienza a desgastarse y se ven las primeras reacciones contra su presencia en la forma, por ejemplo, de ataques guerrilleros a algunas instalaciones de empresas chinas en países como Nigeria.

Rusia tiene una economía mucho más débil que la China, comparable por su PBI a la de la quinta potencia mundial, Italia. Depende casi por completo de sus exportaciones petroleras y gasíferas. Pero esto al mismo tiempo lo ubica como uno de los dos principales proveedores de combustibles de Europa, a la par del medio oriente. Sin embargo su rol internacional resalta por otro aspecto fundamental: es aún la segunda potencia militar mundial, tanto por sus miles de ojivas nucleares como su ejército convencional. El presupuesto de las fuerzas armadas rusas es equivalente al 5 por ciento del PBI del país.

Putin no vacila en utilizar el “argumento militar” para afirmar su rol de sirviente importante de la contrarrevolución. Lo hace tanto en las guerras internas para mantener el “orden” en la Federación Rusa (Chechenia, Georgia), como en la intervención en Ucrania, donde se apoderó de la península de Crimea, afirmándose como árbitro en el oriente del país, y en Siria donde se hizo cargo de la destrucción de Alepo y el genocidio de su población para consolidar el gobierno

del dictador Assad. Este último hecho, el bombardeo a Alepo, ha sido clave para infligir una grave derrota a la primavera árabe.

Es significativo que estos roles de submetrópolis del imperialismo los cumplen regímenes dictatoriales dominados por instituciones que fueron claves en los estados que hasta hace 30 años se consideraban "socialistas". En China el PCCH es el factor clave en el nuevo régimen capitalista. En Rusia el centro de la actual dictadura capitalista es la vieja KGB (policía política secreta), de la que Putin fue alto funcionario antes de la destrucción del estado obrero, reciclada en la actual FSB con su millón de agentes. Dictadura interna, rol contrarrevolucionario externo, son dos caras de la misma moneda.

Esta capacidad de instituciones del viejo régimen de reconvertirse en garantes de los nuevos estados capitalistas ruso, chino y de los demás ex estados "socialistas" es una confirmación del carácter contrarrevolucionario que siempre tuvieron esos PC burocráticos.

La actitud de Trump frente a estas dos submetrópolis es distinta. A lo largo de su campaña electoral expresó clara afinidad con Putin. El presidente ruso retribuyó el favor haciendo campaña a favor del candidato republicano. Parte de ello fueron denuncias contra Hillary Clinton en base a datos filtrados sobre el manejo irresponsable de la ex secretaria de Estado de información oficial secreta o reservada. Estos datos fueron robados de los archivos del gobierno de Obama por hackers rusos y entregados a Wikileaks para su difusión.

Al llegar al gobierno Trump rápidamente estableció vínculos con Putin, con quien el gobierno de Estados Unidos comparte el acuerdo de combatir a Isis y al “terrorismo” en general. Muy significativamente, la oposición demócrata en Estados Unidos acusa a Trump de no denunciar la ocupación de la península de Crimea y en general de no oponerse a la presencia militar de Rusia en Ucrania. Sin embargo, aún está por verse qué hará Trump respecto del apoyo de de Rusia a Assad en Siria y de las estrechas relaciones de Putin con los ayatolas de Irán.

Respecto de China, Trump ha mostrado una actitud mucho más belicosa, centrada en la amenaza de una guerra comercial.

Contradictoriamente una de las primeras medidas de Trump fue retirar a Estados Unidos del proyecto de acuerdo comercial conocido como TPP, con las principales naciones del Pacífico sur, en particular Japón, excluyendo a China, negociado por Obama como una valla de contención de Pekín en la región. Y aunque amagó con dar reconocimiento al gobierno de Taiwán, rápidamente retrocedió y se comprometió a respetar la soberanía de Pekín sobre la isla.

Estas idas y vueltas de la política de Trump muestran que, aunque sostenga su demagogia anti-China a la que acusa de robarse los puestos de trabajo de los obreros estadounidenses, no le queda más remedio que reconocer la profunda dependencia de la economía imperialista de EE.UU. de las ganancias que extraen sus multinacionales del gigante asiático.

Trump y el tembladeral del mundo islámico

Trump llega al gobierno en momentos en que se da una situación relativamente favorable al imperialismo y sus socios en el mundo islámico. Comparado con los años inmediatamente posteriores a la retirada militar de Irak (mediados de la década pasada) y el estallido de revoluciones en el norte de África y el medio oriente (2011) que derrocaron a dictadores como Mubarak de Egipto y Kadafi de Libia y provocaron guerras civiles en Yemen y Siria, este es un período de reflujo de la rebelión conocida como la "Primavera Árabe".

El bombardeo por la aviación rusa que aplastó la resistencia de los últimos rebeldes en Alepo –con la excusa de enfrentar a los terroristas de Isis- significa una derrota muy seria para la revolución árabe en general.

En ese marco Trump viajó a Arabia Saudita en mayo de 2017 para confirmar que esta dictadura monárquica, junto con el estado genocida de Israel, son los dos puntos de apoyo fundamentales de EE.UU. en la región. Además de un jugoso negocio de armas –vendió a los sauditas más de 100.000 millones de dólares de equipamiento militar- le dio vía libre a los sauditas para continuar su agresión en Yemen. Y pocas semanas después el reino armó una coalición de estados del Golfo Pérsico para exigir en conjunto al reino de Qatar que rompa sus relaciones amistosas con los ayatolas de Irán.

El propio Trump acompañó esta jugada anunciando que estaba abierta la posibilidad de desconocer el acuerdo firmado por Obama con Irán para el congelamiento de su plan de desarrollo nuclear.

En la misma gira, Trump al visitar Tel Aviv dio su espaldarazo a nuevas ocupaciones de territorios palestinos por colonos israelíes.

Todo esto parece claro y uniformemente coherente en cuanto a la política contrarrevolucionaria del imperialismo en la región petrolera más rica del planeta.

Sin embargo, hay un punto contencioso de enorme importancia. Trump busca profundizar el acuerdo con Putin para que las fuerzas armadas rusas sean las que carguen con las acciones militares contra Isis en Siria e Irak, de modo de evitar tener que colocar tropas yanquis en tierra. Pero Rusia (y China) son aliadas de Irán, en directo enfrentamiento con Arabia Saudita.

Al mismo tiempo, Irán es el sostén fundamental en estos momentos del ejército iraquí y de la estabilidad del gobierno en ese país.

Todo esto limita enormemente la capacidad de Trump de apoyo a sus socios mayores en la región, Israel y Arabia Saudita.

¿Cómo pretende Trump resolver esta contradicción? Su gobierno ha anunciado planes de volver a aumentar su presencia militar en Afganistán, cuyo gobierno está cada vez más arrinconado por la insurgencia de los Talibanes. La idea sería que miles de tropas estacionadas en Afganistán coloquen a Estados Unidos como árbitro militar y político en la región, como sucedía a principios de la década pasada con la ocupación militar de Irak.

Todo esto renueva una lección que es crucial para las perspectivas futuras del mundo y del gobierno Trump: luego de su conquista por el imperialismo occidental capitalista desde comienzos del siglo XX, el mundo islámico ha demostrado ser un

pantano en el que a lo largo de las décadas se fueron hundiendo las potencias europeas y luego Estados Unidos.

Esta idea de Trump, nada original, de "defender los intereses de Estados Unidos" en la región con tropas en tierra terminó en desastre hace una década cuando fue instrumentada por el presidente George W. Bush. La insurrección popular no sólo expulsó a las tropas de Irak (y Afganistán) sino que se contagió a toda la región. Por eso es posible que la idea de Trump de una nueva escalada militar en Afganistán termine chocando con la resistencia de sectores de la propia gran burguesía imperialista estadounidense, más allá de las permanentes presiones a favor de la guerra de las empresas fabricantes de armas.

No es sólo el muro en la frontera lo que Trump pretende hacer pagar a América Latina

Uno de los "leit motiv" de la campaña electoral de Trump, reiterado hasta el cansancio desde que asumió la presidencia, es su pretensión de hacer pagar al pueblo mexicano la construcción de un muro en la frontera sur de Estados Unidos, supuestamente para contener los "inmigrantes ilegales".

Lo evidente de esta campaña es que es parte de la demagogia dirigida a los sectores más pobres de la población estadounidenses que ven a los inmigrantes latinos en particular como responsables de ocupar puestos de trabajo y presionar hacia abajo los salarios.

Lo menos evidente para la población estadounidense es que el muro en la frontera y las amenazas de invasión militar a Venezuela, muestran a América Latina un rostro de amenaza de agresión abierta del imperialismo que este pretendió disimular en las últimas décadas. En particular desde el fiasco de la "guerrilla contra" de Reagan en Nicaragua y El Salvador.

Desde entonces la política yanqui en la región se regía centralmente por el apuntalamiento de los regímenes democráticos surgidos desde los años ochenta. Junto con los procesos de negociación con Cuba y con las últimas guerrillas (el Farabundo Martí en el Salvador, las FARC en Colombia) para integrarlas a sus respectivos estados y fuerzas armadas como fieles súbditos coloniales.

El conjunto de América Latina está agobiada por el doble efecto de la crisis mundial. Por un lado, la baja de los precios de las materias primas ha reducido drásticamente los ingresos por exportaciones de la región. Por el otro, los banqueros internacionales, las multinacionales y los gobiernos imperialistas han redoblado el saqueo sobre los países latinoamericanos, profundizando el robo de sus materias primas, aumentando la explotación de sus trabajadores con rebajas salariales y otras medidas de ajuste, y aumentando las exigencias de repago de las deudas externas.

Por el momento se da una llamativa sincronía del proceso político latinoamericano con lo que se ve en Estados Unidos. Las corrientes populistas –el kirchnerismo en la Argentina, el PT de Lula y luego Dilma Roussef, el chavismo ahora con Maduro- que florecieron en la década pasada han sufrido un fuerte desgaste por la crisis y el ajuste que ellos mismos comenzaron a implementar. Ya

en la Argentina y Brasil han sido reemplazados en el poder por gobiernos (Macri y Temer) que aplican planes de ajuste aún más duros, al servicio del saqueo imperialista. Mientras que Maduro se debate en un enfrentamiento con el propio pueblo venezolano además de la derecha agrupada en la MUD.

Como veremos en un capítulo posterior, esto es parte de un proceso de agotamiento terminal del nacionalismo burgués que en otros tiempos fue tan poderoso en la región.

Mientras tanto, el apriete de la crisis, el ajuste de los gobiernos y la amenaza de Trump de caerle con bombas al que se retobe en América Latina, están alimentando –todavía a fuego lento- un clima de rebelión como ya se ha visto en otros períodos, pero que deja abierto un interrogante crucial. Cuando vengan los nuevos estallidos populares en la región, y ante la debilidad creciente de las corrientes nacionalistas burguesas y sus burocracias sindicales adictas, ¿quién las canalizará y hacia dónde?

II

La vuelta al capitalismo en los países gobernados por los PC y la caída de la burocracia de la URSS en el origen de todas las grandes tendencias actuales

Todo lo que hemos comentado hasta aquí en torno a la presidencia de Trump son aspectos actuales de una etapa histórica mundial, la que estamos viviendo desde la caída del muro de Berlín en 1989, que tiene sus raíces en dos eventos recientes, en términos históricos, estrechamente relacionados entre sí pero profundamente contradictorios.

Esos dos eventos son **la vuelta al capitalismo en los países que eran gobernados por los PC en los años ochenta y la posterior caída de la burocracia con centro en Moscú a comienzos de los noventa.**

La opinión imperialista (a la que claudica gran parte de la izquierda) confunde ambos eventos en uno sólo. Esa es una visión interesada que pretende demostrar que los pueblos de la URSS y del resto de los ex estados obreros –es decir, los países en los que se había expropiado a los empresarios y la economía funcionaba con un plan central del estado- eran los que reclamaban con sus movilizaciones el fin del “socialismo” y la vuelta al capitalismo.

La verdad histórica es la opuesta. La restauración capitalista en China, la URSS y demás ex estados obreros fue llevada a cabo desde fines de los años setenta –a partir de condiciones creadas a lo largo de décadas por los regímenes burocráticos stalinistas- por las propias cúpulas de los Partidos Comunistas gobernantes en esos países en estrecha alianza con el imperialismo. La restauración fue concretada desde la cima con la liquidación de la planificación central de la economía y del monopolio estatal del comercio exterior y las finanzas,

que eran los pilares que sostenían a los estados obreros, llevando a las economías a girar nuevamente en torno a las ganancias de las grandes empresas capitalistas. Esto vale tanto para China y los países bajo su influencia, como para las repúblicas integrantes de la ex URSS y Cuba.

Esto fue acompañado de durísimos ataques contra las conquistas y el nivel de vida de los trabajadores de los ex estados obreros. Lo que provocó la reacción de las masas en China y todo el este.

El levantamiento de la Plaza Tienanmen en Pekín en 1989, aplastado por las tropas del régimen del PCCH y la inmensa movilización popular que derribó el muro de Berlín también en el año 1989, si fueron procesos protagonizados por los pueblos de China y de Europa del este, en el marco de la terrible crisis provocada por la vuelta al capitalismo. Es decir, esas movilizaciones no fueron contra el socialismo sino contra los males provocados por el abandono de la economía planificada en favor de la economía capitalista de mercado, incluyendo la desocupación, la rebaja de salarios y la creciente miseria. Junto con ello esas movilizaciones reclamaban el fin de las dictaduras burocráticas y la vigencia de las libertades democráticas.

El fallido intento de golpe contra el gobierno de Gorbachev en 1991, su derrota por el movimiento de masas y el consiguiente desplome del régimen soviético y la disolución de la URSS, todos estos hechos significan que la crisis junto con la movilización popular, actuando contra las terribles consecuencias de la restauración capitalista impuesta por los jerarcas de los PC, terminaron destruyendo al estalinismo moscovita, el peor y más tremendo agente contrarrevolucionario, fuera del mismo imperialismo, que ha conocido la historia.

Por otra parte la caída del estalinismo significó un debilitamiento cualitativo de todas las direcciones obreras tradicionales que sostienen el sistema capitalista. Esto comenzó a notarse ya en las década de 1990 y el 2000, con la fuerte pérdida de afiliados de las organizaciones sindicales tradicionales. Pero ese debilitamiento se hizo catastrófico a partir de la crisis mundial iniciada en 2008, momento a partir del cual las direcciones de las grandes organizaciones obreras apoyaron unánimemente las políticas de ajuste aplicadas por los capitalistas y sus gobiernos, incluyendo los despidos en masa y las rebajas salariales, con la excusa de ayudar así a recuperar la economía. Esa traición de las direcciones obreras ayudó a los capitalistas a avanzar con el ajuste. Pero deja a esas organizaciones burocráticas cada vez más débiles para cumplir su rol traidor.

Dos interpretaciones opuestas de la realidad mundial de distintas corrientes marxistas, igualmente equivocadas

Frente al actual período histórico hay dos concepciones contrapuestas defendidas por distintas corrientes y autores marxistas igualmente equivocadas: una que da peso decisivo y prácticamente exclusivo a la derrota histórica que fue la pérdida de los estados obreros y la otra que absolutiza la incidencia de la caída

del stalinismo en la perspectiva de la superación de la crisis de dirección revolucionaria de los trabajadores.

La primera ve el actual período histórico como de derrota y retroceso de las masas a nivel mundial a partir de la pérdida de los estados obreros, que sólo podría superarse con un triunfo de las dimensiones históricas de la Revolución Rusa de octubre de 1917 o la Revolución China de 1949. El segundo ve al actual período sólo como de avance revolucionario a partir de la caída del stalinismo.

Este método que reduce la interpretación de la realidad a un sólo factor decisivo empobrece el análisis hasta volverlo inútil. Y, por otra parte, va en contra de lo que la intuición más elemental nos indica: que lo que sucede en el mundo es muy complejo y contradictorio y producto de la combinación de muchos factores, no de uno solo.

Hablar de una época signada por la derrota histórica que representa la pérdida de los estados obreros fundamentalmente no permite explicar hechos enormes como por ejemplo la derrota militar del imperialismo en la guerra de Irak y Afganistán a mediados de la década pasada y la subsecuente Primavera Árabe a partir de 2011 o las grandes movilizaciones populares que sacudieron a Europa recientemente.

Hablar de un período signado sólo por el triunfo que fue la caída del stalinismo no permite entender porque las direcciones islámicas lograron llevar a la Primavera Árabe a un callejón sin salida, ni por qué se da el triunfo electoral de Trump o por qué la izquierda en este período histórico gira casi invariablemente a posiciones oportunistas, de claudicación a la democracia parlamentaria capitalista.

Para el análisis de cualquier realidad el método marxista parte de una consideración: cualquier concreto que se quiera analizar es una unidad constituida por numerosos elementos contradictorios. En base a este concepto, el actual período tiene como centro una contradicción, entre la derrota que significa la pérdida de los estados obreros y el triunfo que fue la destrucción del stalinismo. A partir de allí debe articularse los demás elementos contradictorios de la situación

Esto permitirá ver el desarrollo desigual de cada segmento de la realidad, como la evolución de la economía imperialista, de la lucha de clases, de las instituciones capitalistas y de la clase obrera, etc. y la forma en que se combinan.

Este es el método que tratamos de aplicar aquí.

Los resultados inmediatos de la restauración capitalista y la caída del estalinismo…

A partir de la restauración capitalista en los ex estados obreros y de la caída del stalinismo se abrieron inmediatamente dos procesos combinados en la realidad mundial.

- En base a que las multinacionales y banqueros tuvieron acceso a la explotación directa de 1400 millones de trabajadores chinos, rusos y de los demás ex estados obreros, lo que les permitió revertir por un tiempo la caída de su tasa de ganancias, se dio una recuperación relativa de la economía mundial –en el marco de la tendencia general al estancamiento bajo el imperialismo- que duró desde comienzos de los años noventa hasta el año 2008.
- Una euforia de todas las fuerzas procapitalistas que proclamaron el fin del socialismo y el triunfo definitivo del "libre mercado", junto con la liquidación de la "utopía" de que los trabajadores pudieran gobernar el mundo. Fue en ese momento que la casi totalidad de las fuerzas de izquierda a nivel mundial abandonaron las posiciones revolucionarias y se adaptaron en forma oportunista a la democracia de los "triunfadores" capitalistas.

… y lo que vino después

La relativa recuperación de la economía imperialista comenzó a frenarse con el estallido de la burbuja financiera de las empresas de internet en 2000 y se hundió con el estallido de la crisis financiera en Estados Unidos en 2008. Esto coincidió con una fuerte caída de la tasa de ganancia de los capitalistas y la durísima derrota militar sufrida para la misma época por el imperialismo en Irak y Afganistán, que liquidó la "guerra contra el terrorismo" del gobierno de George W. Bush.

Ambos hechos acabaron con la euforia triunfalista del capitalismo.

A partir de allí los principales partidos en el poder intentaron salir de la crisis apuntalando las ganancias de las multinacionales y los grandes bancos, con subsidios de billones de dólares, combinado con crecientes medidas de ajuste contra los trabajadores y los pueblos de todo el mundo.

Como dijimos, el desprestigio de estas fuerzas políticas tradicionales en el poder y la ausencia de alternativas por izquierda, es lo que alimenta el actual crecimiento de las corrientes de ultra-derecha populistas, con su hito máximo, la llegada de Donald Trump al gobierno de EE.UU.

Pero ahora esta derecha llegada al poder por vía electoral tendrá que enfrentarse con su política con los trabajadores y los pueblos, no sólo de Estados Unidos, sino del mundo entero. Y lo hará exigiendo a las ya desgastadas direcciones obreras traidoras que apoyen medidas aún más duras contra las conquistas de los asalariados.

Una baja coyuntural en la lucha de las masas

Entre fines de 2016 y comienzos de 2017 hemos asistido al martirio de Alepo, la ciudad más industrializada de Siria y centro de la resistencia progresista a la dictadura de Assad. La caída de Alepo se da en un momento de reflujo de la Primavera Árabe iniciada en el 2011 con las grandes insurrecciones populares que llevaron a la caída de gobiernos dictatoriales. Este reflujo se expresa con claridad

con las derrotas de la revolución en Siria, Egipto y Turquía, el interminable enfrentamiento militar en Libia, el retroceso de la lucha en Yemen, Turquía e Irán.

En América Latina, que conoció procesos revolucionarios en Venezuela, Ecuador, Bolivia y la Argentina en la primera mitad de los años 2000, sobrevino luego un período dominado por los gobiernos de Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador, Evo Morales en Bolivia, el PT y Lula en Brasil, el kirchnerismo en la Argentina, que lograron estabilizar la situación por unos años a base de concesiones a las masas.

Esto fue posible gracias a que los países latinoamericanos gozaron de un auge económico de varios años por la demanda china de sus materias primas. Pero la baja de esa demanda y la caída de los precios de los principales commodities llevó a la entrada de la crisis mundial en la región. Los gobiernos populistas instrumentaron planes de ajuste y sufrieron el consecuente desgaste. Y hoy asistimos a la aparición de gobiernos de derecha como el de Temer en Brasil o el de Macri en la Argentina, que profundizan el ajuste, sin que las masas atinen aún a responder al ataque a sus conquistas con luchas poderosas y centralizadas como en la década anterior. Aunque los paros nacionales y las movilizaciones concretadas tanto en la Argentina como en Brasil pueden ser indicio de un cambio de tendencia en esos países.

En los países imperialistas de Europa ha pasado el momento de mayor resistencia a los planes de ajuste expresado en las grandes huelgas obreras en Grecia, Italia, Francia y las movilizaciones populares/juveniles encabezadas por movimientos como los Indignados en España y que apareció en Estados Unidos en la forma de los Occupy Wall Street, las movilizaciones de los latinos y las de los negros contra la discriminación y la represión.

En China en las últimas dos décadas se ha visto oleada tras oleada de huelgas y movilizaciones obreras contra la brutal explotación capitalista. Con sus luchas los trabajadores han logrado numerosas conquistas económicas, incluyendo un notable aumento del salario promedio, de alrededor de 30 dólares a 250 dólares estadounidenses. Aunque desde el alzamiento de la Plaza Tienanmen en 1989 no se ha vuelto a ver un movimiento centralizado de reclamo político contra el régimen dictatorial. La retracción de la industria a lo largo de 2016 y comienzos de 2017 (que ahora parece revertirse coyunturalmente) y el creciente desempleo han causado una relativa baja en las luchas.

Se trata de un momento de ***relativo reflujo coyuntural*** de las grandes luchas obreras y populares que sacudieron al mundo en la década del 2000 y comienzos de esta década. Incluso es posible definir el resultado de algunas luchas que impactaron al mundo, como las de los pueblos de Egipto y Siria, como de derrota. Pero sin que se advierta un aplastamiento general, histórico, de las luchas obreras y populares en el mundo a manos del imperialismo y sus aliados.

Es decir, el avance de las fuerzas de derecha, con su abanderado, Donald Trump, presidente de Estados Unidos, se da no sólo por el desgaste de los partidos tradicionales sino también con este trasfondo de relativo reflujo de las luchas obreras y populares.

El problema para Trump y para la burguesía a nivel mundial es precisamente que las masas no han sufrido ninguna derrota de conjunto. Y la continuidad de la crisis mundial, expresada en bajísimas tasas de crecimiento en las principales economías imperialistas y del mundo colonial, lleva a los capitalistas a profundizar el ajuste para salvar sus ganancias. Esto es así, repetimos, más allá de que pueda haber momentos de recuperación coyuntural de las economías imperialistas y de las principales submetrópolis, como parece estar sucediendo hoy en Estados Unidos y Europa occidental.

Esto augura no sólo ataques más duros contra los trabajadores y los pueblos. Al no estar derrotadas, las masas del mundo responderán con nuevas oleadas de movilizaciones en distintas regiones del planeta. Una mejora coyuntural de la economía imperialista podría atenuar o incluso postergar estos grandes enfrentamientos, incluso por un par de años. Pero el inevitable choque seguiría por delante.

Y para los capitalistas un problema agregado es la creciente debilidad de las direcciones de los partidos obreros y las organizaciones sindicales tradicionales y nuevas que se vienen desgastando por su apoyo a las políticas de ajuste y su rol de freno de la resistencia obrera.

Una prueba y un anticipo de lo que decimos son las fuertes movilizaciones contra Trump que se dieron en Estados Unidos y otros países el día de la asunción del nuevo presidente estadounidense y al día siguiente, en particular la poderosa marcha de mujeres en Washington, DC, el 21 de enero de 2017.

No es casualidad que las mujeres estuvieran a la vanguardia del rechazo a Trump con su movilización. Es el lugar que vienen ocupando, por ejemplo en la lucha del pueblo Kurdo por su independencia o en la resistencia a gobiernos de derecha como el de Macri en la Argentina, con acciones multitudinarias como las que se han convocado bajo la consigna “Ni una menos”.

Es decir, la asunción de Trump y sus primeras medidas reaccionarias pueden ser el factor desencadenante de una nueva oleada de acciones de resistencia de las masas que acabe con la coyuntura de momentáneo reflujo de las luchas que enmarcó su triunfo electoral.

Hacia una prueba de fuego entre revolución y contrarrevolución

Todo lo dicho hasta aquí indica que la llegada de Trump al poder es un hito en el camino hacia una nueva confrontación muy dura entre el imperialismo y las masas del mundo, en el intento de los capitalistas de superar su crisis con un salto en el saqueo, la explotación y la represión a los trabajadores y los pueblos.

Muchos hablan de que con el triunfo electoral de la derecha se ha instaurado en Estados Unidos un régimen fachista. La incorporación a altos cargos del gabinete de Trump de conocidos ideólogos fachistas como Steve Bannon o Jeff Sessions abona esta opinión de que se ha liquidado el régimen democrático burgués.

Esto está lejos de ser así. Ni en Estados Unidos, ni en ningún otro país imperialista las instituciones de la democracia capitalista están siendo reemplazadas por bandas armadas que ataquen a los inmigrantes y los militantes

obreros y populares y destruyan los sindicatos, los partidos de izquierda y demás organizaciones de los trabajadores, como se ve hoy, por ejemplo en Siria.

Puede haber mayor o menor represión bajo regímenes democráticos o el estado capitalista puede adquirir la forma de un régimen dictatorial, como hoy sucede por ejemplo en Egipto o Rusia (más allá de que en ambos países haya “elecciones democráticas” para maquillar el régimen). Pero ante la ausencia del aplastamiento de las masas por las fuerzas de la contrarrevolución organizadas en bandas paramilitares, no puede hablarse de régimen fachista.

Ni siquiera puede decirse, como lo afirman algunos sectores de izquierda en base a análisis puramente basados en los resultados electorales, que los avances de la extrema derecha en el mundo y el triunfo de Trump se traduzcan automáticamente en un “giro a la derecha” del conjunto de la situación mundial o una “oleada conservadora”.

Lo que sí hay a nivel mundial es una necesidad creciente de los capitalistas de aumentar cualitativamente la explotación de los trabajadores para elevar su tasa de ganancias y salir de la crisis prolongada que se inició en 2008. De la mano con eso va un aumento de las medidas antidemocráticas y represivas de los gobiernos para imponer el ajuste. Y, más allá de la coyuntura de reflujo de las luchas, también hay una creciente resistencia de las masas a ese aumento de la explotación y sus consecuencias de miseria. Esto genera una situación de creciente polarización entre revolución y contrarrevolución que aún está muy lejos de resolverse.

El rol de las direcciones políticas de las masas es crucial en esta situación. Las masas sólo pueden derrotar definitivamente la ofensiva explotadora con direcciones obreras que estén dispuestas a llevar la lucha hasta el final: hasta la expropiación de los explotadores y el reemplazo del estado capitalista por un nuevo estado basado en las organizaciones democráticas de los trabajadores y el pueblo, que encabece la pelea por la derrota mundial del imperialismo y la construcción de la nueva sociedad socialista.

Lo que impide esto son las direcciones traidoras de las organizaciones obreras. Es imprescindible reemplazar a esas direcciones traidoras por direcciones revolucionarias, dispuestas a enterrar el capitalismo imperialista con la movilización obrera y popular.

Hemos visto numerosos ejemplos desde la desaparición de los estados obreros y la caída del stalinismo de situaciones en las que estuvo planteada la posibilidad objetiva de la llegada al poder de las organizaciones obreras y populares por vía insurreccional. Por ejemplo, en 2002 las masas movilizadas en las calles derrotaron un intento de golpe de estado contra el gobierno de Hugo Chávez. Ante la ausencia de una dirección revolucionaria que planteara la toma del poder por las organizaciones obreras venezolanas, el mismo Chávez que se había entregado a los militares alzados, llamando a no resistir, reasumió el poder, perdonando a los golpistas y asimilándolos a su gobierno.

Otro caso notorio es el de las movilizaciones que acabaron con la dictadura de 30 años de Hosni Mubarak en 2011, dividiendo al ejército, abrieron el interrogante

de quién debía gobernar Egipto. Sin embargo, la abierta traición de los dirigentes de los viejos y nuevos sindicatos y la ausencia de una dirección que planteara la toma del poder por las organizaciones obreras, apoyada en las movilizaciones populares, llevó a la frustración, en la forma del gobierno de la Hermandad Musulmana y luego, después de nuevas movilizaciones masivas, el retorno de los militares en forma directa al poder encabezados por el general Al Sisi.

En Europa está el caso emblemático de Grecia, al que ya nos hemos referido y donde más de treinta huelgas generales respondieron en la primera mitad de esta década al ajuste impiadoso de la Troika –la Unión Europea (UE), el Banco Central Europeo (BCE) y el FMI- aplicado por sucesivos gobiernos de derecha. La burguesía encontró un impensado agente en Syriza, un conglomerado de fuerzas de izquierda, que se ofreció como representante electoral de los trabajadores y sus reclamos. Y al llegar al gobierno pasó a aplicar el mismo ajuste anti-obrero al servicio de los banqueros.

Tal como sucedió en esos y otros muchos casos, la propia ofensiva explotadora y represiva de los capitalistas para elevar la tasa de ganancias y superar su crisis, ahora encabezada por el gobierno de Trump, provocará nuevas insurrecciones obreras y populares. Frente a esa perspectiva, es la responsabilidad de los revolucionarios construir alternativas de dirección que sean capaces de elevar la insurrección de las masas a la toma del poder por las organizaciones obreras y populares.

En este período histórico esa tarea se ve cualitativamente facilitada por la desaparición del estalinismo, que fue por 70 años el mayor impedimento para la construcción de direcciones revolucionarias, y por la creciente debilidad de todas las direcciones traidoras del movimiento obrero y popular.

La alternativa a que los revolucionarios sepamos aprovechar esta oportunidad histórica serán nuevas derrotas y frustraciones a manos del imperialismo y sus aliados y en ese caso sí, la posibilidad de la imposición de regímenes fachistas que nos hundan en un infierno de barbarie, explotación y miseria aún peor que lo actual.

A la pregunta “¿A dónde va el Mundo con Trump?” respondemos entonces: hacia una prueba de fuego entre la contrarrevolución, liderada por la derecha imperialista mundial, encabezada por Trump, y la revolución representada por las luchas insurreccionales obreras y populares del mundo.

La acción consciente de los luchadores obreros y populares organizados en una internacional revolucionaria y sus partidos puede y debe imponer una salida socialista a esa confrontación.

Lo que sigue en este libro está dedicado a analizar las tendencias fundamentales de la economía y la política en el mundo actual, las perspectivas para la lucha de clases y las tareas que todo ello impone a los revolucionarios.

Anexo I

Llamamiento internacional de la Unidad Internacional de Trabajadores-Cuarta Internacional

¡Por la unidad de las luchas para derrotar la ofensiva contra los trabajadores y los pueblos encabezada por Donald Trump y el imperialismo!

El ascenso a la presidencia de Estados Unidos de Donald Trump constituye una amenaza grave para los oprimidos y explotados del Mundo. Trump es la cabeza del imperialismo mundial y es la expresión de un sector del imperialismo que pretende lanzar una nueva contra ofensiva contra los trabajadores y los pueblos, precarizar aún más el trabajo especialmente de los jóvenes, profundizar la depredación de la naturaleza, contra los derechos más básicos de las mujeres, de los pueblos oprimidos, de los migrantes pobres, con el único objeto de preservar el sistema capitalista-imperialista, las ganancias de las multinacionales y grandes capitalistas. Esta ofensiva es económica y puede traducirse también en acciones militares directas o indirectas y alentar una escalada represiva de los regímenes burgueses contra sus pueblos.

Trump está apoyando el endurecimiento de la política genocida de Israel contra los palestinos. En Grecia, Brasil, Francia y decenas de países se atacan brutalmente todas las conquistas sociales de los trabajadores. Las multinacionales y la banca siguen tratando de hundir a los pueblos en nuevos montos de deuda externa para seguir dominando y explotando a los pueblos y saqueando a las naciones. El hambre en el mundo vuelve a crecer. Mientras un reducido número de ultra millonarios controla gran parte de la riqueza mundial. La crisis que profundiza sin pausa la miseria de las masas y amenaza la supervivencia de la especia humana, hunde sus raíces en la existencia misma del capitalismo, en su etapa imperialista de decadencia y putrefacción.

A 100 años de la revolución rusa nunca como ahora sigue vigente que la humanidad no tiene otra salida que luchar por reemplazar el sistema capitalista imperialista por el socialismo con democracia para los trabajadores. Hay que expropiar a las multinacionales y a los bancos de los EE.UU, la Unión Europea, del Reino Unido, de Japón y hacerlos propiedad colectiva y social. Lo mismo hay que hacer con las grandes empresas y los latifundios de todos los países. Para ello los trabajadores, la juventud, las mujeres y los sectores populares deben luchar por gobiernos de los trabajadores en cada país.

En esa perspectiva hay que enfrentar la nueva contraofensiva imperialista. La rebelión de los trabajadores, los pueblos oprimidos, las mujeres, la juventud es la

respuesta a la política reaccionaria de los Trump, Merkel, Macron y Cía. Pese a la derrota de la revolución siria expresada en la masacre de Alepo, continúa la rebelión de los pueblos árabes hoy con las movilizaciones en el Rif de Marruecos y la heroica resistencia del pueblo palestino. En Francia y en Grecia las huelgas obreras enfrentan los planes de austeridad y la reforma laboral.

En Latinoamérica cayó por la falta de apoyo popular Dilma Rousseff del PT y tambalea Temer. La rebelión popular aumenta en Venezuela contra el ajuste e intento dictatorial de Maduro. Las grandes huelgas, especialmente de los docentes, se extienden en Colombia, Perú, Argentina y otros países. Las grandes movilizaciones de mujeres contra los femicidios, la violencia patriarcal, por el derecho al aborto, igualdad de derechos, es otro nuevo fenómeno internacional en ascenso. Y el movimiento independentista en Cataluña es otra expresión de esta rebelión de los pueblos por su autodeterminación.

Estas luchas son boicoteadas por las direcciones reformistas y las burocracias sindicales. La confusión política de sectores obreros y populares que votan por alternativas de derecha, es causada por la traición abierta a todas las demandas populares, tanto de los partidos y gobiernos socialdemócratas en Europa, como de nuevas variantes de izquierda reformista como Syriza en Grecia o Podemos en Estado español o los falsos gobiernos “progresistas” en Latinoamérica. Es el caso del fracaso del “Socialismo del Siglo XXI” de Chávez y Maduro como de Lula-Dilma del PT de Brasil o Evo Morales en Bolivia que gobernaron pactando con las multinacionales y ajustando a sus pueblos.

Ante esta situación llamamos con urgencia a la más amplia unidad de acción de las luchas para enfrentar a Trump y a los gobiernos imperialistas y capitalistas. Unidad de acción internacional contra el ajuste a los trabajadores y los sectores populares, contra la criminalización de la protesta, por el no pago de la deuda externa; contra la destrucción de la naturaleza, defensa de los derechos democráticos, de las mujeres, de la salud y educación popular, de nuestros trabajos, de nuestro alimento, nuestro futuro, expuestos a despidos, hambre, represión y desastres climáticos. Unidad para apoyar la lucha de la resistencia palestina, la rebelión popular en Venezuela contra el ajuste y el totalitarismo de Maduro.

La necesidad más importante que tienen hoy las masas es superar su crisis de dirección revolucionaria. Ante la traición de los aparatos reformistas necesitamos nuevas direcciones socialistas revolucionarias en cada país y en el mundo. Necesitamos construir fuertes partidos revolucionarios que luchen por la independencia de clase y por el internacionalismo. Hay que retomar el camino revolucionario que nos legaron Lenin y Trotski.

El VI Congreso de la UIT-CI ratifica el llamado a unir a los revolucionarios en cada país y en el mundo en una organización internacional revolucionaria hacia la reconstrucción de la IV Internacional. La UIT-CI rechaza todo sectarismo y autoproclamación en ese camino. Por eso hacemos un nuevo llamado a todas las organizaciones que reivindican la vigencia de la lucha por la revolución socialista mundial y por gobiernos de los Trabajadores a realizar acciones en común y buscar pasos hacia la unidad de los revolucionarios en cada país y en el mundo.

¡Por la unidad de las luchas contra los ajustes económicos y la represión antipopular!
¡Por la unidad de los revolucionarios para reconstruir la Cuarta Internacional para luchar por derrotar al capitalismo, por gobiernos de verdadero socialismo de los trabajadores!

VI Congreso de la Unidad Internacional de los Trabajadores-Cuarta Internacional (UIT-CI)
Julio de 2017

Anexo II

El siguiente es un artículo publicado el 6 de febrero de 2017 en el conocido sitio Político.com. El articulo en inglés original se puede encontrar en http://www.politico.com/story/2017/02/donald-trump-union-strike-234709

Huelga pone a prueba el atractivo de Trump para los obreros industriales

Por Jimmy Vielkind – Político – 06/02/2017

WATERFORD, New York – Una prueba temprana de la relación del presidente Donald Trump con el movimiento obrero organizado se está dando aquí en una planta química en las orillas del río Hudson.

Con su mensaje de populismo económico, Trump –que tuvo más apoyo en hogares sindicalizados que cualquier republicano desde Ronald Reagan en 1984- tiene una oportunidad única de meter una cuña entre los demócratas y los obreros industriales. Pero también está rodeado de ejecutivos corporativos que parecen tener su atención.

No hay mejor ejemplo de estas presiones en conflicto que la huelga fuera de la planta Momentive Performance Materials, donde los trabajadores han estado haciendo piquete por cerca de 100 días, protestando por la última serie de retrocesos en las conquistas obreras que pretenden imponer los gerentes del fondo buitre que compró la planta cuando General Electric la vendió en 2006. El grupo de gerentes hasta hace poco incluía a Steve Schwarzman, jefe de Blackstone, gigante de capitales privados, y que es presidente del panel de CEOs asesor de Trump conocido como el Foro de Estrategia y Política. El mandato del panel, ha dicho Trump, es “debatir todas las cosas que creen que podemos hacer para recuperar nuestros puestos de trabajo”.

Mientras Trump se ha apresurado a atacar a compañías en Twitter cuando mudan empleos al extranjero, aún no ha usado su púlpito prepotente para tomar un bando en una disputa entre trabajadores y la gerencia de una empresa. Y Lee Adler, que enseña derecho de empleo y laboral en la Facultad de Relaciones Industriales y Laborales de la Universidad de Cornell, dijo que duda de que el presidente dé pasos en ese sentido.

“No hay mucho que diferencie esta gente que votó por él y Harley Davidson en el medio oeste o esa fábrica en Indiana donde fue e hizo un gran escándalo. Lo diferente es que esta gente lucha por sus derechos y por justicia económica en el trabajo” dijo Adler. “Esto no tiene que ver con evitar que se vayan empleos al extranjero. Si hace una aparición y dice que debiera haber una resolución justa de la huelga… eso sería mucho más significativo y diferente de los shows que montó antes. Francamente, desearía que lo haga, pero no lo veo como esa clase de presidente”.

Trump que ganó el voto de hogares sindicalizados en el estado de Ohio, que al cambiar su apoyo de los demócratas a los republicanos fue crítico para su triunfo, comprende que su mensaje así como sus promesas se conectan con la profunda

ansiedad económica que sienten muchos obreros. Ya ha tomado contacto con alguno de los máximos líderes obreros: además de reunirse con el presidente de los Teamsters (camioneros) Jim Hoffa y el presidente de la AFL-CIO (la central nacional) Richard Trumka en New York, Trump se reunió con cinco líderes gremiales que representan a los sindicatos de la construcción, de los carpinteros, los plomeros y los siderúrgicos a la semana de asumir.

Muchos de los trabajadores sindicalizados de base en Waterford hablaron acerca de por qué votaron por Trump y dijeron que esperaban que mantuviera los valores que defendió en su campaña.

“Va a saber que estamos aquí y que lo que combatimos es la avaricia corporativa” dijo Ed Halse, de 56 años, que ha trabajado en la planta 27 años. “Me gusta todo lo que dice. Sólo espero que haga algo”.

Halse y alrededor de otros 700 trabajadores enrolados en las seccionales 81359 y 81380 del sindicato IUE-CWA (Unión Internacional de Trabajadores Electrónicos, Eléctricos, Asalariados, Mecánicos y de la Industria del Mueble fusionada desde 2006 con los Trabajadores de las Comunicaciones de EE.UU.) salieron a la huelga el 2 de noviembre cuando rechazaron un contrato que hubiese significado pérdida de beneficios para los jubilados de la planta y reducción de su servicio de salud. Hablan casi con añoranza de los tiempos de GE y dicen que los gerentes de Momentive han estado atacando a los trabajadores desde que se hicieron cargo –incluyendo intentos de reclasificar tareas que resultaron en reducciones de salarios- y acumulando deuda en la planta.

Este tipo de situación es exactamente lo que señalan los dirigentes sindicales cuando defienden al Partido Demócrata como campeón de los derechos de los trabajadores y la política impositiva (El sindicato CWA apoyó a Bernie Sanders en las primarias y luego a Hillary Clinton en la elección general). Un grupo con apoyo del sindicato, Hedge Clippers, difundió un informe sobre Schwarzman y León Black, CEO de Apollo Management y accionista mayoritario de Momentive, comparando su riqueza con lo que ganan los trabajadores.

Pero muchos trabajadores calcularon que Trump tenía mejores posibilidades de cambiar las cosas.

“No podía creerlo. Hice mi mayor esfuerzo para convencerlos; yo fui un auténtico hombre de Bernie” dice Dom Patrignani, presidente de la seccional 81359. “Respeto el hecho de que Donald Trump fue elegido presidente. Es nuestro tipo y dijo muchas cosas a esta gente que se pasaron de votar por Bernie en las primarias a Trump en la general. Ahora son todos creyentes de todas estas grandes cosas que Donald Trump les dijo y yo digo, si realmente habla en serio, que vea lo que está sucediendo en el norte del estado de New York”.

La planta principal de Momentive está en un lote de 325 hectáreas en Waterford, justo al norte de una vieja aldea erigida donde el río Mohawk (y el Canal Erie) desembocan en el río Hudson y produce sellantes de silicona –algunos de uso industrial y otros se pueden comprar en casas de productos para el hogar- y cuarzo. Está en una vieja zona industrial –la espira de acero del edificio Chrysler de New York fue forjada a pocos kilómetros al sur en Watervliet, y el

casco de hierro del célebre navío de guerra USS Monitor al otro lado del río en Troy- donde sigue habiendo empleos industriales y sobreviven los barrios de esos trabajadores, aunque bajo mayor presión.

En 2008 Barack Obama ganó en Waterford, Halmoon y la ciudad cercana de Mechanicville por 592 votos, o 3,6 puntos, Trump le ganó a Hillary Clinton en la misma zona por 1094 votos, o 6,8 puntos.

Bob Master, el director político de Communications Workers of America Distrito Uno, dijo que el sindicato encuestó a sus miembros después de la elección y encontró que el 60 por ciento votó por Clinton y 40 por ciento por Trump.

“En lugares en el norte del estado de New York y por cierto entre algunos de nuestros miembros blancos, Trump tenía verdadero atractivo. Lo sabíamos y lo entendemos”, dijo. “La narrativa de Trump es muy complicada. Por un lado apeló a la ira de la gente por la pérdida de empleos y por los acuerdos comerciales que vaciaron nuestras ciudades en todo el país. Por el otro lado, hubo una narrativa racista y misógina y un sentimiento anti-inmigrante que apeló a otros y fue muy preocupante. Mucha gente, incluyendo algunos de nuestros miembros, hicieron la vista gorda a eso porque él apelaba a sus frustraciones”.

Master dijo que activistas del sindicato repartieron volantes en Lafayette Square, junto a la Casa Blanca, durante la reunión del viernes del consejo empresario. Trump y Schwarzman llevaron ambos corbatas rojas durante una reunión que se concentró en impuestos y comercio, según declararon los dos y luego Schwarzman voló a Florida con el presidente en su avión oficial, el Air Force One.

Un vocero de Blackstone, Matt Anderson, dijo que la compañía vendió su participación en Momentive este verano boreal y no es uno de los compradores originales de la planta y por tanto no estuvo involucrada en reducciones salariales anteriores. Aunque Black es un dueño más directo, Schwarzman es un blanco más conveniente. El sindicato está enviando un ómnibus lleno de manifestantes a su hogar en la Park Avenue de Manhattan esta semana y en el piquete en Waterford muchos de los huelguistas conocían su nombre.

McGuire era uno de alrededor de una docena de trabajadores –la mayoría hombres, la mayoría blancos, la mayoría de más de 40 años y la mayoría vestidos con vaqueros y buzos con capucha- que hacían piquete en una de las entradas del lado norte de la planta el viernes. Sostenían carteles y gritaban “carnero jodido” a los vehículos que entraban y salían de la planta, que se veían demorados alrededor de tres minutos por el piquete, en un acuerdo tácito con la seguridad.

La vocera de Momentive, Tina Reiber, dijo que se interrumpieron las negociaciones hace tres semanas cuando el sindicato presentó una contra oferta que “nos distanció significativamente”, más que una oferta anterior que fue aprobada por otras seccionales del sindicato.

“La compañía ha sido clara en que para asegurar nuestra sustentabilidad y proteger el empleo, debemos alinear los beneficios de salud y jubilación con los paquetes ya existentes para otros empleados de Momentive en EE.UU.”, declaró Reiber. “La oferta de la compañía de hoy lograría eso mientras que se seguiría

proveyendo algunos de los trabajos mejor pagos en la zona. Desde que comenzó el proceso de negociación hemos negociado de buena fe y celebramos la oportunidad de trabajar hacia un acuerdo ratificado que responda a las necesidades de ambas partes".

Al mismo tiempo abogados de Momentive demandaron al sindicato, pidiendo a un juez que restrinja la actividad de piquetes que según dijeron "ponen en peligro la seguridad y el bienestar de miembros del público".

Thomas Nolan, Juez de la Corte Suprema del Condado de Saratoga, terminó la audiencia del viernes rechazando el pedido de la compañía de firmar una orden de restricción temporaria y habrá más testimonios el 22 de febrero.

No parece que habrá una reanudación de las conversaciones antes de que falle el juez y por lo tanto los obreros mantienen el piquete y esperan. Esperan que la reunión de Schwarzman con Trump y la atención de los medios de la zona –El New York Daily News mostró el piquete en la tapa del diario el viernes- hará avanzar las cosas.

"¿Dónde está el presidente?" preguntó el viernes Joe Higgins, un veterano de 10 años de la planta. "Esto no es hacer grande a Estados Unidos".

Trump en el marco de la época imperialista de decadencia capitalista

El actual período histórico en el que sin duda dejará su huella el gobierno de Donald Trump, se enmarca en la época imperialista, que ya lleva más de un siglo de desarrollo. Es fundamental entender el origen y el desarrollo de esta época imperialista, de decadencia capitalista, para comprender qué representa el actual fortalecimiento de la derecha populista liderada por Trump y cómo combatirla.

El capitalismo vivió una época de transición a partir de la década de 1880 que significó el fin de la libre competencia y el paso a la era de los monopolios y el imperialismo. Ese período transicional estuvo signado por **la tendencia a la fusión del capital bancario e industrial en capital financiero, lo que da nacimiento a los monopolios.** Esto se da primero a escala nacional en los países de Europa Occidental, Estados Unidos y Japón y luego a nivel internacional. Del dominio de la economía mundial a través del comercio se pasa al dominio a través de las inversiones de los monopolios en los países coloniales. Este fue el primer paso histórico de lo que hoy se llama globalización.

Es un período en el que se dan fuertes disputas entre las potencias por el acceso a las materias primas de las regiones coloniales: Asia, África, en particular medio oriente, Oceanía y América Latina.

La transición que incluye un período de depresión de la economía mundial y luego un periodo de auge, concluye con una gran crisis en 1908. A partir de esa crisis se registran inmensas conmociones. Los hitos fundamentales son la I Guerra Mundial iniciada en 1914 y la oleada de levantamientos obreros y populares que tuvieron su máxima expresión en la Revolución Rusa de 1917. Esto fue seguido de revoluciones que no lograron triunfar en Alemania (1919 y 1923), China (1927) y otros países.

A partir de allí, al decir de Lenin, se desarrolla una gran época de decadencia del capitalismo, la etapa imperialista, de guerras, crisis y revoluciones.

Una época de estancamiento de las fuerzas productivas y de desarrollo de las fuerzas destructivas de la naturaleza y el ser humano

Aquí debemos introducir un concepto fundamental para el marxismo. Las sociedades han sido progresivas a lo largo de la historia en la medida que desarrollaron las fuerzas productivas, es decir, la capacidad de la humanidad en su conjunto de aprovechar la naturaleza a su servicio desarrollando la ciencia, la tecnología y las maquinarias para dominarla. Pero en todas las sociedades que han existido –las sociedades tributarias o de riego como las de los Chinos antiguos, los Egipcios o los Mayas, Aztecas e Incas; las sociedades esclavistas como la griega o la romana; las feudales como las de Europa medieval y la propia sociedad capitalista vuelta imperialista- se dio un período a partir del cual las relaciones existentes entre las castas o clases se convirtió en una traba para el desarrollo de las fuerzas productivas. Y esto abrió en todos los casos un período de decadencia de la vieja sociedad y la posibilidad de surgimiento de una nueva.

Nadie mejor para explicar este concepto decisivo que el propio Carlos Marx, que en su “Introducción a la crítica de la economía política” decía:

En un estadio determinado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o -lo cual sólo constituye una expresión jurídica de lo mismo- con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se habían estado moviendo hasta ese momento. Esas relaciones se transforman de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en ataduras de las mismas. Se inicia entonces una época de revolución social. Con la modificación del fundamento económico, todo ese edificio descomunal se trastoca con mayor o menor rapidez. Al considerar esta clase de trastrocamientos, siempre es menester distinguir entre el trastrocamiento material de las condiciones económicas de producción, fielmente comprobables desde el punto de vista de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en suma, ideológicas, dentro de las cuales los hombres cobran conciencia de este conflicto y lo dirimen. Así como no se juzga a un individuo de acuerdo con lo que éste cree ser, tampoco es posible juzgar una época semejante de revolución a partir de su propia conciencia, sino que, por el contrario, se debe explicar esta conciencia a partir de las contradicciones de la vida material, a partir del conflicto existente entre fuerzas sociales productivas y relaciones de producción. Una formación social jamás perece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente, y jamás ocupan su lugar relaciones de producción nuevas y superiores antes de que las condiciones de existencia de las mismas no hayan sido incubadas en el seno de la propia antigua sociedad, De ahí que la humanidad siempre se plantee sólo tareas que puede resolver, pues considerándolo más profundamente siempre hallaremos que la propia tarea sólo surge cuando las condiciones materiales para su resolución ya existen o, cuando menos, se hallan en proceso de devenir, A grandes rasgos puede calificarse a los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno de épocas progresivas de

la formación económica de la sociedad. Las relaciones de producción burguesas son la última forma antagónica del proceso social de la producción, antagónica no en el sentido del antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que surge de las condiciones sociales de vida de los individuas, pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean, al mismo tiempo, las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social concluye, por consiguiente, Ia prehistoria de la sociedad humana.

El capitalismo se abrió paso a través de grandes conmociones sociales y políticas como la Revolución Francesa, encabezada por la burguesía y apoyada por sectores populares, cuando el feudalismo de las grandes monarquías absolutistas se había vuelto una carga inútil e insoportable para la sociedad. Hoy el capitalismo imperialista plantea el peligro de la destrucción del planeta y de la propia humanidad, a la vez que mantiene hundidos en la miseria a miles de millones de seres humanos. Pero el capitalismo ha creado en su seno la fuerza capaz de superar esta situación crítica. Es la clase obrera la que tiene que asumir hoy la tarea de llevar a cabo su propia revolución para transformar la sociedad de modo de liberar las fuerzas productivas de la traba que significa el capitalismo.

Esta concepción básica del marxismo ha sido cuestionada, sin embargo, no sólo por quienes defienden al capitalismo, sino por numerosos autores marxistas e incluso trotskistas. En su trabajo “Actualización del Programa de Transición” (1980), Nahuel Moreno, dirigente trotskista nacido en la Argentina y fundador de la Liga Internacional de los Trabajadores (LIT-CI), se refería así a la corriente revisionista que por entonces encabezaba el dirigente belga Ernest Mandel en el Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional:

TESIS XIV LAS FUERZAS PRODUCTIVAS DECAEN MIENTRAS QUE LAS DESTRUCTIVAS NO DEJAN DE CRECER BAJO EL BOOM ECONÓMICO

La inexistencia de una crisis como la del año 1929 en esta [segunda] postguerra —es decir, de un shock que conmueva a todo el mundo capitalista desde el centro a la periferia—, el boom económico de los países imperialistas y de los más desarrollados del mundo durante veinte años (a partir más o menos del año 1950), más la combinación de estos elementos con un espectacular desarrollo tecnológico, llevaron al revisionismo a levantar una nueva concepción económica antimarxista.

La misma sostiene, en primer lugar, que se ha abierto una nueva etapa, la neocapitalista o neoimperialista que se diferencia de la imperialista definida por Lenin como de decadencia total, de crisis crónica de la economía capitalista. Generalizando abusivamente estos nuevos hechos, esta nueva corriente teórico–política acepta tanto la teoría de los economistas burgueses como la de la burocracia y las traslada a nuestras filas como una teoría económica al servicio de su capitulación a los aparatos burocráticos.

La segunda revisión —la principal— es la afirmación de que en esta supuesta nueva etapa las fuerzas productivas viven un colosal desarrollo, gracias al enorme

progreso tecnológico. Esta es una concepción anticlasista y antihumana, y justamente la base de sustentación de los ideólogos del imperialismo.

Para los marxistas el desarrollo de las fuerzas productivas es una categoría formada por tres elementos: el hombre, la técnica y la naturaleza. Y la principal fuerza productiva es el hombre; concretamente la clase obrera, el campesinado y todos los trabajadores. Por eso consideramos que el desarrollo técnico no es desarrollo de las fuerzas productivas si no permite el enriquecimiento del hombre y de la naturaleza; es decir, un mayor dominio de la naturaleza por parte del hombre, y de éste sobre su sociedad.

La técnica —como también la ciencia y la educación— son fenómenos neutros que se transforman en productivos o destructivos de acuerdo a la utilización clasista que se les dé. La energía atómica es un colosal descubrimiento científico y técnico, pero transformada en bomba atómica es una gran tragedia para la humanidad; nada tiene que ver con el progreso de las fuerzas productivas sino con el de las fuerzas destructivas. La ciencia y la técnica pueden originar el enriquecimiento del hombre —desarrollar las fuerzas productivas— o la decadencia y destrucción del hombre. Depende de su utilización; y su utilización depende de la clase que las tenga en sus manos. Actualmente, el desarrollo de las fuerzas productivas no sólo está frenado por la existencia del imperialismo y la propiedad privada capitalista, sino también por la existencia de los estados nacionales, entre los que incluimos a los estados obreros burocratizados. En la época de agonía del capitalismo estos estados nacionales cumplen el mismo nefasto papel que los feudos en el período de transición del feudalismo al capitalismo.

En esta postguerra hemos vista el colosal desarrollo de la industria armamentista, es decir de las fuerzas destructivas de la sociedad, y también un desarrollo de la técnica que ha llevado a un empobrecimiento del hombre, a una crisis de la humanidad, a guerras crecientes y a un comienzo de destrucción de la naturaleza. El actual desarrollo de la economía capitalista y burocrática tiene una tendencia creciente a la destrucción del hombre y de la naturaleza humanizada. El análisis revisionista en este punto es parcial y analítico, pues no define ni las consecuencias del desarrollo ni sus tendencias. Si el revisionismo tuviera razón, sus concepciones significarían que hemos entrado en una época reformista en la que de lo que se trata es de obtener la mayor tajada posible en favor de los trabajadores dentro de este progresivo proceso de desarrollo. […] Pero la actual etapa del capitalismo produce miseria creciente para las masas. El dominio de la economía mundial por el imperialismo es una traba al desarrollo de las fuerzas productivas. Y el marxismo, el leninismo y el trotskismo están más vigentes que nunca, porque son la única ciencia que explica por qué se abre una etapa revolucionaria: porque el desarrollo de las fuerzas productivas es trabado por el régimen social dominante, hasta tal grado que provoca una decadencia, una crisis en el desarrollo de las mismas.

Se creería que ante la prolongada crisis que vive hoy el capitalismo a nivel mundial, habrían desaparecido las dudas sobre el supuesto desarrollo de las fuerzas productivas en el que se apoyaban los argumentos revisionistas. Sin embargo, no son pocos los autores marxistas –reflejando el giro oportunista de la mayoría de ellos- que retoman hoy esos mismos argumentos.

Es el caso del economista argentino Rolando Astarita, ex militante de la corriente encabezada por Nahuel Moreno, que en su trabajo "*Trotsky, fuerzas productivas y ciencias*" (6 de enero de 2011) sostiene:

Trotsky pensaba que si las fuerzas productivas a nivel mundial se hubieran desarrollado después de finalizada la Primera Guerra mundial, la toma del poder por parte de la clase obrera y el partido bolchevique en Rusia hubiera sido una grave equivocación histórica. De la misma manera consideraba que la base del Programa de Transición (programa de fundación de la Cuarta Internacional) era que las fuerzas productivas ya no podían desarrollarse. Si el capitalismo pudiera desarrollar las fuerzas productivas, pensaba, la clase obrera no podía plantearse la toma del poder. El estancamiento de las fuerzas productivas, en su visión, constituía la premisa económica de la revolución:

"La premisa económica de la revolución proletaria ha llegado hace mucho tiempo al punto más alto que le sea dado alcanzar bajo el capitalismo. Las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer" (Programa de Transición).

Esto plantea entonces dos cuestiones esenciales. La primera es cómo se mide el desarrollo de las fuerzas productivas. En segundo término, es necesario dar alguna razón teórica para explicar por qué las fuerzas productivas, a partir de cierta fecha (aproximada) ya no pueden crecer. Precisemos esta segunda cuestión. No basta constatar que las fuerzas productivas están estancadas, por ejemplo desde hace cinco años, sino que hay que demostrar también que ya no pueden salir de esa situación, a menos que se cambie el régimen social. Si pudieran volver a desarrollarse, no hay manera de sostener que el capitalismo "se agotó", siempre según esta visión. Veamos entonces cómo Trotsky resuelve ambas cuestiones, y cómo lo hizo el movimiento trotskista.

El criterio para medir el desarrollo de las fuerzas productivas

El criterio de Trotsky para medir el desarrollo de las fuerzas productivas era el mismo que, en líneas generales, tenían todos los marxistas de principios de siglo XX, y consistía en tomar como parámetro la producción, y en especial la inversión en construcciones, equipos y herramientas. Por ejemplo, en uno de sus últimos escritos, sostiene:

"El progreso humano se ha detenido en un callejón sin salida. A pesar de los últimos triunfos del pensamiento técnico, las fuerzas productivas naturales ya no aumentan. El síntoma más claro de la decadencia es el estancamiento mundial de la industria de la construcción…" (Trotsky, 1984, p. 32; énfasis agregado).

Trotsky no brinda datos para demostrar que a nivel mundial la industria de la construcción estaba estancada desde 1914, pero el criterio para medir el desarrollo de las fuerzas productivas aparece claro. Cualquiera podía poner a

prueba su afirmación apelando a las estadísticas de la construcción mundial (tal vez en aquella época no había demasiadas estadísticas, pero hoy las tenemos).

[…]

Piruetas teóricas

Este criterio establecido por Trotsky para medir el desarrollo lo siguió aplicando el movimiento trotskista después de la desaparición de su líder, a la URSS, y más tarde a China. Pero ya no funcionaba del todo para el mundo capitalista. Es que no había manera de sostener que las fuerzas productivas en el mundo capitalista estaban estancadas, por ejemplo en 1950, apelando "al lenguaje del acero, del cemento, de la producción de petróleo, de las construcciones, etc." Tampoco se podía alegar que "no hay estadísticas" para eludir el problema. De manera que en los sesenta Ernest Mandel planteó lo que era casi una evidencia, que las fuerzas productivas se habían desarrollado por encima de los niveles de 1914, y también de 1930. No extrajo las consecuencias de esto en relación al Programa de Transición, aunque fue un paso importante. Pero sus adversarios dentro del trotskismo pusieron el grito en el cielo, y consideraron que ese reconocimiento equivalía prácticamente a una traición de los ideales revolucionarios (como puede verse, no cambiaron mucho las formas de argumentar de algunos). Sin embargo no bastaba con acusar a Mandel de "revisionista"; había que responder algo. En algún momento se ensayó con la idea de que, si bien había recuperaciones después de las crisis (por ejemplo, después de la Gran Depresión), nunca se alcanzaba el nivel de desarrollo previo a la crisis. Pero esto también era insostenible. Asimismo se sostuvo que si bien había desarrollo en los países adelantados, se conseguía a costa del retroceso del Tercer Mundo, de manera que, en promedio, siempre estábamos igual. Pero ya en la década de 1960 era inocultable que había industrialización en el Tercer Mundo. Por lo cual hubo que inventar otro argumento, que consistía en redefinir cómo debía evaluarse el desarrollo de las fuerzas productivas. Se sostuvo que la principal fuerza productiva era el ser humano y que por lo tanto el desarrollo de las fuerzas productivas debía evaluarse por la evolución del ser humano (alimentación, bienestar, educación). A partir de aquí se sostuvo que la humanidad estaba cada vez peor (en términos de alimentación o necesidades básicas insatisfechas) desde 1914; por lo cual se concluía que las fuerzas productivas estaban estancadas desde aquel año. "La premisa de la revolución establecida por el Programa de Transición no tiene por qué cuestionarse", era la conclusión. Siendo joven este argumento lo escuché, leí y repetí durante muchos años en que milité en el movimiento trotskista. Era compartido por organizaciones europeas y latinoamericanas.

Señalemos dos problemas serios del argumento. El primero, es que quienes plantearon este nuevo criterio nunca hicieron una revisión sistemática de la literatura anterior para explicar por qué tantos marxistas, empezando por el propio Marx, y terminando en Trotsky, no lo habían aplicado, y en qué se habían equivocado al no hacerlo. Después de todo se trata de categorías básicas (la de fuerza productiva es casi "fundacional" en la teoría marxista), y cambiarlas no es lo mismo que cambiarse de camisa. Hubo en esto entonces una increíble ligereza

teórica, diría que rayana en la irresponsabilidad intelectual. En particular, además, porque el nuevo criterio seguía conviviendo con la aceptación del enfoque de Trotsky sobre desarrollo, pero aplicado solo a la URSS. De manera que había aquí una grave dicotomía teórica, que nadie se preocupaba seriamente de examinar o aclarar. Por este motivo, con el paso de los años, llego a la conclusión de que se trató de una pirueta teórica, para seguir defendiendo el dogma (y atacar a Mandel).

Pero además, había un segundo problema, que es que aún tomando como criterio el desarrollo humano, no sería posible probar que las fuerzas productivas están estancadas desde 1914 (tampoco desde 1930, o desde 1950, etc.). La cantidad de seres humanos sobre el planeta se multiplicó; solo entre 1970 y 2010 pasó de 2600 millones a 7000 millones. Los hambrientos a nivel mundial en ese lapso descendieron del 37% a aproximadamente el 16% (en términos absolutos permanece en torno a los 1000 millones de seres humanos). Si las fuerzas productivas a nivel mundial hubieran estado estancadas, este crecimiento de la especie humana hubiera sido casi imposible. Pero además, aumentó la esperanza de vida. Según datos la Organización Mundial de la Salud, en 1900 el promedio global de vida era de solo 31 años, y por debajo de los 50 años en los países más ricos. A mediados del siglo XX, el promedio de vida había alcanzado los 48 años; en 2005 era de 65,6 años, y de más de 80 años en algunos países desarrollados. Si se toma por otra parte a la clase obrera, es evidente que aumentó en número a nivel planetario, y continúa haciéndolo. Pero además aumentaron los índices educativos. El número de alfabetos, y de personas con instrucción superior a la primaria, se ha incrementado en términos absolutos y relativos en todos los países adelantados, entre 1910 y 2000. Y también aumentó en los países del Tercer Mundo. Solo entre 1950 y 1985 el número de alfabetos en los países subdesarrollados, según la ONU, aumentó a un ritmo dos veces superior a la tasa de crecimiento demográfico. La parte de las mujeres alfabetos en el total de alfabetos aumentó en todos los países desarrollados, y en prácticamente todos los países subdesarrollados, desde 1900 a 2000. Todo esto, por otra parte, está acorde con la idea de que el desarrollo de las fuerzas productivas mejora las condiciones que posibilitan en el futuro el triunfo de una construcción socialista. Por caso, en China, a principios de siglo XX había apenas unos 3000 obreros industriales. En la actualidad hay más de 100 millones. Esta fuerza laboral, además, tiene niveles de instrucción e información mayores que en 1914. Lo mismo podemos decir de la mayoría de los países. Esto no empeora las condiciones para un cambio socialista, sino todo lo contrario.

Segundo problema, la razón teórica

Además del problema de cómo medir el desarrollo, está la cuestión de explicar por qué, a partir de 1914, las fuerzas productivas debieron haberse estancado. Dada la importancia del tema, era de esperar que Trotsky hiciera una discusión acabada del porqué del estancamiento. Pero no la encontramos. Solo está el escrito de 1940, que ya hemos citado, en que se refiere al tema. Allí sostiene que la razón del estancamiento es el monopolio, que ha reemplazado a la libre

competencia. "La eliminación de la competencia por el monopolio señala el comienzo de la desintegración de la sociedad capitalista" (Trotsky, 1984, p. 17). Más adelante sostiene que la ley del valor "se niega a prestar más servicios"; y en otra parte afirma que, a pesar del monopolio, la competencia subsiste. No hay mucho más. Por lo cual todo lo que debe explicarse queda pendiente. En particular porque Trotsky no da ninguna prueba de que haya un grado de concentración tal como para impedir el cambio tecnológico derivado de la competencia. Tampoco hay forma de explicar, por caso, lo sucedido en la década de 1920 en EEUU, cuando hubo un profundo cambio tecnológico (generalización del motor eléctrico en la industria, y del transporte automotor) que dio lugar a un aumento de productividad superior al de las dos décadas anteriores; que fue acompañado de sobreacumulación, que a su vez terminó en la crisis. Todo esto es imposible de encajar en la tesis "domina el monopolio y se acabó la competencia que es el resorte del cambio tecnológico". Para colmo, en el Programa de Transición, escrito un par de años antes, Trotsky afirmaba que los monopolios organizaban "milagros de técnica, de empresas gigantescas". Pero si esto era así, no podía decirse que el capitalismo estaba estancado definitivamente.

[…]

Mi conclusión es que esta tesis del estancamiento de las fuerzas productivas desde 1914 (o desde 1930, o desde 1970, etc.) ***es un disparate****. Solo se puede defender con palabrerío y con argumentos ad hominem, del tipo "Fulano dice que las fuerzas productivas se desarrollaron porque es un enemigo del socialismo". Por supuesto, esto convence solo a los convencidos, o a gente demasiado impresionable por el griterío. Para el resto de los mortales, hacen falta argumentos lógicos y evidencias empíricas. Que es la condición de toda discusión científica.*

{Ver texto completo en:
https://rolandoastarita.wordpress.com/2011/01/06/trotsky-fuerzas-productivas-y-ciencia/ }

Fuerzas productivas y revolución

Lo primero que llama la atención de toda la argumentación de Astarita es que **en ningún momento plantea cuál es su posición en cuanto a la relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la posibilidad de hacer la revolución para enterrar al capitalismo imperialista y construir el socialismo**. ¿Si las fuerzas productivas siguen creciendo como el sostiene, entonces no está planteado acabar con el capitalismo y construir el socialismo? ¿O se equivocaron Marx, Lenin y Trotsky, y no hay tal relación entre desarrollo de las fuerzas productivas y revolución?

Esto sólo deja en suspenso todo el debate: ¿Para qué se discute sobre las fuerzas productivas? ¿Por mero interés "académico"? ¿O para saber si está planteada o no la revolución? Astarita no contesta.

Lo segundo que llama la atención de este trabajo es que en ninguna parte de este artículo, escrito en enero de 2011, se hace referencia a la tremenda crisis mundial iniciada en 2007-2008 (tres años antes de la publicación del artículo) con

epicentro en Estados Unidos y Europa occidental y extendiéndose a todo el planeta, que ha producido y sigue produciendo una enorme destrucción de fuerzas productivas: despidos masivos en todo el mundo, cierres de fábricas, caída o estancamiento de la producción, guerras en el medio oriente y África. Mucho menos señala Astarita que esta crisis, según la inmensa mayoría de los autores marxistas, ha abierto un período de baja prolongada de la economía mundial, una onda larga que proyecta su sombra negativa sobre muchos años por delante.

Y dado que ni nombra la crisis, mucho menos intenta relacionarla con anteriores períodos de auge y crisis de la economía imperialista mundial.

Lo primero que debemos decir es que, siguiendo la argumentación de Moreno y de Trotsky, a partir de que se impuso el predominio de los monopolios hace un siglo, ha habido momentos de caída y de ascenso relativos de la economía pero que la tendencia general es al empeoramiento de la situación de los trabajadores y los pueblos y el agravamiento de la destrucción de la naturaleza y un desarrollo de las capacidades destructivas del imperialismo, expresado en el armamentismo, el militarismo, las guerras, la destrucción del medio ambiente con peligro general para la Tierra y el avance de fenómenos retrógrados como el crecimiento del narcotráfico.

Esto no niega que hay datos estadísticos que indican mejoras en determinados períodos y en aspectos específicos de la economía y de la situación de la humanidad en determinados países o incluso regiones enteras. Aunque debemos alertar que son muy cuestionadas las estadísticas a las que Astarita da por ciertas, de reducción de la pobreza y otras mejoras específicas de la situación de las masas a nivel mundial. Existen cifras alternativas propuestas por distintos autores. Por ejemplo el economista marxista británico Michael Roberts cita un reciente estudio del banco Credit Suisse de acuerdo al cual en 2016, 3500 millones de individuos –el 73% de todos los adultos en el mundo- caen en la categoría de pobres, lo que contradice abiertamente las afirmaciones de Astarita.

Por su parte los economistas Martin Kirk y Jason Hickel señalan que las cifras que usan el Banco Mundial y otras entidades internacionales para medir la pobreza se basan en una línea de pobreza de US$ 1,25 al día. "*Pero existe fuerte consenso* –dicen Kirk Y Hickel- *de que esta línea es demasiado baja… Usando una línea de pobreza de US$ 5 por día que incluso la Agencia de la ONU para el Comercio y el Desarrollo sugiere que es el mínimo imprescindible para que la gente obtenga alimento adecuado y tenga la posibilidad de una expectativa de vida normal, la pobreza global medida a este nivel no ha estado cayendo. De hecho, ha estado incrementándose –en forma dramática- en los últimos 25 años a más de 4000 millones de personas o casi dos tercios de la población mundial*

Más allá de lo que dicen las estadísticas, lo que es indiscutible es que lo que predomina en la sociedad capitalista imperialista mundial de conjunto en los últimos cien años son los rasgos destructivos y no los de avance, si se mide en base a la situación de miseria creciente de las masas del mundo y no en base a los espejitos de colores de la tecnología de consumo.

Hubo períodos en los que se dio una mayor exacerbación de estos rasgos retrógrados, destructivos de las fuerzas productivas, siendo sin duda el más prolongado y destructivo el que va entre 1914 y 1945, en el que se dieron las dos guerras mundiales. No por casualidad es ese el período en el que se dieron los mayores avances de la revolución mundial, con los triunfos de la Revolución Rusa y el surgimiento posterior de 15 nuevos estados obreros, incluido el chino.

Otro período de profunda destrucción de las fuerzas productivas se concentra entre fines de los años sesenta y comienzos de los noventa, coincidente en sus comienzos con la guerra de Vietnam, que provocó una movilización mundial y que logró la primera derrota militar del imperialismo yanqui en su historia.

Más recientemente debemos hablar de la ocupación militar de Irak y Afganistán por el imperialismo, su derrota por las masas y la combinación de estos hechos con la crisis que estalló en 2008 y que continúa hoy sin visos de solución.

Entre estos períodos de exacerbación de las "crisis, guerras y revoluciones" en los que categóricamente se verifica a nivel mundial la tesis de la destrucción de las fuerzas productivas y el predominio de las tendencias destructivas del capitalismo en su etapa imperialista, podemos señalar dos períodos de relativa recuperación económica en los que esos rasgos destructivos se dieron de modo más atenuado:

- el primero es el boom de la II posguerra, que duró de comienzos-mediados de la década del cuarenta hasta fines de los años sesenta/comienzos de los setenta;
- el segundo es el período posterior a la restauración capitalista en los estados obreros y el acceso de los monopolios a la explotación del proletariado de esos países.

Pero, tomados de conjunto los 100 años que van de la I Guerra Mundial a hoy, los períodos de relativa recuperación económica aparecen como dos islas, en una marea general histórica de destrucción del planeta, de la humanidad y de la producción.

El último dato estadístico que gustan dar los defensores de la tesis del desarrollo de las fuerzas productivas se centra en el extraordinario crecimiento de la economía china. Sin duda ese crecimiento existe. Aunque a costa de una destrucción masiva del medio ambiente. Igualmente cierto es que actualmente la crisis ha entrado en China y su consecuencia más inmediata es el cierre de decenas de miles de fábricas y el despido de decenas de millones de trabajadores de las industrias de exportación. Al mismo tiempo que se paraliza la construcción.

El rol traidor del stalinismo y los períodos de recuperación económica capitalista. Inversión de las leyes de causalidad.

Finalmente es un hecho notorio que los dos períodos de recuperación relativa de la economía capitalista y atenuación de los rasgos destructivos del imperialismo que hemos señalado están directamente asociados con **el rol traidor del stalinismo.**

- El boom de la II posguerra fue producto directo de la traición del stalinismo a la revolución, permitiendo primero el triunfo de Hitler en Alemania en los años treinta, luego la derrota de la revolución en Europa occidental y su apoyo al imperialismo estadounidense al final de la II Guerra Mundial.
- La relativa recuperación de la economía imperialista en los años noventa fue resultado directo de la restauración capitalista impuesta en los estados obreros por el stalinismo en alianza con el imperialismo.

Esto reivindica plenamente otro concepto de Nahuel Moreno fundamental para entender el período histórico iniciado con la I Guerra Mundial y la Revolución Rusa: que en la época imperialista se produce una inversión de las leyes de causalidad y el factor más subjetivo, la crisis de dirección revolucionaria del proletariado, determina todos los procesos, incluidas las alzas circunstanciales de la economía mundial.

Dicho por el propio Moreno (Tesis II de Actualización del Programa de Transición - Un siglo de lucha del proletariado mundial: grandes triunfos y conquistas; crisis de dirección y decadencia de la humanidad):

A partir de la primera guerra imperialista, al iniciarse la época de crisis definitiva del imperialismo y el capitalismo, la época de la revolución socialista, cambian las relaciones causales de los acontecimientos históricos. En relación con las grandes épocas históricas y el desarrollo normal de las sociedades, el marxismo ha sostenido que el hilo rojo que explica todos los fenómenos son los procesos económicos. Pero en una época revolucionaria y de crisis, esta ley general tiene una refracción particular que invierte las relaciones causales, transformando el más subjetivo de los factores —la dirección revolucionaria— en la causa fundamental de todos los otros fenómenos, incluso los económicos. Hasta la Primera Guerra Mundial el proceso económico tenía un carácter predominante y en cambio no tenían mayor importancia los factores subjetivos. La misma lucha de la clase obrera era reformista porque no atentaba contra el proceso de acumulación capitalista, contra el desarrollo económico capitalista, contra sus leyes, sino a lo sumo significaba una ligera variación al proceso. Por eso fue una época reformista. Pero a partir de la Primera Guerra Mundial ya no es así. Los procesos económicos dejan de ser los determinantes; y el factor subjetivo —la dirección— se convierte en el fundamental. No olvidemos que esto es así porque toda la época está determinada por la lucha revolucionaria de las masas.

La existencia de Marx y Engels en el siglo XIX no fue un factor objetivo en el desenlace de ningún proceso histórico. Su existencia no pudo garantizar el triunfo ni evitar las derrotas de la revolución proletaria en el año 1848 ni en la Comuna de París. En cambio la existencia de Lenin y Trotsky y del Partido Bolchevique pudieron garantizar el triunfo de la Revolución de Octubre, mientras que en Alemania la inexistencia de un partido bolchevique y de un Lenin y un Trotsky hizo

que no se pudiera garantizar el triunfo de la revolución socialista. De la misma manera, la existencia de direcciones contrarrevolucionarias burocráticas al frente de los grandes partidos socialistas permitió el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Una consecuencia histórica fundamental de esta inversión en la línea causal de los acontecimientos históricos se va a reflejar en la dialéctica de triunfos y derrotas del proletariado mundial.

La izquierda socialdemócrata, confiada en el proceso lineal y evolutivo, al comprobar retrocesos y derrotas de éste como consecuencia de la inmadurez del proletariado o de la traición de sus direcciones, formuló una ley marxista, dialéctica, en una bella frase: el camino del proletariado está plagado de derrotas que llevan al triunfo. Señalaban así la dialéctica de derrotas y triunfos, su transformación de unas en otros. Pero la Primera Guerra Mundial, al hacer aparecer con toda crudeza el nuevo factor determinante del proceso histórico —la crisis de dirección revolucionaria del proletariado mundial— estableció una dialéctica invertida de las relaciones entre los triunfos y las derrotas que vale para toda la época que se abre con la Primera Guerra Mundial, y es más actual que nunca. La podemos formular de la siguiente manera: mientras el proletariado no supere su crisis de dirección revolucionaria no podrá derrotar al imperialismo mundial y todas sus luchas, como consecuencia de ello, estarán plagadas de triunfos que nos llevarán inevitablemente a derrotas catastróficas. Nada lo demuestra mejor que el boom económico de esta postguerra: su verdadera causa es la traición del stalinismo, que llamó a los obreros occidentales a trabajar más que nunca para el imperialismo. (…)

“La crisis sin fin”

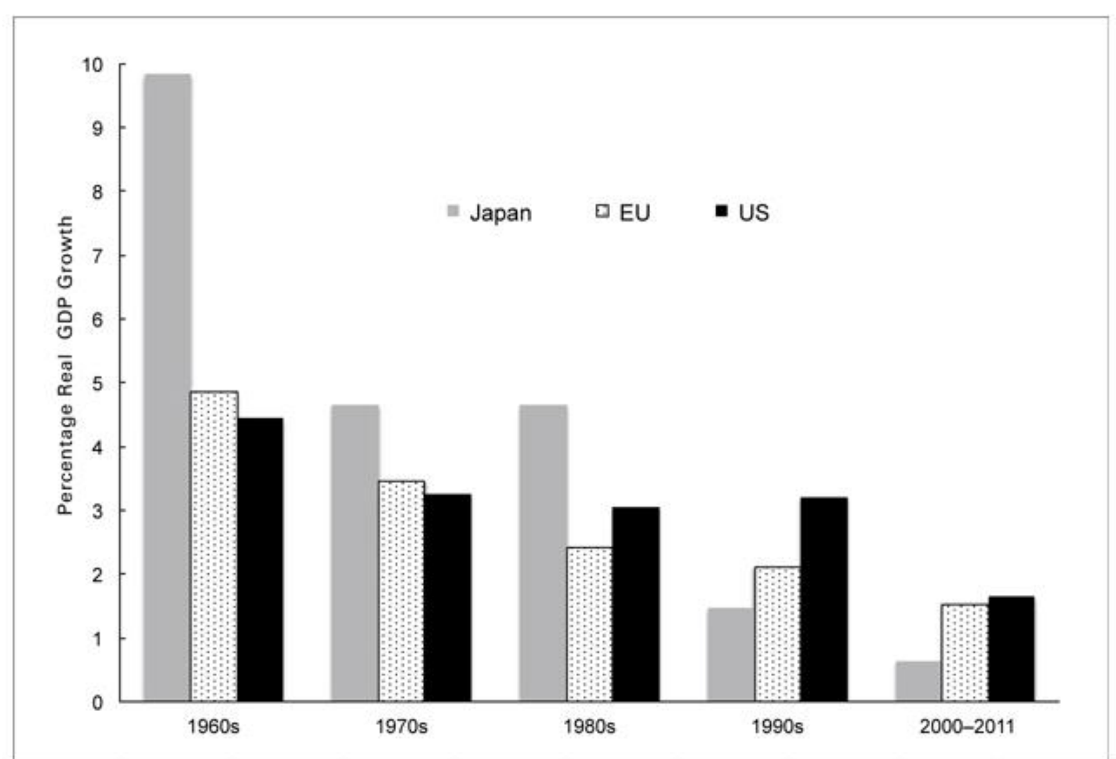
¿Cómo se expresa el hecho decisivo de que las fuerzas productivas han dejado de crecer bajo el capitalismo en términos de los principales datos que los economistas y los medios de comunicación manejan a diario, es decir, en términos del crecimiento del PBI? Dos economistas marxistas estadounidenses, John Bellamy Foster y Robert W. McChesney, publicaron un libro titulado “The Endless Crisis” (La crisis sin fin, edición de Monthly Review Press de 2012, versión electrónica de Kindle/ traducción propia). En su Introducción afirman:

El estado normal de una economía capitalista madura dominada por un puñado de corporaciones monopólicas gigantes es de estancamiento. Esto ha sido cierto por casi un siglo (si es que no más) y la Gran Depresión de la década de 1930 ofrece un ejemplo deprimente. Durante décadas a partir de allí una variedad de mecanismos –generalmente a través de la acción del estado- permitió al sistema superar el estancamiento y proveer crecimiento, pero estos mecanismos tendieron a tener efectos secundarios negativos; su utilidad se disipó o eventualmente se vio socavada. El más importante mecanismo y el más reciente fue el aumento masivo de la deuda de 1980 a 2008, que apuntaló la economía pero era insostenible y

eventualmente llevó a la gran crisis financiera. Los factores que inducen al estancamiento son mayores hoy y están globalizados por lo que el futuro para la economía es oscuro.

[…] La desaceleración económica de largo plazo, como indica el cuadro I.1, precedió a la crisis financiera. En el caso de EE.UU. la tasa de crecimiento para la década de 1970 (que fue ligeramente más elevada que la de las dos décadas subsiguientes) fue 27 por ciento menor que la de la década de 1960. En 2000-2011 la tasa de crecimiento estuvo 63 por ciento por debajo de la tasa de la década de 1960. Esta tendencia al estancamiento subyacente fue la razón por la que la economía se volvió tan dependiente de la financierización generado una serie de burbujas financieras especulativas cada vez más grandes a lo largo de décadas. En realidad ahora ha surgido un peligroso bucle entre estancamiento y burbujas financieras, reflejando el hecho que el estancamiento y la financierización son fenómenos crecientemente interdependientes: problema al que nos referimos en este libro como la trampa estancamiento-financierización.

Cuadro I. 1. Tasas de Crecimiento Económico Real Anual Promedio, Japón, la UE y EE.UU.



Fuentes: Datos para EE.UU. del Bureau of Economic Analysis, National Income and Product Accounts, Table 1.1.1. Cambio porcentual de período precedente en producto interno bruto real. Datos para Japón y UE de Banco Mundial

Y más adelante, en la página 4 del libro, los autores aclaran: *El estancamiento no significó además y necesariamente profundas caídas con crecimiento negativo, sino más bien una desaceleración de la tasa tendencial de crecimiento debido a la sobre acumulación. La inversión neta (es decir la inversión más allá de lo cubierto por los fondos de depreciación) se atrofió, porque con el alza de la productividad la poca inversión requerida podía cubrirse con los fondos de depreciación por sí solos. El estancamiento supuso así como su base el avance tecnológico y el aumento de la productividad permanentes. No es que la economía no es lo suficientemente productiva; es demasiado productiva para absorber todo el excedente generado en la producción y que busca en donde invertir.*

Dicho sintéticamente, el imperialismo ha significado un estancamiento de las fuerzas productivas, tal como sostuvieron Lenín, Trotsky, Moreno y sus seguidores. Ese estancamiento se ve enmascarado por una serie de mecanismos implementados por los estados imperialistas para promover el crecimiento. Los autores no lo nombran en estas citas, pero un mecanismo decisivo a lo largo de todo el siglo ha sido la enorme inversión estatal en armamentismo, en medios de destrucción, lo que por supuesto va en el sentido opuesto del desarrollo de las fuerzas productivas. Pero esos mecanismos son insostenibles a largo plazo y producen efectos secundarios negativos. Ahora eso se expresa en un mecanismo de retroalimentación permanente entre la expansión del sector financiero con capitales que no encuentran donde invertir en la producción y el estancamiento expresado en una caída de la tasa de crecimiento, generando permanentes burbujas financieras que estallan, como sucedió en la crisis de 2008. El desarrollo de la productividad y el avance tecnológico permanente lejos de permitir superar el estancamiento, son condiciones para la continuidad del estancamiento porque llevan a generar más plusvalía que traducida en ganancias y acumulación de capital, no encuentra donde invertirse productivamente.

En términos históricos concretos, el enorme salto que dio la acumulación imperialista al acceder a la explotación directa de 1400 millones de trabajadores de los ex estados obreros, en particular China y la ex URSS, sirvió para que en el 2000 y el 2008 la tremenda acumulación de capital financiero en Estados Unidos que no encontraba en donde invertirse productivamente produjera el estallido de las burbujas financieras.

Un dato interesante que aporta “La crisis sin fin” en el cuadro I.1. es que, a pesar del acceso de las multinacionales a la explotación directa de 1400 millones de trabajadores de los ex estados obreros, la tasa de crecimiento de las principales economías imperialistas en las décadas de 1990 y el 2000, no fue superior a la tasa de crecimiento de las décadas previas. Por el contrario fue más baja en promedio a la tasa de crecimiento de las décadas de crisis crónica (1970 y 1980) precedentes.

Este dato liquida por sí sólo el debate entre la mayoría de los economistas burgueses y marxistas que sostuvieron que entre 1992 y 2007 se dio una onda ascendente de la economía imperialista mundial y los pocos que sostuvimos que, por el contrario, lo que se daba era una situación de estancamiento global, aunque eso representara una mejora relativa respecto al período anterior de crisis crónica en las economías de los países imperialistas, en particular Estados Unidos y las grandes potencias europeas.

Este no deja de ser, sin embargo, un aspecto secundario. El gran mérito del libro "La Crisis Sin Fin" de Foster Bellamy y McChesney es mucho mayor. Demuestra científicamente y sin margen de dudas que todos los mecanismos contrarrestantes de la economía capitalista, todo el crecimiento de las finanzas, todo el enorme desarrollo de la tecnología y los avances de la productividad, con los que se busca revertir y al mismo tiempo enmascarar el estancamiento, terminan actuando como otros tantos factores que agravan la enfermedad mortal que aqueja al imperialismo. Como lo demuestra "La crisis sin fin", las fuerzas productivas, efectivamente, están estancadas y han dejado de crecer.

ANEXO

El narcotráfico es una de las máximas expresiones de la decadencia capitalista y de destrucción de las fuerzas productivas. Es, al mismo tiempo, una de las máximas expresiones, junto con la producción de armamentos, de un fenómeno altamente contradictorio del capitalismo: el desarrollo de ramas de producción cuyos productos son directamente destructivos de la naturaleza y el ser humano. Incorporamos aquí como anexo este breve resumen de datos sobre el narcotráfico elaborado en 2015.

Algunos datos sobre el narcotráfico

Gabriel Massa - 2015

1. Según un reciente trabajo de la Juventud del Partido Socialista de los Trabajadores Unificado (PSTU), sección de la Liga Internacional de Los trabajadores en Brasil: "**Hay cerca de 272 millones de usuarios de drogas ilícitas en el mundo; de ellos, 202 millones consumen marihuana". El gran negocio del narcotráfico genera ganancias anuales que oscilan según distintas fuentes entre 500.000 millones y un billón de dólares**. Eso hace imprescindible para los traficantes encontrar la manera de blanquear sus ingresos ilegales. **La gran banca yanqui y europea y la banca offshore es el canal fundamental de manejo de estas enormes sumas, que representan entre el 1,5 y el 3 por ciento del PBI mundial**. De acuerdo a estas cifras es el segundo renglón más importante de la economía mundial, sólo superado por el tráfico de armas y por encima del negocio petrolero.

Según el trabajo de la juventud del PSTU citado:

La ilegalidad de ese mercado exonera a productores, comerciantes y consumidores del pago de cualquier impuesto o tasa sobre la producción o transacción de la mercadería droga. El costo de la producción también es mucho más bajo que el precio final de la mercadería, pues no hay ningún control de calidad ni fiscalización durante el proceso productivo. Tampoco los patrones pagan los derechos laborales de los trabajadores súper explotados involucrados en la cadena del mercado –la cual va desde la plantación hasta la cosecha, pasando por la refinación y el transporte, y terminando en la comercialización–.
Sólo 10% de los ingresos del tráfico de drogas queda para los productores, los traficantes y los "pasadores" del tráfico, jóvenes que prestan servicios al crimen organizado. Los

otros 90% son lavados en el sistema financiero internacional, que, respaldado en el secreto bancario garantizado por los "paraísos fiscales", absorbe todo ese dinero sin preguntar el origen.

Respecto de las enormes sumas del lavado de dinero proveniente del narco y sus negocios afines, lo que manejan los capos mexicanos y antes colombianos son cifras que nunca superan los US$ 10.000 millones de dólares. Lo que indica que como sucede con toda la economía imperialista mundial, **el narcotráfico aún siendo ilegal también está subordinado a los grandes bancos, al capital financiero, que es el que legaliza los fondos a través del lavado de dinero. Y los capos, aunque poderosos en sus países y regiones, están subordinados a los grandes bancos que les cobran enormes comisiones por el blanqueo**. Dicho de otro modo, el capital financiero se queda con la mayor parte de la plusvalía generada por el narco.

Esto se da con la plena complicidad de los estados imperialistas y semicoloniales. Los gobiernos, jueces y legisladores de EE.UU. y demás países imperialistas facilitan el lavado por los grandes bancos, imponiéndoles de tanto en tanto multas por sus "infracciones".

En síntesis, el narcotráfico hoy es una rama fundamental de la economía capitalista-imperialista mundial, controlada a través de las operaciones de lavado de dinero por la gran banca y los estados imperialistas, especialmente EE.UU. a través de la DEA y los pactos militares, lo que le permite tener injerencia y control en todo el mundo.

2. En los países semi-coloniales hay una notoria asociación entre los gobiernos nacionales, provinciales/estaduales y locales/municipales con los narcos, lo que produce una unión entre el estado y las fuerzas narco.

El abogado brasileño Américo Gomes, en su trabajo "Imperialismo y drogas, una relación íntima", cita a un estudioso del tema, Osvaldo Coggiola:

"La gran transformación de las economías monoproductoras en narcoproductos (...) se produjo durante los años ochenta, cuando los precios de las materias primas se hundieron en el mercado mundial: azúcar (-64%), café (-30%), algodón (-32%), trigo (-17%). La crisis económica mundial ejerció una presión formidable en favor del narco-reciclaje de las economías agrarias, teniendo como resultado en un aumento excepcional de oferta de narcóticos en los países industriales y en el mundo todo.

Y continúa Gomes:

**"*Y para hablar de Colombia, este país produce cerca del 80% de la cocaína del mundo y el narcotráfico representa un 10% del PIB. En la década de 1980, con la caída de los precios de las materias-primas en el mercado mundial, los agricultores dejaron de producir café para producir cocaína. El gobierno colombiano autorizó préstamos externos para ellos con dólares intercambiados por pesos, posibilitando que el narcotráfico ampliara la actividad económica; dieron amnistías tributarias, por medio de las cuales fueron incorporados y legalizados las inversiones de los narcotraficantes. Ese plan fue conocido como la Ventanilla Siniestra. El megatraficante Pablo Escobar era*

diputado. Políticos, congresistas y presidentes (como Ernesto Samper y Álvaro Uribe) son acusados de haber pertenecido y ser financiados por los Carteles".

3. **La promoción del consumo masivo de drogas y alcohol por el capitalismo.**
Los capitalistas utilizan desde hace siglos la promoción del consumo masivo de drogas y alcohol por sectores obreros y populares para que toleren los peores males de la explotación, la alienación y la barbarie capitalista.
Estados Unidos tiene una larga historia de auges de consumo de drogas relacionados directamente con guerras. Por ejemplo, en la guerra civil entre el norte y el sur en el siglo XIX el estado fomentó el consumo de morfina como analgésico-anestésico para soldados heridos. La invención de la jeringa hipodérmica para esa época facilitó el fenómeno. Se dice que en esa guerra se repartieron más de 10 millones de pastillas de opio (en distintas formas químicas) a soldados de ambos bandos. Después de la guerra de secesión los soldados que retornaban a sus casas generalizaron en todo el país lo que se conoció como la "enfermedad del ejército", que no era otra cosa que la adicción, en particular a la morfina, pero también a otras drogas, adquirida en la guerra.
Es notorio que en la guerra de Vietnam los soldados yanquis consumían masivamente mariguana, LSD y otras drogas, facilitado y fomentado directamente por el mando norteamericano. En parte por los soldados que volvían de Vietnam, pero también fomentado entre la juventud tanto por el estado como por movimientos pacifista, a partir de mediados de los sesenta se generalizó el consumo de mariguana, LSD y otras drogas en el movimiento contra la guerra en Estados Unidos.
La masificación del consumo de drogas en la juventud favorecía desviar a la misma de la movilización y la lucha, ya que la droga genera pasividad. Es decir la juventud consume drogas como expresión de rebeldía, pero ese consumo apaga su rebeldía. Por eso el estado facilitó y permitió la masificación de ese consumo.

4. **La "guerra a las drogas" encabezada por EE.UU. y el crecimiento de la violencia asociada a las drogas.**
Como sucede con todas las grandes tendencias del capitalismo, el fomento al consumo de drogas tiene su contra-tendencia en la campaña represiva contra ese mismo consumo masivo que se fomenta. En 1971 el presidente Richard Nixon declara la "Guerra a las Drogas" con el objetivo explícito de reprimir a los consumidores de mariguana, que no por casualidad eran en su inmensa mayoría los jóvenes que se movilizaban contra la guerra de Vietnam. Esta política no sólo se ha mantenido desde entonces sino que se ha profundizado y extendido a una cruzada mundial, que tiene sus episodios más terribles en el propio Estados Unidos, Afganistán, Colombia y México.
El crecimiento y desarrollo de los carteles y la violencia está asociada directamente al enfrentamiento con las fuerzas de Estados Unidos (la DEA tanto como militares) aliadas con los estados nacionales de Colombia y México.

En la década del ochenta bajo Reagan en EE.UU., se aprueba la ley que penaliza el consumo y comercialización de crack -consumido mayoritariamente por negros y latinos- por encima del polvo de cocaína, lo que redunda en persecución racista.
En Afganistán, cuando tomaron los Talibanes el poder después de la salida de la URSS en los años ochenta lograron reducir en un 80% el cultivo de amapola y la producción de droga. Cuando fueron echados del poder por las tropas yanquis en la década del 2000, volvió el cultivo de la amapola y los narcos recuperaron control. A partir de allí los Talibanes se asociaron con los narcos y juntos han desalojado el poder central y a los yanquis de la mayor parte del territorio.
Con el desarrollo del Plan Colombia en tiempos de Bush se desarrollaron masivamente los sectores paramilitares colombianos en directa connivencia con un sector de narcos, mientras la guerrilla de las FARC se asociaba con los narcos de las zonas dominadas por los insurgentes.
A todo esto debemos agregar que el imperialismo y los gobiernos aprovechan la excusa del avance del narcotráfico para aplicar planes y programas represivos (Ley Antiterrorista, leyes sobre narcotráfico, etc.) cuyo fin es ir contra el movimiento obrero y de masas y sus organizaciones.

5. **La “inseguridad” como resultado de la expansión del narcotráfico y la política imperialista**

En toda América Latina y Estados Unidos hay un visible aumento de la criminalidad. Hay distintos factores que llevan a esto y que son en general expresión de la decadencia de la sociedad capitalista-imperialista. La expansión del narcotráfico y su profunda vinculación con las fuerzas armadas y represivas y con las instituciones de los estados capitalistas a todos los niveles es una de las causas fundamentales.
Las fuerzas políticas del capitalismo, especialmente las de derecha, siguiendo la orientación imperialista de la “guerra a las drogas”, proponen como solución a este aumento de la “inseguridad”, la “criminalidad” y la “violencia”, fortalecer a las fuerzas represivas y dotarlas de mayor equipamiento y de instrumentos legales (como las leyes anti-terroristas, etc.) y la intervención de las propias fuerzas armadas (ejército, gendarmería, prefectura, etc.) en la represión.
Dado que todas esas instituciones son parte de la administración del negocio de la droga, esto sólo puede resultar en mayor violencia hacia los trabajadores y el pueblo.
Por otra parte, la degradación de amplios sectores populares, en particular de la juventud, por la expansión del consumo de drogas, lleva a que haya cada vez más individuos actuando como sicarios, vendedores locales y otros agentes del narco, involucrados en actos de violencia contra la población.

6. **La reacción popular a la violencia narco**

La presencia de los narcos en la sociedad produce choques con el movimiento obrero y popular a todos los niveles. Y en las masas hay crecientes ejemplos de

organización para enfrentarlos. El ejemplo más avanzado de hoy es el de México frente al secuestro de los 43 estudiantes de Ayotzinapa.
En el artículo "Ayotzinapa apunta contra Peña Nieto", Alejandro Iturbe escribió sobre el proceso en México:

Los "grupos de autodefensa"
En respuesta a la "guerra sucia" y a la alianza entre los gobiernos y los narcos comenzaron a surgir en el país los llamados "grupos de autodefensa" o "policías comunitarias". Es decir, poblaciones de ciudades enteras que decidieron organizarse y armarse para defenderse. Especialmente en las regiones más dominadas por las bandas de narcos, aliadas a las instituciones y policías municipales, donde la violencia contra los habitantes es más dura, alcanzando incluso el control del precio de las mercaderías.
Así ocurrió en Michoacán, Cherán, La Ruana y Tepalcatepec, donde las "policías comunitarias" se armaron con facones, machetes y revólveres para contener a los narcotraficantes y a las propias policías municipales.
El gobierno y el Estado nacional comienzan entonces a intervenir. Pero no para atacar a los narcos sino para perseguir, detener y torturar a los principales dirigentes de los "grupos de autodefensa". Defiende no sólo su alianza con los narcos sino también el "monopolio de las armas" que está en la base de todo estado y régimen burgués. (...)
La persecución a los integrantes de los grupos de autodefensa ha sido sistemática. Un censo realizado recientemente revela que en el país hay más de 3 mil presos vinculados con algún proceso político, número que el gobierno de Peña Nieto niega y esconde. Cuatrocientos de estos presos proviene de las organizaciones de autodefensa.
Los más conocidos son Nestora Salgado (dirigente de la Coordinación Regional de Autoridades Comunitarias- CRAC, que inició su lucha en la policía comunitaria de Olinalá y está presa hace más de un año) y el doctor José Manuel Mireles, del municipio de Tepalcatepec, líder y vocero de las Policías Comunitarias del Estado de Michoacán.(...)
El secuestro de los estudiantes de Ayotzinapa ha generado un proceso de movilización que desde Iguala se extendió al estado de Guerrero y, desde allí, a todo México. En Iguala, la bronca llevó a quemar el edificio municipal y también fue atacada la Asamblea Legislativa del estado de Guerrero.
Decenas y cientos de miles han salido a las calles exigiendo el esclarecimiento del hecho y el castigo a los responsables, y recibieron la solidaridad de numerosos actos y manifestaciones en todo el mundo.(...)
A medida que los hechos no se esclarecían, la bronca fue aumentando y ya no afecta sólo a las autoridades municipales y estaduales sino que va dirigiéndose, de modo creciente, hacia el gobierno de Peña Nieto y el PRI, que trata de limitar los daños (es decir, los supuestos culpables) al grupo "Guerreros Unidos", intentando ocultar su connivencia.
El 22 de octubre, en el marco de una jornada nacional, 70 mil personas marcharon en ciudad de México hacia la histórica plaza del Zócalo. La marcha ingresó a la plaza al grito de "¡Fuera Peña Nieto!" Fue la más grande movilización de masas en muchos años –y la más grande movilización estudiantil desde 1968— que levantó esta consigna desde que asumiera el actual presidente, en diciembre de 2012".

Un aspecto importante es el desarrollo de movilizaciones en todo el mundo por la despenalización del consumo de drogas.

El diario "Norte" de Chaco, Argentina, relataba el 5 de mayo de 2014:

Como cada primer sábado de mayo, ayer se realizó en 20 ciudades del país y en más de 200 en el resto del mundo, la Marcha Mundial de la Marihuana. Unas 140 mil personas se movilizaron en todo el país para pedir que se despenalice el cultivo y consumo de marihuana. En Buenos Aires fueron más de 100 mil los participantes que realizaron la clásica "fumata" en la Plaza de Mayo. Luego marcharon hacia el Congreso Nacional y la columna cubrió gran parte de la Avenida de Mayo. Disfraces, porros gigantes y banderas para una movilización con tintes de fiesta que en Buenos Aires parece haber conseguido algo: la normalización social de la planta de cannabis.

La demanda mundial de la despenalización del consumo de drogas ha tenido logros como la despenalización del consumo de mariguana en Uruguay y en muchos estados de EE.UU.

El profundo desgaste de un modelo de acumulación imperialista

Donald Trump llega al gobierno en momentos en que se advierte un profundo deterioro de un modelo de acumulación de ganancias de las empresas imperialistas que se inauguró a partir de la restauración del capitalismo en los ex estados obreros.

Como hemos dicho, a partir de ese hecho las multinacionales y los grandes banqueros tuvieron acceso a la explotación directa de 1400 millones de trabajadores de esos países. Esto fue la base para una nueva división internacional del trabajo.

Lo más notorio fue que se convirtió especialmente a China –y a otros países destacados del mundo colonial como México, India, Brasil, Rusia y Sudáfrica- en las “fábricas del mundo”, concentrando allí el ensamblado y las tareas más básicas de la industria mundial.

A su vez, China y en menor medida los demás países nombrados pasaron a absorber una proporción creciente de las materias primas de los países del mundo colonial para su industria y para la construcción que cobró un enorme impulso con grandes obras de infraestructura.

En los países centrales –Estados Unidos, Europa occidental, Japón- las multinacionales concentraron el diseño industrial, los procesos de más alta tecnología, las tareas de comercialización, las financieras –especialmente lo relacionado con la especulación- y los servicios de comunicaciones y computación.

El proceso de tecnificación de la industria en los países centrales junto con el traslado de los tramos más básicos de la producción a China y otros países tuvo como uno de sus efectos la eliminación de millones de puestos de trabajo e incluso el cierre de miles de viejas fábricas obsoletas en Estados Unidos, Europa occidental y Japón.

Las empresas de alta tecnología como Microsoft, IBM, Apple, Google, Hewlett Packard, Amazon, superaron en capital y ganancias a las que habían sido las multinacionales más poderosas en períodos anteriores, como las petroleras Exxon

y Shell, las automotrices estadounidenses y japonesas (Ford, General Motors, Chrysler, Honda, Toyota) las aeronáuticas (Aerospatial, Boeing).

Pero desde el estallido de la crisis de las empresas de Internet en la bolsa en 2000 y, especialmente, desde el comienzo de la depresión prolongada en 2008, ese modelo se ve cuestionado por una caída continua y cada vez más profunda de las ganancias de las multinacionales, en el marco del proceso general de la caída tendencial de la tasa promedio de ganancias a nivel mundial.

Un factor decisivo para la caída de las ganancias de las multinacionales ha sido la resistencia de los obreros chinos y de otros países a la explotación. Lo que ha llevado a una elevación del salario de los trabajadores y una mejora en sus condiciones de trabajo, lo que limita en forma directa las ganancias de las empresas.

Veamos estas tendencias con más detalle.

Trump a caballo de un cambio en la situación de las multinacionales

En los primeros días de su gobierno Trump, en supuesto cumplimiento de su promesa de fomentar puestos de trabajo manufactureros en el país, logró que Ford desistiera de construir una nueva planta en México y en cambio anunciara que lo hará en Estados Unidos. Para ello el gobierno se comprometió a reducirle los impuestos a la compañía automotriz y facilitar la contratación de personal fuera de convenio y con salarios bajos en la nueva planta industrial.

Esto se da cuando hay un cambio en la situación y la orientación de muchas multinacionales en cuanto a la tercerización de la producción industrial al exterior de Estados Unidos. El principal motivo es que las luchas de resistencia de los trabajadores a la explotación en China y otros países han hecho subir los salarios industriales, reduciendo las ganancias que obtienen las empresas. El 28 de enero de 2017 la revista The Economist publicaba en su sitio online un artículo titulado "En retirada: la compañía multinacional está en problemas", donde decía:

Entre las muchas cosas que no le gustan a Donald Trump se cuentan las grandes firmas globales. Sin rostro ni raíces, se las acusa de perpetrar una "carnicería" contra los estadounidenses comunes al trasladar puestos de trabajo y fábricas al extranjero. Su respuesta es domesticar estas multinacionales depredadoras. La baja de impuestos atraerá su dinero de regreso a casa, los aranceles trabarán sus cadenas de producción internacionales y se reescribirán los acuerdos comerciales que las ayudan a hacer sus negocios. Para evitar un trato punitorio "todo lo que tienen que hacer es quedarse" le dijo a patrones estadounidenses esta semana.

Trump es inusual en cuanto a su tono proteccionista agresivo. Pero en muchos sentidos va a la zaga de los hechos. Las compañías multinacionales, los agentes detrás de la integración global, ya estaban en retirada mucho antes de las revueltas populistas de 2016. Su desempeño financiero ha retrocedido, de modo que ya no superan a firmas locales. Muchas parecen haber agotado su capacidad de reducir costos e impuestos y de superar en ideas a sus competidores locales.

Los ataques de Trump apuntan a compañías que están sorprendentemente vulnerables y, en muchos casos, ya van camino a casa. El impacto sobre el comercio global será profundo.

El fin del arbitraje

Las firmas multinacionales (las que tienen gran parte de sus negocios fuera de su región) emplean sólo uno de cada 50 trabajadores del mundo. Pero importan. Unos pocos miles de firmas influencian lo que miles de millones de personas ven, visten y comen. Empresas como IBM, McDonald's, Ford, H&M, Infosys, Lenovo y Honda han sido la referencia para todos los ejecutivos. Coordinan las cadenas de provisión que dan cuenta del 50% de todo el comercio. Representan un tercio del valor de las bolsas del mundo y son dueñas de la mayor parte de la propiedad intelectual: desde diseños de ropa interior femenina, pasando por el software de realidad virtual, hasta las drogas para la diabetes.

Tuvieron su auge a comienzos de la década de 1990, al abrirse China y el ex bloque soviético y al darse la integración europea. A los inversores les gustaban las economías de escala de las firmas globales y su eficiencia. En vez de conducirse como feudos nacionales, las firmas desempaquetaron sus funciones. Una fábrica china podía usar herramientas alemanas, tener dueños en los Estados Unidos, pagar impuestos en Luxemburgo y vender a Japón. Los gobiernos del mundo rico soñaban con que sus campeones nacionales se convirtieran en líderes mundiales. Los gobiernos del mundo emergente recibían felices los puestos de trabajo, las exportaciones y la tecnología que aportaban las firmas globales. Fue una era dorada.

Fue central al auge de la firma global que se demostrara una máquina superior para ganar dinero. Esa afirmación ha quedado hecha girones. En los últimos cinco años las ganancias de las multinacionales han caído 25%. Las ganancias sobre el capital se han deslizado a su nivel más bajo en dos décadas. El dólar fuerte y la baja del precio del petróleo explican en parte la declinación. Las súper estrellas de la tecnología y las marcas de consumo masivo siguen prosperando. Pero los problemas son demasiado generalizados y prolongados como para descartárselos como un hipo. Alrededor del 40% de todas las multinacionales tienen ganancias sobre el capital de menos del 10%, una medida testigo del mal desempeño. En una mayoría de los sectores están creciendo más lento y son menos rentables que las firmas locales que se quedaron en su patio trasero. La participación de las multinacionales en las ganancias globales cayó del 35% hace una década al 30% ahora. Para muchas compañías industriales, manufactureras, financieras, de recursos naturales, de medios y de telecomunicaciones, el alcance global se ha convertido en una carga, no una ventaja.

Eso es debido a que se está cerrando una ventana de 30 años de arbitraje. Los impuestos de las firmas han sido masajeados hacia abajo todo lo posible; en China los salarios de los trabajadores fabriles están en alza. Las firmas locales se han vuelto más sofisticadas. Pueden robar, copiar o desplazar las innovaciones de las firmas globales sin construir costosas oficinas y fábricas en el extranjero.

Desde la industria del shale en Estados Unidos hasta la banca brasileña, desde el comercio electrónico chino hasta las telecomunicaciones de la india, las compañías a la vanguardia son locales, no globales.

La afirmación de la revista The Economist de que a Trump “no le gustan” las corporaciones multinacionales es la típica charlatanería del periodismo burgués. Al fin de cuentas, está hablando de un presidente-empresario cuya cadena de hoteles y casinos constituye precisamente una corporación multinacional, de esas que supuestamente no le gustan, con miles de millones de dólares, propiedades y filiales en gran cantidad de países.

Pero más allá de esta y otras frases huecas, el artículo de The Economist refleja la caída de la tasa de ganancias de las empresas, el fracaso de los planes de los gobiernos y líderes imperialistas para revertirla y la resistencia de los trabajadores y los pueblos del mundo al aumento del saqueo y la explotación. La caída de la tasa de ganancia, en particular la de las grandes multinacionales, está obligando a la búsqueda de nuevas variantes para contener esa baja.

Todo esto no significa que ya se haya hundido el modelo de acumulación con el que el imperialismo buscó aprovechar el acceso a las riquezas y la mano de obra de los ex estados obreros. Significa que ese modelo de acumulación está en una profunda crisis y que en los próximos años, bajo el gobierno de Trump y el de sus sucesores veremos los esfuerzos del imperialismo por encontrar uno nuevo, basado inevitablemente en una mayor explotación de los trabajadores y el saqueo del mundo.

Mientras tanto, sigue siendo importante resaltar los rasgos principales del modelo de acumulación actualmente en crisis.

Se profundizan rasgos que han dominado la economía mundial en toda la época imperialista

La economía capitalista mundial ha mostrado la profundización de algunos rasgos persistentes a lo largo de toda la época imperialista. Estos rasgos no han hecho más que acentuarse tanto en la relativa recuperación entre 1990 y 2007 como en la actual onda descendente desde 2008:

- **Enorme y creciente predominio del capital financiero** sobre todas las otras formas de acumulación capitalista. Esto tiene un reflejo fundamental en un enorme aumento de las deudas de los estados, las corporaciones e incluso los individuos con las entidades financieras, entre 2007 y 2014, de US$ 60 billones. Llevando el total de la deuda mundial a US$ 200 billones. (Ver al final el apéndice III: “Deuda global de 200 billones de dólares”, artículo del economista Rolando Astarita.)

La deuda externa es una soga al cuello de los países, un mecanismo de saqueo financiero directo que cabe perfectamente en la definición de usura, practicada por los grandes bancos e inversores contra todas las naciones. Y esto “santificado” por las principales instituciones financieras mundiales como el FMI y el Banco

Mundial. El ejemplo de Grecia, aplastada bajo la montaña de deuda acumulada por el estado y llevada a una crisis abismal, nos exime de mayores comentarios.

Pero junto con este mecanismo de saqueo que es la deuda externa, debemos señalar que el capital financiero –la fusión del capital bancario e industrial- domina todas las ramas de la economía actual, incluyendo el narcotráfico. Y lo hace desde el inicio mismo del imperialismo a fines del siglo XIX.

Este predominio del capital financiero ha dado un nuevo salto con la llamada globalización y somete más profundamente a su reinado a ramas que en fases anteriores mantuvieron formas de propiedad y explotación antiguas. Por caso, van desapareciendo las grandes extensiones de tierras en manos de terratenientes, combinado con grandes masas de peones rurales, campesinos pobres y medios. Hoy en día la explotación agropecuaria está cada vez más en manos de "pools de siembra", fondos de inversión imperialistas especializados en la producción masiva de cultivos de alto valor en el mercado mundial, como la soja.

Esté control directo del capital financiero sobre la producción agropecuaria conlleva la introducción de nuevas tecnologías –informatización de los controles sobre la producción, "feed lots" en la ganadería; riego por aspersión, semillas híbridas y nuevos pesticidas y abonos en la agricultura- que reducen cualitativamente la necesidad de mano de obra. Paralelamente se va reduciendo en forma dramática también el número de campesinos pobres y medianos, que van a las grandes ciudades como nuevos integrantes de la clase media, del proletariado o de los sectores marginales, desocupados crónicos y estructurales.

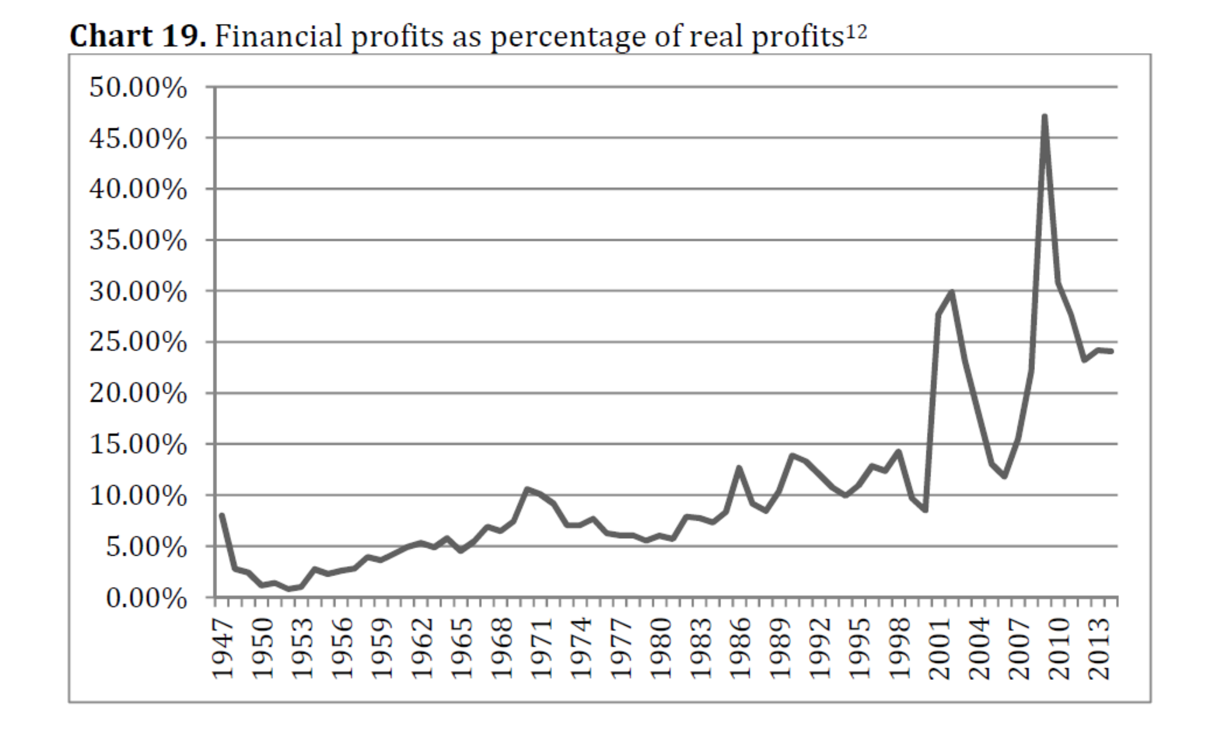
En este marco también se acentúa la concentración de las finanzas en manos de un número cada vez más reducido de grandes bancos e inversores. En un artículo titulado "Cómo funcionan los 28 bancos que dominan la economía global" (BBC Mundo, 28 de marzo 2016) el autor Marcelo Justo señala que estos bancos, responsables fundamentales de la crisis en la que se halla hundido hoy el capitalismo, no dejan de concentrar poder. Justo compara la deuda global, US$ 48.957 billones, con los activos de estos bancos que alcanzan los US$ 50.341 billones. Por otra parte, estos bancos son responsables, según Justo, del 90% de la emisión mundial en la forma de crédito, en tanto que el dinero emitido por los bancos centrales del mundo sólo representa el 10% restante.

-Vuelco cada vez mayor a la especulación financiera. Uno de los aspectos más negativos de este dominio del capital financiero se expresa en que, cuando se acentúa la caída tendencial de la tasa de ganancias en los sectores productivos, se da un creciente vuelco a la especulación, que a su vez agrava la caída de los beneficios en el sector productivo.

En un excelente trabajo sobre la caída tendencial de la tasa de ganancia y las crisis capitalistas (Lo viejo se muere pero lo nuevo no logra nacer, versión en inglés en https://thenextrecession.files.wordpress.com/2017/09/carchedi-the-old-and-the-new.pdf), el economista marxista italiano Guglielmo Carchedi escribe al respecto del vuelco de capitales al sector financiero especulativo.

Enfrentado a la caída de la rentabilidad en la esfera productiva, el capital pasa de la baja rentabilidad en los sectores productivos a la alta rentabilidad en los sectores financieros (es decir, improductivos). Pero las ganancias en estos sectores son ficticios, solo existen en los libros contables. Se vuelven ganancias reales solo cuando se hacen efectivas. Cuando esto sucede, las ganancias disponibles para los sectores productivos se reducen. Cuanto más tratan los capitalistas de realizar tasas de ganancias más elevadas pasándose a los sectores improductivos, tanto mayores las dificultades en los sectores productivos. Esta contra-tendencia, el movimiento del capital a los sectores financieros y especulativos y por tanto las tasas de ganancia más elevadas en esos sectores, no pueden contener la tendencia, es decir, la caída en la tasa de ganancia promedio en los sectores productivos. En realidad la rentabilidad cae aún más en estos sectores por este motivo. Mientras que en 1950 las ganancias financieras eran un 7,9% de las ganancias reales, en 2014 fueron el 24%, luego de alcanzar un máximo del 47% en 2009 (cuadro)

Cuadro: ganancias financieras como porcentaje de las ganancias reales



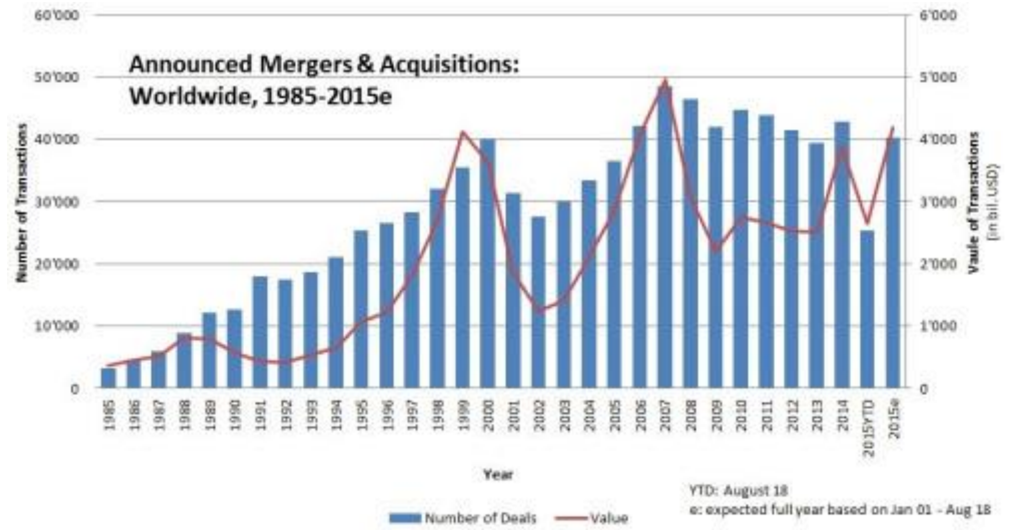
- Concentración del capital.

A través de compras de empresas y fusiones y la liquidación de otras por la competencia se produce a lo largo de la época imperialista un fenómeno de creciente concentración del capital. Desde el estallido de la actual crisis este proceso se ha acelerado.

El articulo "Concentración del Capital y Desorden Económico" de Sergio Reuben Soto (https://escudrojo.wordpress.com/2015/10/09/concentracion-del-capital-y-desorden-economico/) aporta los siguientes datos:

Este año (2015), según artículo del New York Times del 30 de octubre, http://nyti.ms/1QNj90L, las operaciones de compra-venta de empresas, conducentes a la concentración del capital en los Estados Unidos, alcanzaron casi el nivel del año 2007, record de este siglo. Esas operaciones se llevaron a cabo, sólo en ese país, por un valor de 3,19 millones de millones de dólares hasta septiembre, lo que indica que el monto total del 2015 puede superar el record mencionado antes.

Los sectores donde se llevó a cabo un proceso de concentración de capital mayor fueron el de la Energía y la Salud, especialmente Seguros y Farmacéuticos, pero están presentes en todos los principales sectores productivos y de servicios de la economía.



Fuente: IMAA, Institute for Mergers, Acquisitions and Alliances http://bit.ly/1G3zCqV

El gráfico anterior aporta una perspectiva general del ingente proceso de concentración de capital llevado a cabo en el período 2007- agosto de 2015, y muestra también que el número y el valor de estas adquisiciones no tiene parangón en la historia del capital.

Como se ha venido señalando en este Blog Escudrojo, este proceso de acumulación y concentración de capital tiene el efecto de concentrar en menos empresas la producción de un sector y, consecuentemente, centralizar la propiedad de los medios de producción y trabajo a su disposición, en menos propietarios.

- **Creciente concentración de la riqueza en un polo y de miseria en el otro.**
Un informe de la organización Oxfam del 18 de enero de 2016 da los siguientes datos.

- El 1% más rico ahora tiene más riqueza que el resto del mundo combinado.
- Una red global de paraísos fiscales permite a los individuos más ricos ocultar US$ 7,6 billones
- En 2016 sólo 62 individuos tenían la misma riqueza que 3600 millones de personas. En 2010 la cifra era de 388 individuos con la misma riqueza que 3600 millones de personas.
- La riqueza de las 62 personas más ricas aumentó en 45% en los cinco años desde 2010. Es un incremento de más de medio billón de dólares, a US$ 1,760 billones.
- Mientras tanto la riqueza de la mitad más pobre cayó en poco más de un billón de dólares en el mismo período, una caída del 38%.
- Desde el cambio de siglo la mitad más pobre de la población mundial ha recibido sólo el 1% del incremento total en riqueza global, mientras que el 1% más rico recibió el 50% del total del incremento de riqueza global.

Esto se traduce en creciente pérdida de conquistas para la clase obrera, clase media y sectores populares: baja general del empleo; pérdida del empleo industrial en favor del sector de servicios; salarios en el sector de servicios que son un quinto de los que paga la industria, pérdida de vivienda propia, perdida de acceso a la educación a todos los niveles, pérdida de acceso a la salud, etc.

-Se acentúa el proceso de desplazamiento de millones de trabajadores de los países atrasados, ahora incluyendo los ex estados obreros, a las metrópolis. Se han mantenido las continuas migraciones masivas de trabajadores centro-americanos, mexicanos y asiáticos a EE.UU. y de africanos, árabes, turcos y asiáticos a Europa occidental. A esto ahora se agrega la llegada de millones desde los ex estados obreros. Ya hemos señalado que con la incorporación de estos trabajadores provenientes del mundo colonial las burguesías imperialistas buscan suplir la falta de gente joven en los países centrales por la baja tasa de natalidad. Y al mismo tiempo los inmigrantes presionan hacia abajo sobre los salarios.

-**Desarrollo de nuevas tecnologías, fundamentalmente en informática y biotecnología. Son en general tecnologías que generan racionalización, expulsión de mano de obra y su reemplazo por maquinaria, en vez de incorporación masiva de mano de obra como sucedió con las nuevas tecnologías e industrias en el boom de la segunda posguerra en las décadas de 1940 a 1960.** La idea de que los actuales avances tecnológicos constituyen un salto equivalente a los que se dieron a fines del siglo XIX con la electricidad o en la segunda posguerra con industrias como la automotriz y la aeroespacial es falsa. Uno de los más importantes inversores de riesgo imperialistas resumía lo que

significan los avances informáticos diciendo: “Nos prometieron autos voladores y nos dieron 140 caracteres (en alusión a la extensión máxima de los mensajes permitida hasta hace poco en la aplicación Twitter)”.

-**La política de contrarrevolución económica permanente que el imperialismo lanzó en los años setenta para enfrentar su crisis crónica de entonces, se ha mantenido a lo largo de todo el período iniciado en los años noventa.** En ningún momento el imperialismo y sus aliados dejaron de profundizar la explotación de los trabajadores, la liquidación de conquistas y el saqueo de los países coloniales. A partir del estallido de la crisis en 2007 esto ha tenido un salto cualitativo con el sometimiento de antiguas metrópolis imperialistas a un proceso de semi-colonización (Portugal, Grecia) y avances en ese mismo sentido para países de más peso como España e incluso Italia. La consecuencia para los trabajadores tanto de los países imperialistas como semi-coloniales a partir de la crisis ha sido un aumento enorme de la explotación, la desocupación y la miseria.

El primer impacto de la restauración capitalista…

En la década de 1990 y hasta mediados de la del 2000 se generó en los países imperialistas, en particular en Estados Unidos y Europa occidental una apariencia de crecimiento explosivo en torno a la industria de la computación y el desarrollo de internet.

El impacto del fenómeno chino sobre la economía mundial tuvo como una de sus expresiones fundamentales el aumento de la demanda y el precio de materias primas fundamentales –como petróleo, gas, minerales, productos agropecuarios, etc.- e implementos básicos de la industria como el acero. Esta demanda acrecentada de materias primas hizo que la recuperación relativa de la economía capitalista se sintiera también en América Latina, África y Asia.

El fenómeno chino en particular, con su crecimiento anual de entre el 7 y el 14 por ciento durante treinta años, no sólo se sostuvo con la expansión de la industria para la exportación en ciudades del este como Pekín, Shangai, Shenzen, etc. Además los grandes capitales imperialistas invirtieron en el desarrollo de una poderosa infraestructura imprescindible para sostener esa industria con obras como usinas, redes eléctricas, redes de agua potable y cloacales, redes de comunicaciones e incluso ciudades enteras construidas en lo que antes eran zonas rurales.

En realidad, como hemos visto en capítulos anteriores, el imperialismo no logó superar en este período su estancamiento. La tasa de crecimiento siguió bajando. Logró generar la sensación de expansión de la economía con un enorme aumento del crédito de consumo e hipotecario. Y eso fue la base también para una gran expansión del empleo en el comercio minorista y el sector de servicios (cadenas de comidas rápidas, cadenas de supermercados, bancos, financieras, compañías de seguros, etc.) Con la particularidad de que los salarios en los sectores de servicios, salvo el financiero, son mucho más bajos –hasta un 80% menos- que los de las grandes fábricas.

Hubo un primer alerta de que esta supuesta expansión tenía pies de barro en la crisis que llevó al hundimiento de las empresas de internet que cotizaban en bolsa en el 2000.

El imperialismo logró capear esta situación con un gran impulso a la industria bélica para sostener la ocupación militar de Irak y Afganistán bajo el gobierno de George W. Bush a partir de 2003.

…quince años después abrió paso a la depresión prolongada

Pero la verdadera bomba estalló pocos años después con la grave derrota militar de Estados Unidos en Irak y Afganistán. Esto generó una crisis mortal en el gobierno de Bush, una gran desconfianza e inseguridad en los inversores imperialistas y la retirada en masa de capitales especulativos de Estados Unidos. Esto llevó a la Reserva Federal (el banco central de Estados Unidos) a elevar las tasas de interés. Lo que a su vez hizo imposible para grandes sectores de la población pagar sus hipotecas con tasas de interés variables atadas a las tasas de la Reserva Federal. Los principales bancos europeos y estadounidenses habían centrado su especulación en los últimos años en paquetes de créditos hipotecarios en EE.UU. Esos bancos vieron que estos instrumentos financieros, llamados "derivados", perdían todo su valor. Con ello todo el sistema financiero internacional quedó quebrado.

Las expectativas del imperialismo de que el explosivo crecimiento de la economía china pudiera actuar como locomotora para sacar al capitalismo mundial de la crisis no se han cumplido. No sólo porque la crisis mundial continúa. Sino porque la propia economía china está dando claras muestras de desaceleración, al ritmo de la caída de sus exportaciones industriales, combinado con el estallido de una burbuja especulativa en el sector inmobiliario –muchas de las nuevas urbes han quedado como ciudades fantasmas-, lo que el gobierno no logra contrapesar con medidas de promoción del consumo interno. A lo que hay que agregar el peligro que representa la deuda global del país equivalente al 250% de su PBI.

Un dato de importancia en la evolución de la economía china es la tenaz lucha de la clase obrera por la mejora de las condiciones de trabajo y el aumento de su salario real. Uno de los factores de mayor atracción de las multinacionales a China fue que hace treinta años el salario promedio de los trabajadores era de 30 dólares mensuales. Actualmente, luego de sucesivas oleadas de luchas obreras, el salario promedio se ubica allí en alrededor de 300 dólares. Esto ha llevado a la salida de numerosas plantas industriales con dos destinos diferentes. Muchas han ido a otros países del sudeste asiático, incluyendo Vietnam y Tailandia y algunas regiones de la India, que siguen teniendo salarios muy bajos. Pero otras industrias, viendo el aumento de los costos salariales y del transporte en los últimos años, han regresado a Estados Unidos y otros países imperialistas.

Las formas de la industrialización en China y los demás BRICS

La industrialización impulsada por el imperialismo en China y los demás BRICS se da de dos maneras diferentes:

- A través de inversiones directas de las multinacionales, construyendo plantas industriales propias. En China esto se ha dado con la participación de "socios" locales, ya sea el estado o empresarios nativos, con la exigencia de traspaso de tecnología. En Rusia hay fuerte intervención de petroleras multinacionales en la explotación del petróleo y el gas.
- A través de grandes empresas locales a las que se contrata para desarrollar procesos industriales de montaje u otros que requieren el empleo masivo de mano de obra. El ejemplo más conocido a nivel mundial es de la compañía Foxconn, de capitales de origen taiwanés, que emplea alrededor de un millón de obreras y obreros chinos en el montaje de productos electrónicos como el iPhone, iPad, etc. para Apple o similares para otras multinacionales.

  Esta variante permitió durante años a las multinacionales reducir enormemente sus costos y, al mismo tiempo, despegarse de las terribles condiciones de explotación impuestas a los trabajadores en estas industrias, con jornadas extensas y agotadoras, falta de seguridad, disciplina militar, salarios 15 veces más bajos que los de los países imperialistas, grave destrucción del medio ambiente, alegando que eso era responsabilidad de los gobiernos y empresas locales.

La evolución de la manufactura en el actual período, visto desde EE.UU.

Un mito que se extendió a lo largo de las últimas décadas es que en el actual período histórico la manufactura ha perdido peso en el mundo y, en particular, en los países imperialistas. Aunque en la actual depresión prolongada si hay caída o marcada reducción del crecimiento del producto en general y del producto manufacturero en particular en numerosos países, el cuadro general de las últimas décadas no es ese.

Un columnista del sitio Marketwatch, Rex Nutting, publicó el 28 de marzo de 2016 un artículo titulado: *¿Cree que no se fabrica nada en EE.UU.? El producto manufacturero se ha duplicado en tres décadas* (http://www.marketwatch.com/story/us-manufacturing-dead-output-has-doubled-in-three-decades-2016-03-28). Allí da los siguientes datos:

El producto bruto de las industrias manufactureras de EE.UU. –contando productos para uso final así como componentes intermedios- totalizaron US$ 6,2 billones en 2015, alrededor del 36% del PBI de EE.UU., casi el doble del producto de cualquiera de los demás sectores grandes: servicios profesionales y empresarios, el estado y el sector inmobiliario.

Las compañías manufactureras también aportan alrededor del 77% de lo que gasta el sector privado en investigación y desarrollo cada año.

La producción total de las fábricas de EE.UU. llegó a su pico histórico en 2007 antes de caer un 18% durante la Gran Recesión, según el informe de producción industrial de la Reserva Federal, que mide volumen de bienes producido en vez del valor de mercado. El sector manufacturero se ha casi recuperado de la recesión; el producto en 2015 estuvo a un 3% del nivel de 2007.

El producto de bienes durables estaba en su punto más alto en 2015, más del triple que en 1980 y el doble de lo que era 20 años antes. La producción de productos electrónicos, aeroespaciales, vehículos a motor y maquinaria están en su punto más alto o cerca de ello.

Por el otro lado, la producción de bienes no durables aún está un 75 por debajo de su pico. El producto de alimentos y petróleo están en niveles record, pero el de químicos, papel e industrias gráficas están lejos del pico previo a la recesión.

Y, por supuesto, otras industrias casi han desaparecido. El producto de la industria del vestido ha caído más del 80% desde su auge en la década de 1980, mientras que el producto textil ha caído alrededor del 50% desde 2000. Esas son fábricas y empleos que realmente se acabaron definitivamente.

Los productos refinados del petróleo –tales como la nafta, el fuel oil, el combustible para jet y gases refinados licuados- son los productos manufacturados más importantes, con un valor de embarques de casi US$ 700.000 millones en 2014, más de cuatro veces que el segundo producto: camiones livianos (incluyendo pick-ups y 4x4).

Los otros productos manufacturados más importantes son productos farmacéuticos, aviones y automóviles. Entre los diez primeros se incluyen hierro y acero, frigoríficos, plásticos, químicos orgánicos y petroquímicos.

Estados Unidos exporta muchos productos manufacturados: US$ 1,3 billones en 2015. En ese año el principal producto exportado fue aviones civiles por valor de US$ 63.000 millones, seguido por autopartes (US$ 58.000 millones), farmacéuticos (US$ 55.000 millones), autos (US$ 55.000 millones) y nafta, diesel y otros destilados refinados (US$ 46.000 millones).

Entre otras exportaciones importantes se incluyen semiconductores, equipo de telecomunicaciones, equipo médico, plásticos y motores de avión.

Pero respecto del empleo en la industria, el autor consigna que: *El número de empleos en el sector manufacturero ha declinado en unos 5 millones desde 2000, cayendo de 17,3 millones en el cambio de siglo a 12,3 millones en 2015. Durante la II Guerra Mundial, cuando EE.UU. era el Arsenal de la Democracia, la manufactura aportaba más de un tercio de los trabajos civiles en EE.UU., pero esa porción ha declinado a sólo el 8,7% en 2015. … La declinación de empleo manufacturero hace parecer que Estados Unidos se ha desindustrializado, pero no es así. EE.UU. aún hace muchas cosas, pero la cifra de empleos se redujo porque no se requiere tantos trabajadores como antes.*

Sí hay en los países imperialistas una baja notoria de la producción de las industrias más mano-de-obra-intensivas (como la del vestido y la textil) y una caída del empleo industrial en los sectores de trabajadores menos calificados.

Junto con ello hay una reducción del número de trabajadores empleados en la industria y una mayor explotación, con aumentos de ritmos de producción y baja o estancamiento de los salarios. Lo que provoca gran descontento en sectores amplios de la clase trabajadora norteamericana.

Ya nos hemos referido al principal factor que impulsa esa baja del empleo industrial: el reemplazo de trabajadores por máquinas y tecnología, lo que lleva a la elevación de la composición orgánica del capital (esto es el aumento de la proporción de capital muerto –máquinas, tecnología, instalaciones, materia prima, dinero- respecto del capital vivo, la mano de obra asalariada).

En una entrada de su blog (https://thenextrecession.wordpress.com/) del 10 de diciembre de 2016, titulada "Trump, Trade and Technology" (Trump, comercio y tecnología), el economista Michael Roberts escribe:

"*El presidente electo Donald Trump calcula que la causa de la pérdida de empleo en la manufactura en los últimos treinta años han sido acuerdos comerciales tramposos por China y México que tienen bajo costo de mano de obra. La causa por tanto es el comercio y que multinacionales estadounidenses transfirieron producción al extranjero, dicho de otro modo: la globalización. […]*

"En un reciente trabajo breve y en su blog [el gurú keynesiano Paul] Krugman muestra que pocos empleos industriales de EE.UU. se hubieran salvado con políticas comerciales distintas o no acordando el NAFTA. El empleo industrial en EE.UU. cayó de alrededor de un cuarto de la fuerza laboral en 1970 al 9% en 2015. Krugman encuentra que el "comercio es la mitad de la historia" […] Otro estudio del mismo autor y colaboradores calcula que la competencia china llevó a la pérdida de 985.000 empleos industriales entre 1999 y 2011. Eso es menos de un quinto de la pérdida absoluta de empleos industriales en ese período y una parte bastante pequeña de la declinación del empleo industrial a largo plazo.

"La principal razón por la que Trump –o cualquiera- no puede traer de vuelta a casa estos empleos industriales es porque en gran medida se han perdido por el éxito de la eficiencia. El producto industrial de Estados Unidos alcanzó un nivel record en 2015. En las últimas tres décadas y media los industriales han eliminado más de siete millones de empleos produciendo al mismo tiempo más que nunca. El Instituto de Política Económica (EPI es la sigla en inglés) informa en The Manufacturing Footprint and the Importance of US Manufacturing Jobs (La huella industrial y la importancia del empleo industrial en EE.UU.) que: "Si se trata de entender cómo han desaparecido tantos empleos la respuesta con la que se encuentra una y otra vez en los datos es que no es el comercio la causa, es primordialmente la tecnología" "…Ochenta por ciento de los empleos pedidos no fueron reemplazados por trabajadores en China, sino por máquinas y automatización. Ese es el primer problema si uno impone tarifas aduaneras. Lo que uno descubre es que las compañías estadounidenses son proclives a reemplazar a los trabajadores más caros con Máquinas".

Dentro de este panorama vale la pena destacar también que firmas manufactureras extranjeras emplean más de 2,2 millones de estadounidenses en sus operaciones en EE.UU. o 18 por ciento del total del empleo manufacturero en EE.UU.

Todo esto lleva al autor a la siguiente conclusión: *La manufactura estadounidense no está muerta de ningún modo. Pero la pérdida de empleos industriales con buena paga ha devastado a la clase obrera y ha hecho más difícil alcanzar el sueño americano. Los avances tecnológicos y el auge de la manufactura con baja capacitación en China y otros países en desarrollo significan que menos estadounidenses trabajan en fábricas, así como los avances tecnológicos hace 100 años significaron que menos estadounidenses trabajaran en granjas.*

La mayoría de los estadounidenses trabajan en sectores de servicios, donde la desigualdad de oportunidades, las capacidades y los ingresos son más evidentes. Recrear una economía que ofrezca crecimiento equitativo no será fácil, especialmente si anhelamos los buenos viejos tiempos en que un tercio de nosotros trabajaba en la fábrica.

Esos días se fueron definitivamente, aunque las fábricas de EE.UU. seguirán produciendo muchos ítems Made in the USA.

¿Cómo incide la tercerización de industrias al extranjero?

Coincidiendo en que el principal factor de reducción del empleo industrial en Estados Unidos es el reemplazo de mano de obra por maquinaria y tecnología, queda abierta la pregunta: ¿En qué medida ha incidido realmente la tercerización de industrias al extranjero?

En un trabajo publicado en la revista online Business Horizon Quarterly (BHQ), en la edición de la primavera boreal de 2012, “21st Century Manufacturing, A World of Difference”, el asesor económico Jeremy A. Leonard, aporta algunas definiciones muy significativas.

La globalización, en el sentido de importación y exportación de bienes manufacturados, no es nada nuevo: el comercio internacional ha sido por mucho tiempo un motor significativo del crecimiento económico en Estados Unidos y en todo el mundo, con el comercio global creciendo al doble del ritmo que el producto general desde 1990. Lo nuevo es que la revolución informática y de comunicación corporizada en el uso comercial de internet y la baja dramática del costo del poder de computación, combinado con la declinación de los costos del transporte y la mejor capacidad de manejo de la logística, han permitido la fragmentación de las cadenas de producción globales. Esto significa que las compañías se vuelven menos integradas verticalmente que nunca antes y tienen muchas más opciones geográficas con respecto a las fuentes de producción.

Un segundo factor que impulsa la Nueva Globalización son los esfuerzos deliberados y sostenidos de China para industrializarse y convertirse en una gran potencia económica. […] Si bien China es la niña mimada de la nueva Globalización, no es de ningún modo la única estrella en ascenso: Brasil, India, Indonesia y otros siguen trayectorias similares aunque a diferentes velocidades.

Los industriales de EE.UU. están en el centro de estos cambios tectónicos, que los han forzado a repensar las estrategias de producción e intensificar los esfuerzos por bajar costos y mejorar la productividad. Han tenido más éxito que los empresarios en otros países industrializados.

El autor señala el aumento del comercio exterior de productos industriales entre EE.UU. y países emergentes como una demostración de las actuales tendencias. Pero subraya un aspecto de ese comercio que refleja un rasgo fundamental de la economía imperialista en el actual período histórico:

Quizás sea más indicativo de la fragmentación de las cadenas de provisión el hecho de que una porción creciente del comercio internacional es en bienes intermedios en vez de acabados: se estima que dos tercios del total en 2011. Los países ya no comercian primordialmente bienes acabados; más bien mueven partes y componentes por el mundo, agregando valor de modo incremental a medida que se desplazan. El sector automotriz en América del Norte es un ejemplo perfecto, con los componentes cruzando la frontera Canadá-EE.UU. múltiples veces antes de que el auto o camión terminado salga de la línea de montaje.

Esta capacidad de dividir las cadenas de producción en rodajas de partes componentes es un cambio de paradigma en el comercio internacional porque fuerza a los países y empresas a pensar de modo diferente respecto de la competitividad del comercio. […] Una cadena de valor para un producto consiste de una cantidad de tareas interrelacionadas que van desde la Investigación y Desarrollo (ID), la generación de prototipos y el diseño comercial, pasando por la manufactura en el medio de la cadena y llegando al marketing, logística y servicio post-venta. Por lo general la fase de ID y la de marketing son intensivas en capital y conocimientos, mientras que las fases de manufactura en el medio de la cadena son mano-de-obra intensivas. Según este marco, las tareas de ID y de marketing debiera ubicarse en países desarrollados con abundancia de capital con una fuerza laboral altamente capacitada, mientras que la manufactura y especialmente las actividades de montaje debieran trasladarse a los países en desarrollo con abundante mano de obra.

[…] El fenómeno de tercerización a otros países que dominó los titulares de negocios de EE.UU. a mediados de esta década es en gran medida coherente con este cambio. Por cierto muchos fabricantes de EE.UU. comenzaron a tercerizar actividades de montaje a China y otros países cuyos costos laborales son significativamente más bajos, práctica que fue condenada como "exportación de empleos" y vaciamiento de la industria de EE.UU. Pero la práctica tuvo mucho

más que ver con optimizar las redes globales de producción que el abandono de Estados Unidos como nodo de alto valor de esas redes. […] Los fabricantes estadounidenses comenzaron a concentrar sus actividades domésticas en los dos extremos de la cadena de valor –IyD/diseño y marketing/servicios post venta- áreas en las que EE.UU. disfruta de de fuertes ventajas comparativas respecto de China y otras economías emergentes.

[…] Desde el punto de vista de la efectividad de costos, la productividad industrial trepó 65 por ciento en la década del 2000, mucho más rápido que en todas las demás naciones industrializadas y a un ritmo aún mayor que la década de 1990. Los costos laborales unitarios declinaron en forma proporcional, mientras que el empleo manufacturero se estancó o bajó durante la expansión de la década del 2000 y el producto ajustado por la inflación creció tanto como la economía en general.

Todo esto es coherente con lo que dice la teoría marxista acerca de cómo se reparten las ganancias entre los sectores empresarios. Cuanto más aumenta el capital muerto sobre el capital vivo tanto más cae la generación de valor y la tasa de ganancia. Es decir los sectores capital intensivos arrancan menos ganancia en forma directa a los trabajadores que explotan, que los que son más mano de obra intensivos. Pero en la práctica los sectores donde se da la mayor concentración de capital arrancan a su vez a los capitalistas de los sectores menos tecnificados de la cadena de producción una parte muy grande de la plusvalía que estos capitalistas menores extraen directamente a los obreros.

Esto se realiza a través de un procedimiento que enmascara la realidad. Para fijar los precios de venta de sus productos cada empresa suma al capital total invertido en la producción una tasa de ganancia promedio que aparece en cada momento como la que admite la economía. Ese total de capital invertido más la ganancia es dividido por el total de unidades para fijar el precio de venta unitario al público. Al aplicar esa tasa promedio los sectores que invierten en industrias mano-de-obra-intensivas están resignando una parte de la ganancia que extraen directamente a sus obreros y que es superior a la media. Y los sectores capital intensivos están aumentando su ganancia por encima de la que extraen en forma directa a los obreros que explotan y que es inferior a la media.

Los sectores de mayor concentración de capital son los que producen maquinaria pesada o de mayor sofisticación tecnológica (por ejemplo equipos informáticos y de comunicaciones y software) y que venden sus equipos a las industrias livianas o de menor tecnificación (textil, alimentos, etc.). En ese caso las empresas de industrias livianas o con menos tecnificación trasladan parte de la plusvalía que extraen directamente a los obreros que explotan a través de los precios que pagan a los sectores más concentrados por maquinaria pesada y tecnología.

Pero en otros casos y como indica el autor que venimos citando, una empresa como Apple se reserva las tareas de Investigación y Desarrollo / Diseño y de comercialización, que son los tramos más capital intensivos y más rentables, que

le garantiza el 70% del negocio. Y terceriza el montaje y otros tramos más mano de obra intensivos de su propia producción, que concentran sólo un tercio de las ganancias. En este caso, a las empresas que se encargan del montaje de piezas Apple paga precios por debajo de lo que les correspondería si estas recibieran toda la plusvalía que arrancan a sus obreros. Pero luego Apple incorpora a sus precios de venta finales la totalidad de la ganancia extraída en todos los tramos de producción. Así incluso tramos del proceso que no generan ganancias por sí mismos, como la comercialización, se vuelven altamente rentables por el traslado de plusvalía de los sectores productivos menos tecnificados.

Leonard sigue sumando definiciones claves sobre la actual fase imperialista:

Un punto crucial respecto del establecimiento de instalaciones de producción en China y otros mercados emergentes es que tiene mucho más que ver con lograr acceso a los mercados locales que con la re-exportación de productos acabados a los Estados Unidos. A mediados de la década del 2000, la Oficina de Análisis Económico de Estados Unidos realizó un análisis a fondo de cuatro países con el mayor incremento de empleo en sucursales extranjeras de empresas estadounidenses en aquel momento: México, China, la India y Polonia. Concluyó que menos del 10 por ciento de las ventas de esos países iban destinadas al mercado de EE.UU. La única excepción era México, que se beneficia de la proximidad geográfica con Estados Unidos. Incluso en ese caso, sólo el 28 por ciento de las ventas de sucursales mexicanas fueron a clientes en EE.UU.

[…] La fragmentación de las cadenas de producción también causa severas distorsiones en los datos de comercio que informan nuestra comprensión de la competitividad nacional. Un ejemplo ilustrativo útil es el del iPod y el iPhone de Apple, dado que sus cadenas de producción han sido estudiadas en gran detalle. Debido a que los productos acabados son montados y enviados desde China, para los propósitos de las estadísticas comerciales se consideran "made in China" (hechos en China). Pero el proceso efectivo de montaje de iPods y iPhones en China agrega menos del 1 por ciento de su valor mayorista. Para las unidades vendidas en Estados Unidos, el 75 por ciento del valor agregado a lo largo de de la cadena de producción global de los productos es captado por Estados Unidos (tanto por Apple, que diseña, pone la marca y comercializa los productos como por distribuidores, mayoristas y minoristas) y la mayor parte de lo restante corresponde a Japón, que fabrica los discos duros y los módulos de pantalla. Por lo que paradójicamente, un incremento de las ventas de iPod y iPhone, que claramente beneficia a Apple y la economía estadounidense, en realidad aumenta el déficit comercial con China según las estadísticas.

Un análisis más sistemático del comercio chino muestra que su supuesto incremento meteórico en su competitividad en lo que respecta a bienes de alta tecnología es en gran medida una ilusión estadística. Se señala comúnmente que las exportaciones chinas de equipo de alta tecnología han crecido rápidamente y, de acuerdo a algunas medidas, se aproximan a un tercio de sus exportaciones

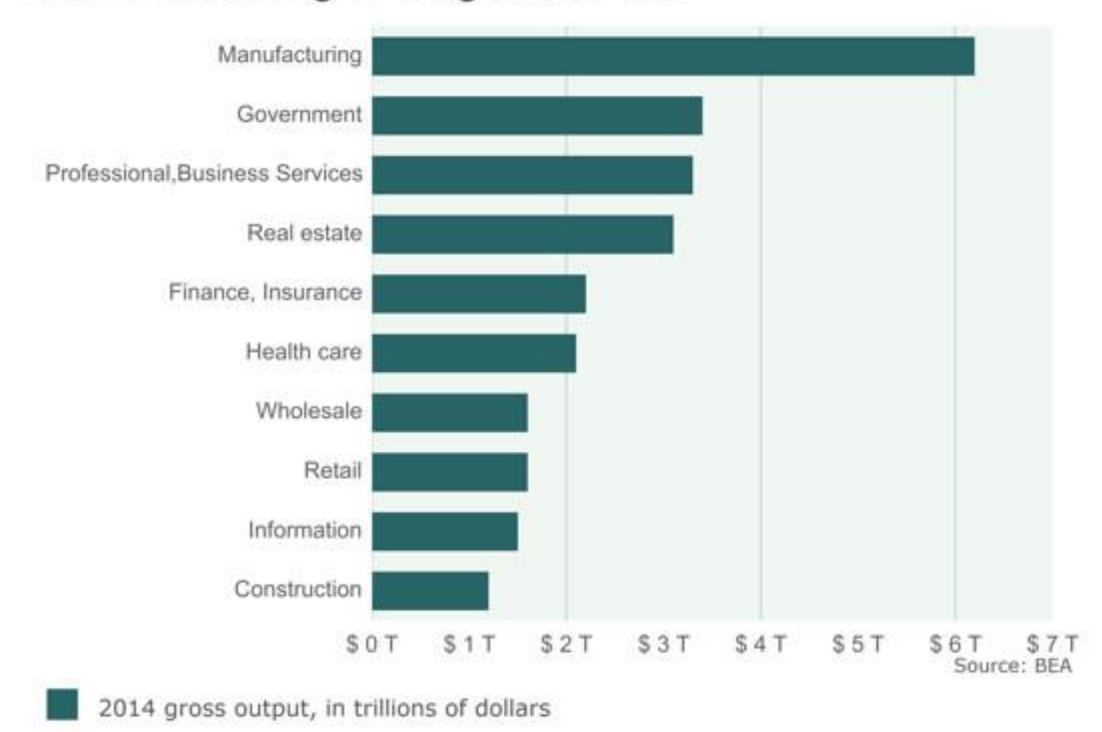
totales. Sin embargo, el contenido chino de la manufactura de alta tecnología realizada en China es menos del 20 por ciento. Corrigiendo de acuerdo a esto las exportaciones de alta tecnología chinas sobre la base de valor agregado se reducen a menos del 10 por ciento, lo que es más bajo que la proporción de la alta tecnología en el comercio global. Esto implica que China actualmente está en desventaja global comparativa respecto de las exportaciones de alta tecnología, aunque es efectiva en su montaje.

En conclusión, las promesas demagógicas de Trump de “traer el empleo industrial de regreso a los Estados Unidos” y de mejorar la situación de los trabajadores más afectados por los cambios producidos en los últimos años, se chocan por lo tanto con dos tendencias muy poderosas. Por un lado, la tecnificación sigue desplazando trabajadores, por más que se traiga de regreso tramos de la producción que fueron tercerizados al exterior. Y la caída de la tasa de ganancias de las multinacionales hace que estas, lejos de estar dispuestas a invertir en grandes plantas productivas y pagar altos salarios en Estados Unidos y demás países imperialistas, han frenado la inversión y están en pleno ataque al salario y las conquistas de los trabajadores.

Todo esto en el marco de una situación de crisis general del modelo de explotación y opresión imperialista a nivel mundial.

Gráficos comparativos de producción industrial y comercio exterior de EE.UU. con principales economías del mundo

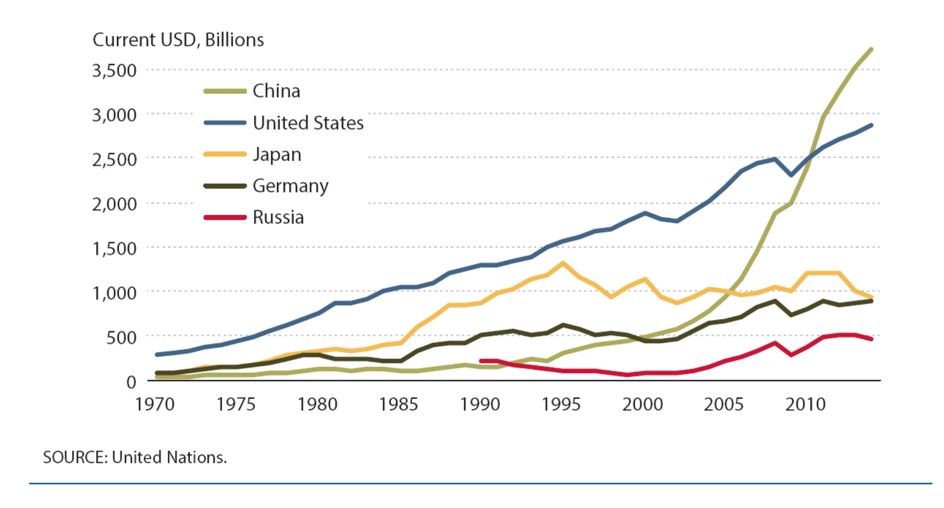
La manufactura es el sector más grande de la economía estadounidense (2014)



Los 5 países con mayor producto industrial en 2014

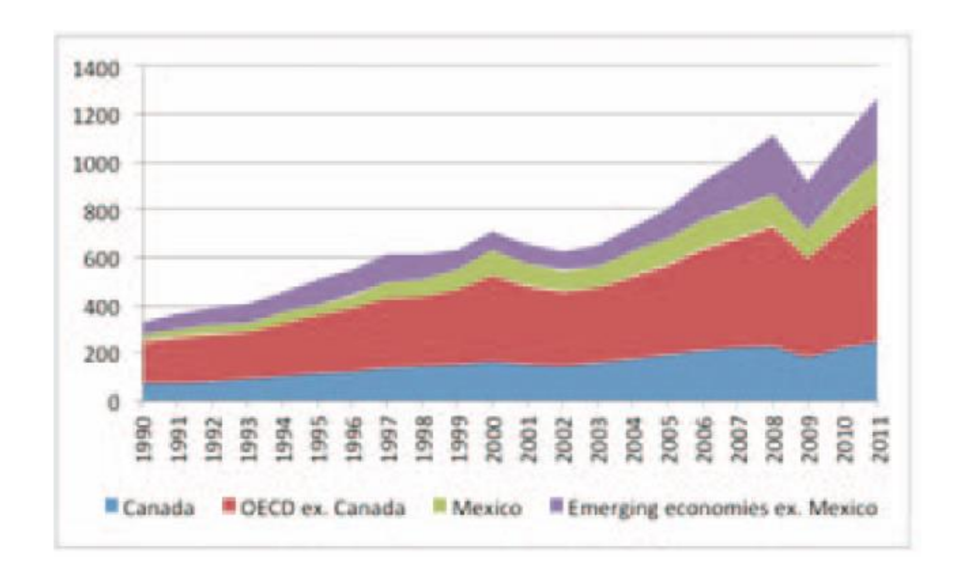
Figure 1

Manufacturing Output (1970-2014), Top 5 Countries in 2014

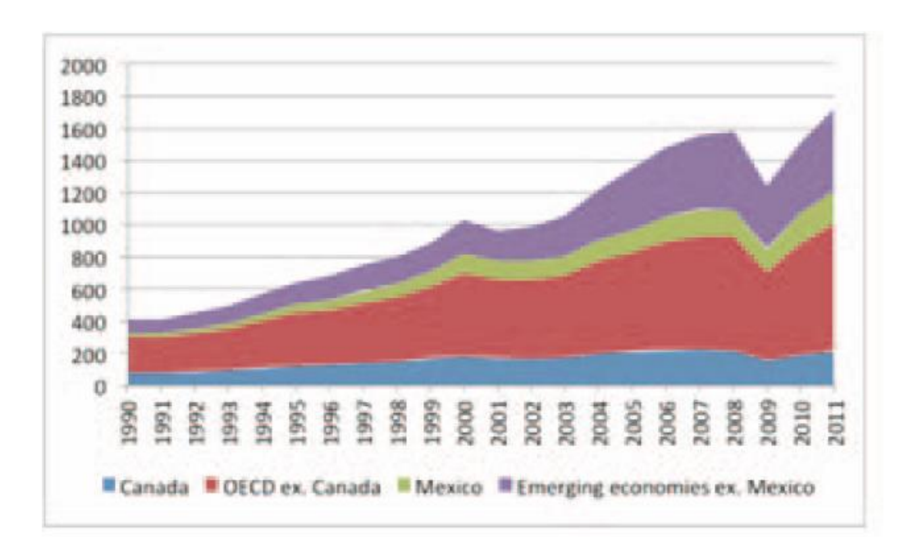


SOURCE: United Nations.

Producto Industrial (1970-2014), 5 países de mayor producción
En miles de millones de dólares
Fuente: Naciones Unidas



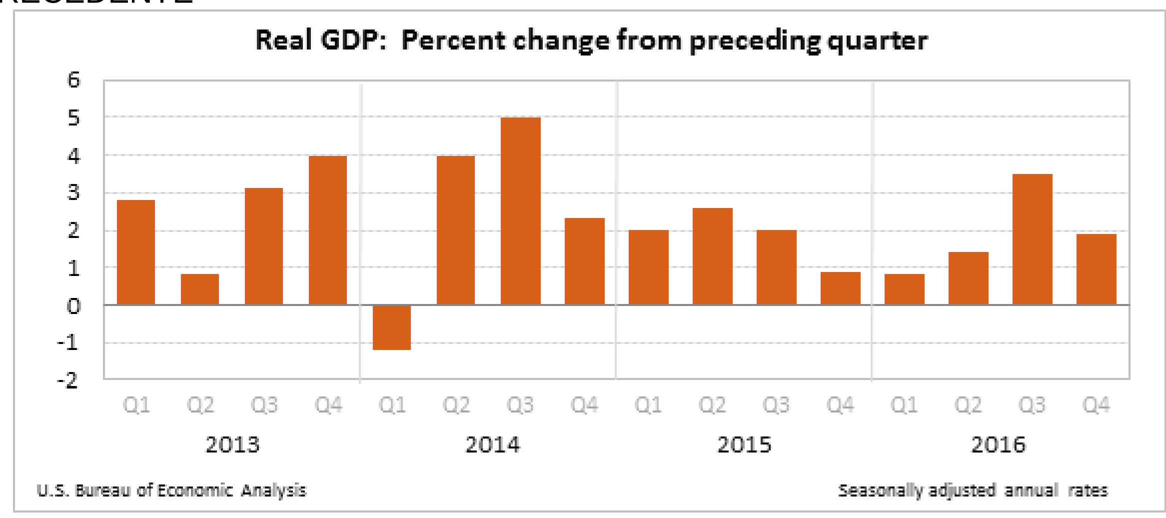
Exportaciones de bienes manufacturados de EE.UU. 1990-2011 (miles de millones de dólares)



Importaciones de bienes manufacturados de EE.UU. 1990-2011 (miles de millones de dólares)

Fuente: International Trade Administration

PBI REAL: CAMBIO PORCENTUAL RESPECTO DE TRIMESTRE PRECEDENTE



Fuente: Oficina de EE.UU. de Análisis Económico – Tasas anuales ajustadas estacionalmente

La teoría marxista de los ciclos económicos y las crisis

La llegada de Trump al gobierno, como hemos dicho, está estrechamente relacionada con el fracaso del gobierno de Obama y de toda la burguesía mundial en los intentos por superar la crisis prolongada que afecta a la economía imperialista desde 2008. Pero dentro de esa tendencia general a la baja a largo plazo de la economía imperialista continúan dándose ciclos más cortos de alzas y bajas, que se reflejan en las estadísticas del producto bruto interno. Y Trump puede llegar a capitalizar en sus primeros meses de gobierno los beneficios de una moderada alza de la tasa de crecimiento, que se traduzca a su vez en aumento coyuntural del empleo.

En sus trabajos Carlos Marx estudió cuidadosamente los ciclos automáticos que se dan en la economía capitalista y que impactan en todos los aspectos sociales, políticos y culturales. Una forma de periodizar la historia del capitalismo, no sólo en la época imperialista, entonces, es registrar la sucesión de ciclos de negocios, siguiendo las alzas y bajas de la producción.

De acuerdo a la teoría marxista, los ciclos automáticos, menores o cortos de la economía capitalista siguen el ritmo de la inversión, determinada a su vez por las alzas y caídas de la tasa de ganancia, es decir, el porcentaje que gana el capitalista sobre el capital que invierte en mano de obra y en recursos tales como instalaciones, maquinaria, materias primas, etc.

Estas alzas y bajas de la tasa de ganancias están determinadas por el peso relativo en la economía del capital "muerto" o previamente acumulado (en la forma de dinero, instalaciones, maquinaria, materia prima, etc.) respecto del trabajo vivo (representado por la masa salarial) que es el único que produce nuevo valor y sobre la base del cual surgen las ganancias.

Cuanto más pesa el trabajo vivo, es decir, el trabajo de los asalariados, en proporción al "capital muerto", más aumenta la producción de nuevo valor. El capitalista se apropia de una parte de ese nuevo valor, lo que se conoce como plusvalía y, a través de la venta de las mercancías, la plusvalía se convierte en ganancias. A la inversa, cuanto más aumenta el peso relativo del capital "muerto" respecto del trabajo vivo, más cae la producción de nuevo valor y la tasa de ganancia.

El aumento de la tasa de ganancias lleva a los capitalistas a invertir en la producción, lo que produce los auges de la economía. La caída de la tasa de ganancias los lleva a retirar sus inversiones, lo que produce las bajas de la economía.

Insistimos, este es el mecanismo que de acuerdo al marxismo domina los ciclos cortos, automáticos, de la economía capitalista. El capitalista invierte en función de la producción para la venta en un período previsible, de algunos años. Realizada la venta de lo producido el capitalista puede medir su ganancia efectiva y decidir si seguirá expandiendo la producción con nueva inversión o, si percibe una baja en la tasa de ganancia, puede decidir no invertir, con lo que se produce una retracción económica.

De acuerdo a estas condiciones, en los ciclos cortos el período de inversión y expansión de la producción puede ser mayor y el de retracción menor, con lo que el ciclo de conjunto es de **auge**. O la expansión y la retracción pueden ser equivalentes y entonces lo que se da es **estancamiento**. Finalmente, la retracción puede ser más profunda y prolongada que la expansión, y entonces el ciclo es de **caída o recesión**.

Numerosos autores marxistas han advertido que los ciclos cortos, automáticos de la economía se agrupan en series de varios períodos en los que predomina el alza, el estancamiento o la baja. Por ejemplo, El economista marxista Michael Roberts, uno de cuyos trabajos ya citamos en el capitulo anterior, ha publicado un libro titulado *The Long Depression* (La larga depresión), en el que busca demostrar con estadísticas precisas cómo los ciclos largos, en los que se agrupan varios ciclos cortos, de la economía capitalista han estado vinculados –y lo siguen estando hoy- a las alzas y bajas a largo plazo de la tasa de ganancias. Como el título lo indica, el libro de Roberts está dedicado centralmente a explicar el período actual, de depresión, iniciado con la crisis que estalló en 2008:

Una depresión –dice- se define aquí en términos de que las economías están creciendo muy por debajo de su anterior tasa de producto (en total y per cápita) y por debajo de su promedio de largo plazo. También significa que los niveles de empleo e inversión están muy por debajo de esos picos y por debajo de los promedios de largo plazo. Por encima de todo, significa que la rentabilidad de los sectores capitalistas en la economía se mantiene en general por debajo de los niveles previos al comienzo de la depresión.

Hasta la fecha ha habido tres depresiones (por oposición a las bajas o recesiones económicas recurrentes regulares) en el capitalismo moderno. La primera fue a fines del siglo diecinueve (1873-97); la segunda a mediados del siglo veinte (1929-39); y ahora tenemos una a comienzos del siglo veintiuno. Todas estas comenzaron con bajas significativas (1873-6; 1929-32; y 2008-9).

…Una larga depresión *es el mejor término para usar al describir el período que atraviesa el capitalismo ahora. La Larga Depresión terminará por una conjunción de resultados económicos (recesión, revolución tecnológica y cambio de ciclo económico) o por la acción política para acabar o reemplazar el modo de*

producción capitalista. No hay crisis permanente. Siempre hay resolución y nuevas contradicciones en la dialéctica de la historia.

Hasta allí, tenemos plena coincidencia con el aporte de Michael Roberts. Pero el autor agrega otro concepto de gran importancia para entender el desarrollo del capitalismo, que es la existencia de ciclos aún más prolongados que los que venimos mencionando:

Hablemos de ciclos aún más largos en la producción capitalista. Así como el ciclo de ganancias capitalista parece extenderse aproximadamente a treinta y dos o treinta y seis años de un punto bajo al siguiente, y lo mismo sucede con los ciclos de la bolsa y del mercado de crédito, también parece haber un ciclo de los precios que es de alrededor del doble en extensión, o de alrededor de sesenta y cuatro a setenta y dos años. Este ciclo fue identificado adecuadamente por Nicolai Kondratiev, economista ruso, en la década de 1920. Sostuvo que parecía haber un período en el que los precios y las tasas de interés se movían hacia arriba unos veintisiete años aproximadamente y luego un período en el que ocurría lo opuesto.

Se ha criticado los "ciclos largos" de Kondratiev a tres niveles. Primero, se argumenta que no hay evidencia estadística firme de que tales ciclos de cincuenta años o más realmente existen. Hay pocos puntos de datos y las series económicas analizadas por Kondratiev se han considerado no convincentes.

Segundo, se ha rechazado el argumento de Kondratiev de que los ciclos deben considerados endógenos al modo de producción capitalista. El consenso alternativo es que los cambios en el ritmo relativo del crecimiento económico o de los precios de producción son causados por factores externos como guerras, revoluciones, enfermedades, el clima o más específicamente nuevas etapas de la organización económica capitalista (imperialismo, financierización, etc.).

Tercero, no existe una teoría o modelo convincente que explique estos ciclos largos, si es que existen. Kondratiev defendió su teoría de todas estas críticas. […] Consideró que la larga duración de los ciclos se basaba en el período de gestación de grandes proyectos capitalistas que no podían completarse en el ciclo de negocios normal y estas inversiones se darían en una serie de oleadas. Rechazó las críticas de que los ciclos largos fuesen causados por factores exógenos.

Michael Roberts no sólo afirma la existencia de los ciclos de Kondratiev y rechaza las críticas contra esa concepción, sino que la incorpora a su visión de por qué se ha producido la actual larga depresión (y las anteriores de fines del siglo XIX y mediados del siglo XX):

[…] Una depresión, por oposición a una recesión o baja […], se produce en el punto en que todos los ciclos están en una cierta conjunción, es decir, están todos en una fase descendente: el ciclo de Kondratiev está en su fase descendente

entre veinticinco y treinta y cinco años, el ciclo de las ganancias está en su fase descendente de entre dieciséis y dieciocho años, y así siguiendo.

Esta conjunción no se da muy a menudo. Por cierto, dada la duración del ciclo largo de Kondratiev, sólo puede darse cada cincuenta o setenta años. Si esto es correcto, entonces explica por qué el comienzo de la depresión del siglo diecinueve en 1873 recién se repitió cincuenta y seis años más tarde con el comienzo de la Gran Depresión en 1929 y con el comienzo de la actual Larga depresión en 2008, unos setenta y nueve años después de eso.

Nos hemos detenido en esta explicación de Michael Roberts porque creemos que refleja muy bien la opinión de una amplia franja de economistas académicos que se basan en una parte de la teoría de Marx para sus estudios, pero caen en una explicación parcializada y mecanicista del desarrollo del capitalismo: separan y absolutizan los mecanismos automáticos de la economía, como el factor decisivo en todos los acontecimientos históricos, secundarizando por completo la incidencia de la lucha de clases. En esto coinciden con la concepción del profesor Kondratiev.

León Trotsky contestaba a esta concepción mecanicista de la historia en un escrito de 1923, *La Curva del Desarrollo Capitalista*, donde polemiza precisamente con la visión del profesor Kondratiev:

Ya las oscilaciones de la coyuntura económica (auge-depresión-crisis) conforman las causas y efectos de impulsos periódicos que dan surgimiento a cambios, ora cuantitativos, ora cualitativos, y a nuevas formaciones en el campo político. Las rentas de las clases poseedoras, el presupuesto del estado, los salarios, el desempleo, la magnitud del comercio exterior, etc., están íntimamente ligados con la coyuntura económica, y a su turno, ejercen la más directa influencia sobre la política. Esto solo es suficiente para entender cuán importante y fructífero es seguir paso a paso la historia de los partidos políticos, las instituciones estatales, etc., en relación con los ciclos del desarrollo capitalista. Pero nosotros no podemos decir que estos ciclos explican todo: ello está excluido por la sencilla razón que los ciclos mismos no son fenómenos económicos fundamentales, sino derivados. Ello se despliega sobre la base del desarrollo de las fuerzas productivas a través del mecanismo de las relaciones de mercado. Pero los ciclos explican una buena parte, formando como lo hacen a través de las pulsaciones automáticas, un indispensable resorte dialéctico en la mecánica de la sociedad capitalista. Los puntos de ruptura de la coyuntura comercial e industrial nos llevan a un contacto mucho más íntimo con los nudos críticos en la trama del desarrollo de las tendencias políticas, la legislación, y todas las formas de la ideología.

Pero el capitalismo no se caracteriza sólo por la periódica recurrencia de los ciclos, de otra manera la historia sería una repetición compleja y no un desarrollo dinámico. Los ciclos comerciales e industriales son de diferente carácter en diferentes períodos. […] Observamos en la historia que los ciclos homogéneos están agrupados en series. Épocas enteras de desarrollo capitalista existen

cuando un cierto número de ciclos están caracterizados por auges agudamente delineados y crisis débiles y de corta vida. Como resultado, obtenemos un agudo movimiento ascendente de la curva básica del desarrollo capitalista. Obtenemos épocas de estancamiento cuando esta curva, aunque pasando a través de parciales oscilaciones cíclicas, permanece aproximadamente en el mismo nivel durante décadas. Y finalmente, durante ciertos períodos históricos, la curva básica, aunque pasando como siempre a través de oscilaciones cíclicas, se inclina hacia abajo en su conjunto, señalando la declinación de las fuerzas productivas.

Es ahora posible postular a priori que las épocas de enérgico desarrollo capitalista deben poseer formas –en política, en leyes, en filosofía, en poesía– agudamente diferentes de aquellas que corresponden a la época de estancamiento o de declinación económica. Aun más, una transición de una época de esta clase a otra diferente debe producir necesariamente las más grandes convulsiones en las relaciones entre clases y entre estados. En el Tercer Congreso Mundial de la Komintern [la Internacional Comunista o III Internacional] *nosotros hemos insistido sobre este punto en la lucha contra la concepción puramente mecanicista de la actual desintegración capitalista. Si el reemplazo periódico de auges "normales" por crisis "normales' encuentra su proyección en todas las esferas de la vida social, entonces una transición de toda una época entera de ascenso a otra de declinación, o viceversa, engendra los más grandes disturbios históricos, y no es difícil demostrar que en muchos casos* ***las revoluciones y guerras se esparcen entre la línea de demarcación de dos épocas diferentes de desarrollo económico****, por ejemplo la unión de dos segmentos diferentes de la curva capitalista. Analizar toda la historia moderna desde este punto de vista es realmente una de las tareas más gratificantes del materialismo dialéctico. Continuando con el Tercer Congreso Mundial, el profesor Kondratiev se aproximó a este problema –como es usual, evadiendo dolorosamente la formulación de la cuestión como fuera adoptada por el Congreso mismo– intentando agregar al "ciclo menor", cubriendo un período de diez años, el concepto de un "ciclo mayor", abrazando aproximadamente cincuenta años. De acuerdo a esta construcción simétricamente estilizada, un ciclo económico mayor consiste de unos cinco ciclos menores, y además, la mitad de ellos tienen el carácter de ascendentes, mientras la otra mitad son de crisis, con todas las etapas necesarias de transición. La determinación estadística de los ciclos mayores compilada por Kondratiev deberá ser sujeta a una cuidadosa y nada crédula verificación, tanto respecto a los países individualmente como al mercado mundial como un todo. Es ahora imposible refutar por adelantado el intento del profesor Kondratiev de investigar las épocas rotuladas por él como ciclos mayores con el mismo "ritmo rígidamente legítimo" que es observable en los ciclos menores; esto es obviamente una falsa generalización de una analogía formal. La recurrencia periódica de ciclos menores está condicionada por la dinámica interna de las fuerzas capitalistas, y se manifiesta por sí misma siempre y en todas partes una vez que el mercado ha surgido a la existencia.*

Por lo que se refiere a las fases largas (de cincuenta años) de la tendencia de la evolución capitalista, para las cuales el profesor Kondratiev sugiere,

infundadamente, el uso del término "ciclos", debemos destacar que el carácter y duración están determinados, no por la dinámica interna de la economía capitalista, sino por las condiciones externas que constituyen la estructura de la evolución capitalista. La adquisición para el capitalismo de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, en el despertar de éstos, hechos mayores de orden "superestructural" tales como guerras y revoluciones, determinan el carácter y el reemplazo de las épocas ascendentes estancadas o declinantes del desarrollo capitalista.

Resumamos entonces los conceptos de Trotsky.

- *Ya las oscilaciones de la coyuntura económica (auge-depresión-crisis) conforman las causas y efectos de impulsos periódicos que dan surgimiento a cambios, ora cuantitativos, ora cualitativos, y a nuevas formaciones en el campo político. Las rentas de las clases poseedoras, el presupuesto del estado, los salarios, el desempleo, la magnitud del comercio exterior, etc., están íntimamente ligados con la coyuntura económica, y a su turno, ejercen la más directa influencia sobre la política.* Por ejemplo, el desgaste de las fuerzas políticas tradicionales que vienen gobernando desde el comienzo de la actual depresión (2008) ha llevado al fortalecimiento electoral de fuerzas de izquierda (Syriza; Podemos) y de derecha (Trump).
- Los ciclos automáticos de la economía capitalista se agrupan en series, que producen períodos prolongados donde se impone el auge, el estancamiento o la crisis general de la sociedad. Por ejemplo, después de la II Guerra hubo un "boom" con varios ciclos económicos donde predominó el crecimiento sobre la caída. A partir de la restauración capitalista en los ex estados obreros hubo 15 años de recuperación relativa de la economía imperialista mundial. Hoy, a partir de la crisis de 2008 y la derrota del imperialismo en Irak, estamos en un período de caída con ciclos en los que predomina la baja y son menores los momentos de recuperación.
- *Pero el capitalismo no se caracteriza sólo por la periódica recurrencia de los ciclos, de otra manera la historia sería una repetición compleja y no un desarrollo dinámico.* El signo de estos períodos prolongados en la curva de desarrollo capitalista no está determinado por factores automáticos de la economía, sino por factores externos, tales como el descubrimiento de nuevos países, continentes, recursos naturales, guerras y revoluciones. Por ejemplo, el boom de la II Posguerra estuvo precedido por el fachismo que destruyó las conquistas de la clase obrera en Europa, por la guerra mismo que hizo una enorme destrucción de fuerzas productivas, por la traición de los PC a la revolución en Francia, Italia, Grecia y otros países después de la guerra y por el acuerdo entre el stalinismo y el imperialismo que permitió estabilizar la situación mundial en torno a la hegemonía de EE.UU.

La relativa recuperación de la economía mundial a partir de los años noventa tuvo como factor determinante la traición del stalinismo que llevó a la restauración capitalista en los estados obreros.

En la crisis a partir de 2008, que inicia la actual curva descendente, se combina el estallido de una burbuja financiera con una caída de la tasa de ganancia y con la derrota del imperialismo en Irak y Afganistán y en general la debacle del proyecto belicista encabezado por el presidente George W. Bush.

- *…En muchos casos* ***las revoluciones y guerras se esparcen entre la línea de demarcación de dos épocas diferentes de desarrollo económico****.* Por ejemplo, la caída del Muro Berlín y la rebelión de Tienanmen en China (1989) y luego la debacle del stalinismo moscovita (1991-1993), coincidió con el paso de la crisis crónica de los setenta y ochenta al período prolongado de relativa recuperación de los noventa y 2000. En el paso de ese período de relativa recuperación a la actual depresión prolongada (2008) se dio la derrota militar del imperialismo en Irak y Afganistán, la oleada de revoluciones en medio oriente que se conoce como la Primavera Árabe (Tunes, Egipto, Libia, Siria, Yemen, etc.) y las movilizaciones populares masivas en Europa (Indignados) y EE.UU. (Occupy Wall Street).

En síntesis, para el marxismo la relación entre la economía y la lucha de clases es la clave para entender las crisis y en general todo el desarrollo de las sociedades capitalistas

En el siguiente capítulo aplicaremos esta concepción de Marx, desarrollada por Trotsky, a la periodización de la época imperialista.

La periodización de la época imperialista

La llegada de Trump al gobierno y, más en general, el fortalecimiento de partidos, corrientes y figuras del populismo de derecha en Europa, así como la presencia en el poder en países latinoamericanos claves de figuras como Temer y Macri, cobra un sentido aún más claro visto en la perspectiva del conjunto de la época imperialista.

Esto exige ver esa época que ya lleva más de un siglo en su avance a través de distintas etapas o períodos cuyas características centrales es necesario definir.

Criterios de periodización

En base a los criterios establecidos por Trotsky proponemos en primer lugar la siguiente periodización de la época imperialista:

- Desde la gran crisis mundial de 1908, pasando por la crisis de 1929 y la década de 1930, hasta comienzos de la década de 1940 se da una onda prolongada de baja de la economía capitalista (con ascensos breves y descensos prolongados y profundos en los ciclos cortos), coincidente con el período más duro de disputa de la hegemonía imperialista entre las principales potencias (Alemania, Francia, Inglaterra, EE.UU.), incluyendo las dos grandes guerras mundiales, y la oleada revolucionaria que dio nacimiento a la Unión Soviética.
- Desde comienzos de la década de 1940 hasta fines de la década de 1960 (o mitad de los setenta según algunos autores) se da un nuevo auge (el llamado boom de posguerra), con una recuperación de la tasa de ganancia, que resulta en primer lugar del enorme aumento de la explotación de los trabajadores europeos por el fachismo y el nazismo antes y durante la II Guerra Mundial y después de la guerra durante los años de reconstrucción en todo el viejo continente. Esto es coincidente con la conquista de la hegemonía imperialista por EE.UU., apoyado en la traición del stalinismo a la revolución en los principales países de Europa occidental. Sin embargo y contradictoriamente, la traición del stalinismo no logra impedir el surgimiento de 14 nuevos estados obreros y la conquista de la independencia por alrededor de 70 antiguas colonias.

- Desde fines de los años sesenta (o mitad de los setenta según algunos autores) hasta comienzos de los años noventa se da una fuerte caída de la tasa de ganancia y crisis crónica de la economía mundial, coincidente con grandes movilizaciones anti-imperialistas en todo el mundo y la primera gran derrota militar de Estados Unidos en Vietnam (1975)
- Desde comienzos de los años noventa hasta mediados de la década del 2000 se da una recuperación relativa de la economía mundial, coincidente con la restauración capitalista en los estados obreros, que da acceso a las multinacionales a la explotación directa de cientos de millones de trabajadores de esos países. En otros escritos hemos caracterizado este período como de "estancamiento" mientras que la mayoría de los autores marxistas lo consideraron de "auge". Utilizamos el concepto de "recuperación relativa de la economía mundial" para señalar que, se trate de un período de estancamiento o de auge, si registra una mejora de la economía capitalista respecto del período previo de crisis crónica.
- Desde el año 2008 (comienzo de la crisis en EE.UU.) se inicia el actual período de crisis profunda y prolongada de la economía capitalista, coincidente con una nueva caída pronunciada de la tasa de ganancia y la derrota militar del imperialismo en Irak, la Primavera Árabe y grandes movilizaciones en Europa y Estados Unidos.

Un segundo criterio de periodización fundamental es la relación de fuerzas en la lucha de clases mundial, a partir de hitos fundamentales como la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa de 1917. Para ello nos basamos en la concepción de Nahuel Moreno de las etapas de la lucha de clases.

- La primera etapa, revolucionaria, corresponde al período iniciado por la I Guerra Mundial y la Revolución Rusa de 1917 y que llegó hasta la derrota de la revolución alemana de 1923 y el comienzo del retroceso y la derrota de la revolución soviética a manos del stalinismo
- La segunda etapa, de signo opuesto, contrarrevolucionaria, corresponde a los años de retroceso del movimiento obrero mundial que van desde 1923, con el fracaso de la revolución en Alemania y el comienzo del stalinismo en la URSS, pasando por la llegada al poder del fachismo en Italia y el nazismo en Alemania, hasta la más grave de las derrotas, el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939.
- La tercera etapa, nuevamente de signo revolucionario, se inicia con el triunfo de las masas soviéticas sobre los nazis en Stalingrado en 1943, abarcando todo el proceso de surgimiento de 15 nuevos estados obreros en la posguerra, y se extiende inclusive hasta la restauración capitalista en los estados obreros en la segunda mitad de los años ochenta y comienzos de los noventa.
- La cuarta etapa, la actual, también de signo revolucionario, comienza con la combinación de movilizaciones revolucionarias y crisis que llevó a la

caída de los regímenes burocráticos de los PC en la URSS y el este europeo a fines de los ochenta y comienzos de los noventa.

Otro criterio de periodización –sugerido por el propio Nahuel Moreno- se basa en la intensidad y continuidad de la lucha del movimiento obrero:

- En el **primer período** que abarca desde 1880 hasta la década de 1950, el proletariado luchó en forma continua. Este período debe dividirse en dos: un **primer subperíodo** en el que los trabajadores protagonizan grandes luchas reformistas que logran grandes conquistas económicas (como las 8 horas, el derecho a organizarse, numerosas reglamentaciones del trabajo, etc.) y organizativas como los grandes sindicatos y partidos socialistas; en el **segundo subperíodo**, desde el comienzo del siglo XX, los trabajadores protagonizan con sus luchas grandes procesos revolucionarios, aunque con avances y retrocesos en las distintas etapas hasta 1950.
- En el **segundo período**, a partir de la II posguerra, el campesinado y sectores populares de países del tercer mundo tomaron la vanguardia produciendo revoluciones como la China y la Cubana. El proletariado dio batallas muy importantes pero discontinuas y esporádicas (desde Bolivia en 1952, pasando por el mayo Francés en 1968 y procesos como el Cordobazo, hasta Brasil y Polonia a fines de los 70 y comienzos de los ochenta, entre otros procesos). Esto culmina con el gran ascenso obrero a fines de los ochenta y comienzos de los noventa en la URSS que fue factor decisivo para la caída del stalinismo.
- En el **tercer período**, el que vivimos actualmente, la clase obrera no ha sido protagonista central de grandes procesos de lucha de impacto mundial desde la caída de los estados obreros y el fin del stalinismo, con la excepción de Grecia y la cuenca minera-industrial del Donbass en Ucrania. En general el proletariado ha actuado en los procesos revolucionarios que se dieron como actor secundario, diluido entre las masas populares urbanas.

Si tomamos como referencia la forma en que se desarrolló el régimen o dispositivo de dominación imperialista sobre el mundo en distintos momentos podemos señalar los siguientes períodos:

- El período que va de la década de 1880 a 1908, que se caracteriza por el surgimiento del fenómeno de fusión del capital bancario e industrial en capital financiero y el nacimiento de los monopolios. Un período de extensión del capitalismo a todo el planeta. En este período se desarrolla también enormemente el proletariado que, a través de grandes movilizaciones logra grandes conquistas, como las ocho horas, la organización de partidos y sindicatos de masas etc. El imperialismo logra

consolidar en los países avanzados una capa privilegiada del proletariado, profundamente conservadora, que conocemos como la aristocracia obrera y que, al decir de Lenín, es la basa social de todas las conducciones oportunistas, en particular las de la Segunda Internacional. Al mismo tiempo las potencias europeas construyen extensos imperios coloniales, con el objetivo primordial de asegurarse abastecimiento de materias primas para sus industrias. Hay una incipiente disputa por estas fuentes de materias primas.

- El período que se inicia con la gran crisis mundial de 1908, abarcando ambas guerras mundiales, con dos rasgos fundamentales: uno es la disputa de la hegemonía mundial entre las potencias imperialistas; el otro rasgo fundamental es que la crisis y la guerra provocada por esa disputa inter-imperialista abre grietas enormes –cuya máxima expresión son las dos guerras mundiales- por las que se cuela la movilización revolucionaria de las masas, lo que provoca al decir de Lenín una “crisis revolucionaria mundial”. A partir de allí y con el triunfo de la Revolución Rusa en 1917, se inicia, al decir de Moreno en la Dictadura Revolucionaria del Proletariado, una guerra civil mundial entre el imperialismo por un lado y las masas por el otro. Esa guerra civil de acuerdo al momento y la región o el país puede ser larvada o salir a la superficie con estallidos revolucionarios, pero es constante. Se suceden etapas revolucionarias y contrarrevolucionarias, pero la disputa de la hegemonía imperialista y la guerra civil de las masas contra los capitalistas son rasgos permanentes. Este período culmina al comienzo de la II Posguerra con la conquista de 15 nuevos estados obreros y con el logro de su independencia formal por 70 países coloniales.
- Un tercer período está signado por la conquista de la hegemonía imperialista por parte de Estados Unidos apoyado en sus acuerdos contrarrevolucionarios con el stalinismo en la II Guerra Mundial. El primer paso de esos acuerdos es el freno a la revolución obrera en Europa occidental por parte del stalinismo en el curso de la guerra y luego de finalizada esta. Se instaura en todo el planeta un régimen de doble poder institucionalizado entre los estados obreros y el imperialismo. Y ese doble poder se ve coronado por los mecanismos de negociación entre la burocracia del PCUS y el imperialismo: reuniones “cumbre” entre los jefes políticos de EE.UU., Gran Bretaña, Francia y la URSS, que dan por resultado los acuerdos de Yalta y Potsdam.

Estos mecanismos se institucionalizan en organismos como las Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad y en el terreno económico en los llamados Acuerdos de Bretton Woods, que fijan el patrón oro de las monedas y que establecen el Banco Mundial y el FMI como entes rectores de las finanzas.

Una resultante fundamental de la conquista de la hegemonía por EE.UU. es la ubicación de bases militares en todos los continentes y el desarrollo

de un arsenal nuclear, todo lo cual lo convierte en la máxima potencia militar. Esto pone a la orden del día el peligro del holocausto nuclear. La URSS y China también desarrollan arsenales nucleares como respuesta defensiva a esta expansión militar imperialista.

El imperialismo lanza agresiones militares y golpes de estado en todo el planeta (Corea, América Latina, etc.).

Hay un hecho decisivo para la historia de la segunda mitad del siglo XX: la creación de Israel con el respaldo de EE.UU. y la URSS, expulsando al pueblo palestino de sus tierras y creando la entidad sionista, con su régimen de apartheid anti-árabe, como verdadero "portaviones en tierra" para imponer la voluntad de la contrarrevolución sobre el medio oriente y su riqueza petrolera.

A pesar de numerosas conmociones políticas y militares, este régimen de doble poder mundial con EE.UU. como potencia hegemónica se consolida, garantizando tres décadas de expansión económica, el llamado boom de posguerra.

La hegemonía yanqui comienza a debilitarse a fines de los años sesenta, cuando se inicia una crisis crónica de la economía mundial, a la vez que EE.UU. sufre su primera gran derrota militar en Vietnam.

A partir de allí el imperialismo se ve obligado a variar su política, combinando sus agresiones militares con la reacción democrática, es decir, el esfuerzo por cooptar a las direcciones de las masas para reconducir los procesos de lucha hacia el marco de la democracia burguesa. Al mismo tiempo el imperialismo lanza una ofensiva económica contrarrevolucionaria permanente contra los trabajadores y los pueblos de todo el mundo, que continúa aún hoy, buscando recuperar la tasa de ganancia.

Desde fines de la década de 1970 se imponen en Estados Unidos y Gran Bretaña los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher respectivamente que profundizan cualitativamente la ofensiva económica contrarrevolucionaria, especialmente contra los estados obreros. A esto se suman los intentos de recuperar la capacidad de intervención militar (desarrollo de sistema misilístico en el espacio conocido periodísticamente como la "Guerra de las Galaxias"; impulso de guerrillas contrarrevolucionarias en América Central y África; invasión de El Líbano por las tropas de Israel; Guerra de las Malvinas, etc.) En el aspecto militar el imperialismo sufre varios reveses (derrota de las guerrillas contrarrevolucionarias; expulsión de las tropas de Israel y el Líbano; derrumbe de todas las dictaduras sudamericanas pro imperialistas luego del triunfo británico en la Guerra de las Malvinas).

Pero este período culmina con la restauración capitalista en los estados obreros, lo que liquida el régimen de doble poder institucionalizado instaurado en la segunda posguerra entre el imperialismo y los estados obreros burocratizados.

- El cuarto período se inicia a partir de la caída del stalinismo y la disolución de la URSS. Es el actual que pretendemos analizar, en el que aparecen los rasgos iniciales de un nuevo orden mundial o régimen de dominación imperialista.

Otro criterio fundamental para periodizar es en base a las distintas direcciones del movimiento obrero y de masas que fueron surgiendo a lo largo de la época imperialista y la ubicación de las distintas corrientes revolucionarias:

- A partir del surgimiento de los monopolios se da el nacimiento de los grandes partidos socialistas reunidos en la II Internacional. En base al criterio de Lenín podemos decir que hay tres alas: la oportunista apoyada en la aristocracia obrera; la revolucionaria apoyada en los sectores más explotados y oprimidos de la clase y un ala centrista que oscila entre ambas. Las diferencias entre las alas en este período se expresan fundamentalmente en polémicas en torno al camino para alcanzar el socialismo: por vía de reformas en el caso de los oportunistas; por vía de la movilización obrera y la destrucción del estado burgués en el caso de los revolucionarios.
- A partir de la I Guerra Mundial –en la que las direcciones oportunistas apoyan a sus respectivos gobiernos imperialistas- y especialmente de la Revolución Rusa, se separa el ala revolucionaria para fundar la III Internacional Comunista y sus partidos. Se inicia la disputa de la dirección del movimiento obrero mundial entre los revolucionarios y los oportunistas vueltos contrarrevolucionarios apoyando o directamente asumiendo la conducción de los gobiernos imperialistas.
- A partir del retroceso de la Revolución Rusa y de la derrota de la oleada revolucionaria en Alemania (1919-1923) y otros países, surge el stalinismo que se apodera de la III Internacional y la destruye. Los PC se convierten en direcciones contrarrevolucionarias. Los revolucionarios quedan reducidos a pequeñas organizaciones de vanguardia, en particular el trotskismo, que funda la IV Internacional. A partir de allí, como diría Trotsky, **la crisis de la humanidad es la crisis de la dirección revolucionaria del proletariado.**

  En el mundo colonial aparece con fuerza el nacionalismo burgués. Este fenómeno se apoya en el carácter bonapartista sui generis del estado de los países semi coloniales. Se trata de estados burgueses débiles que sufren las presiones por un lado del imperialismo por someter al país y, por el otro, de las masas obreras y populares en defensa de sus conquistas y su nivel de vida.

  Un caso clásico de movimiento nacionalista burgués es el del Kuomingtang en China, nacido a principios del siglo XX, que oscila entre apoyarse en las masas obreras y campesinas para resistir la ofensiva e

invasión del imperialismo japonés y europeo o, alternativamente, se apoya en el imperialismo y los terratenientes más reaccionarios contra las masas lideradas por el PC.

Otro ejemplo fundamental es el del Partido Revolucionario Institucional (PRI), surgido después de la revolución mexicana en la década de 1930, que resiste al imperialismo yanqui, nacionalizando ramas enteras de la economía como el petróleo.

En la década de 1930 se da un gran auge de la lucha obrera en Estados Unidos y junto a la antigua central amarilla, la Federación Americana del Trabajo (AFL es la sigla en inglés) fundada en la década de 1880, surge la Conferencia de Organizaciones Industriales (CIO) que agrupa al activismo combativo en 1935. Ambas organizaciones se fusionarían en 1955, cuando ya ha bajado la marea de la lucha de clases, para crear la actual central, la AFL-CIO.

El trotskismo funda en 1938 la Cuarta Internacional. Su principal organización nacional es el Partido Socialista de los Trabajadores de EE.UU. (SWP), que es importante impulsor de los sindicatos de la CIO, en especial en el poderoso gremio de los camioneros (Teamsters).

La IV Internacional nace muy débil, en el marco de una etapa contrarrevolucionaria mundial en la que el proletariado sufre graves derrotas. Esta debilidad se ve agravada por el asesinato de León Trotsky en 1940, lo que descabeza a la organización.

Esa organización internacional trotskista se disgregó en pequeños grupos nacionales que fueron incapaces de dar respuesta ni tener participación destacada en la derrota del nazismo y el surgimiento de los nuevos estados obreros en la segunda posguerra.

- A partir del triunfo de las masas en Stalingrado en 1943, la derrota de los nazis en 1945 y el surgimiento de los nuevos estados obreros burocratizados en la II Guerra mundial y la posguerra y el pacto contrarrevolucionario del stalinismo con el imperialismo, la cúpula soviética se fortalece cualitativamente en su rol contrarrevolucionario mundial. Los pactos de Yalta y Potsdam con el imperialismo al final de la II Guerra ubican a Moscú como garante junto a Estados Unidos del orden contrarrevolucionario mundial.

A partir de la Segunda Guerra Mundial se desarrolla un poderoso movimiento por la independencia de las colonias de los países imperialistas, lo que permite la conquista de la independencia formal por más de 70 nuevos países. En ese marco, en los años cuarenta y cincuenta surgen nuevas direcciones nacionalistas burguesas como el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en Bolivia, el Peronismo en la Argentina, el Nasserismo en Egipto, el Partido Baath en Siria e Irak, etc. El stalinismo juega un papel directo o indirecto de sostén de estas direcciones.

Tiene particular importancia el nacionalismo árabe que se desarrolla en respuesta a la creación de Israel y sus ataques genocidas contras las poblaciones locales respaldados por el imperialismo y el stalinismo.

- A partir del proceso chino (1949) y de Vietnam y Corea y el cubano (1959) surgen direcciones apoyadas en sectores no obreros –campesino en el caso chino, semi-proletarios del campo y clase media urbana en el caso cubano- y con el método de la guerrilla que se corresponden con el carácter de las revoluciones que se dan a lo largo de los años cincuenta y sesenta. Estos nuevos regímenes también son burocráticos y se someten a la conducción de Moscú. Pero aparecen como diferentes de la burocracia soviética por surgir, no como los sepultureros de la revolución, sino como los líderes de procesos revolucionarios triunfantes. Siguiendo el ejemplo chino y cubano, surgen en todo el mundo organizaciones que tienen como base social el campesinado, al que declaran el nuevo sujeto social de la revolución, y que utilizan el método de la guerra de guerrillas como su estrategia. El método foquista desarrollado por el Che Guevara es una variante de esto.

A partir de los años cincuenta la dirección china interviene en la resistencia a la contraofensiva contrarrevolucionaria imperialista en Corea y Vietnam y ambos países quedan divididos en estados obreros en su zona norte y estados capitalistas en el sur.

En el año 1956 se da la división entre las conducciones de China y la URSS.

Luego de su consolidación en el poder, tanto la dirección china como la cubana tendrán el rol contrarrevolucionario de frenar otros procesos revolucionarios antiimperialistas encabezados por direcciones guerrilleras prestigiadas en Asia, África y América Latina, impidiendo que surjan nuevos estados obreros.

En los estados obreros del este europeo comienza el proceso de revolución política -con un alzamiento popular en Berlín oriental en 1953 y en Hungría en 1956, en Checoeslovaquia en 1968, en Polonia entre los años sesenta y ochenta, etc.-, que da surgimiento a nuevas direcciones y organizaciones pero que son aplastadas en todos los casos por la contrarrevolución stalinista.

El trotskismo comenzó un lento proceso de reagrupamiento y recuperación a partir de los años cincuenta. Pero se divide rápidamente. Un ala que se auto proclama mayoritaria, por un lado, liderada por el dirigente griego Michel Pablo, claudica al stalinismo y a las direcciones burguesas y pequeño burguesas nacionalistas de los procesos en los países coloniales, en particular en la revolución argelina de comienzos de los años cincuenta y al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Victor Paz Estensoro en la revolución boliviana de 1952.

Por otro lado, las direcciones de los principales partidos nacionales – entre ellos el SWP de EE.UU., las secciones inglesa y francesa, y Palabra

Obrera de la Argentina- resisten ese curso oportunista, sin lograr conformar una alternativa centralizada.

Hubo un proceso en América Latina que pudo haber cambiado el curso de la historia de la revolución continental y mundial y de la IV Internacional: el trotskismo interviene con fuerza en la gran revolución obrera boliviana de 1952, pero la conducción pablista de su partido, el POR, claudica a la dirección del MNR y la revolución será finalmente derrotada. El POR comienza un largo proceso de decadencia y disgregación.

- Desde fines de los años sesenta se da un giro contrarrevolucionario de las direcciones nacionalistas-burguesas de los países coloniales. El caso más notorio es el acercamiento de la conducción nasserista egipcia al imperialismo yanqui e Israel. Dan un giro similar el PRI mexicano, el peronismo argentino, el MNR boliviano, etc.

Aparecen nuevas organizaciones guerrilleras nacionalistas burguesas o pequeñoburguesas (Al Fatah encabezando la Organización para la Liberación de Palestina - OLP) o castristas (FARC, Sandinistas, FMLN, etc.) que dirigen procesos revolucionarios.

Pero en todos los casos terminan capitulando al imperialismo y sus respectivas burguesías. La OLP pasa de combatir por la destrucción de Israel y la construcción de un estado laico democrático y no racista en todo el territorio palestino, a pactar a comienzos de los años noventa una salida acordada con el imperialismo de constitución de dos estados, uno judío y el otro árabe, en el mismo territorio de Palestina.

- Desde fines de los años sesenta y hasta los ochenta inclusive se da un ascenso obrero y popular con epicentros en EE.UU., Francia, Polonia, donde surge la gran organización Solidaridad, Brasil donde surge el PT y la nueva central sindical, la CUT, apoyada en los combativos gremios industriales, Sudáfrica donde se funda la central COSATU.

A partir de la participación en la lucha contra la guerra en Vietnam en los años sesenta y setenta, del Mayo Francés (1968), el ascenso en México, el Cordobazo en la Argentina, el ascenso obrero en Brasil, etc., se da un fortalecimiento del trotskismo, tanto de su ala Pablista, como de las direcciones que se le oponen, en Europa occidental, Estados Unidos y América Latina, pero que no supera la construcción de organizaciones de vanguardia de algunos miles de militantes.

Una gran debilidad de todas estas direcciones trotskistas es que no participan del proceso de revolución política que se desarrolla en los estados obreros burocratizados. Hay una excepción, que es la participación del SU revisionista en el proceso polaco liderado por Solidaridad. Sin embargo allí desarrolla una política de claudicación a la dirección de Solidaridad de Lech Walesa, al no alertar a los trabajadores de la inevitabilidad e inminencia del golpe de la cúpula militar-burocrática encabezada por el general Woicech Jaruzelsky y de la necesidad de prepararse para enfrentar y derrotar ese golpe, ganando a la base de las

fuerzas armadas para la toma del poder. (ver Apéndice II – Las posiciones del Trotskismo en Polonia según Nahuel Moreno)

En los años ochenta la dirección madelista claudicará a la conducción de Gorbachev. Por su parte, las direcciones que enfrentan al mandelismo – incluida la recién nacida LIT-CI liderada por Nahuel Moreno- no advertirán el curso directamente restauracionista de Gorbachev y Deng Xiao Ping. No entender este proceso, decisivo para la lucha de clases mundial, llevará al conjunto del trotskismo a una crisis y retroceso que dura hasta el día de hoy.

Al final de este período el sector trotskista nucleado en la LIT-CI inicia dos experiencias de gran importancia. Por un lado la construcción del viejo MAS en la Argentina, que fue una de las mayores organizaciones trotskistas construida hasta la fecha.

Por el otro lado en Brasil, con su organización, Cimientos (Alicerce) y, luego, Convergencia Socialista, participa en 1980 de la fundación de la que será la nueva organización política el PT y que impulsará el surgimiento de una nueva central sindical, la CUT.

- A partir de la restauración capitalista en los estados obreros y la caída del stalinismo a comienzos de los noventa, se da un debilitamiento de todas las conducciones burocráticas, que sin embargo siguen dirigiendo las grandes organizaciones de masas del movimiento obrero.

Se recicla el castrismo con el chavismo como alternativa nacionalista burguesa.

Surgen nuevas direcciones neo-reformistas (Syriza, Podemos, PSOL, etc.), en muchos casos a partir de rupturas del stalinismo y/o la socialdemocracia. Estas direcciones desnudan rápidamente su carácter contrarrevolucionario al llegar Syriza al poder en Grecia.

El trotskismo de conjunto a partir de fines de los años ochenta entra en un proceso de adaptación al régimen democrático burgués, lo que provoca degeneración oportunista, crisis y estallidos de sus organizaciones. El viejo MAS sucumbe a este proceso de adaptación al régimen burgués y estalla en diversos grupos menores.

Una nueva dirección de la LIT-CI, apoyada en las organizaciones brasileña y española centralmente, intenta enfrentar este proceso de adaptación al régimen burgués poniendo el centro de su construcción en el movimiento obrero industrial, junto con la defensa de los principios, la moral y el programa revolucionario. Está lucha tendrá resultados muy importantes no sólo en la supervivencia de la LIT-CI sino el desarrollo de una experiencia inédita en Brasil, con la fundación del PSTU y una central obrera y popular minoritaria pero de gran importancia, la CONLUTAS.

También aparece un desprendimiento de la LIT-CI a comienzos de la década de 1990, la Unión Internacional de los Trabajadores (UIT) basada en rupturas del MAS en la Argentina, del PSTU en Brasil y de la principal organización trotskista en Venezuela.

Estos diversos criterios y las periodizaciones que se derivan de ellos sirven para destacar distintos aspectos de la realidad de la época imperialista. Por otra parte, no existe tal cosa como una periodización “absoluta” y “definitiva”. Todo es relativo a lo que se tome como punto de referencia. Y siempre es necesario actualizar las periodizaciones en base al criterio científico marxista de que es el presente el que explica y da sentido al pasado. Porque en el presente se dan en forma desarrollada procesos que en períodos anteriores estaban en sus primeras manifestaciones.

Como resulta evidente, cruzando los distintos criterios de periodización es que podemos avanzar en precisar los rasgos de las distintas etapas de la época imperialista, en particular la actual.

LA GÉNESIS DE LA ACTUAL ETAPA

Para comprender mejor a dónde va el mundo con Trump debemos detenernos en un análisis más pormenorizado de los factores que dieron origen a la actual etapa mundial. Como hemos dicho, en su génesis el período actual está signado por dos procesos históricos altamente contradictorios entre sí:

- La gran etapa revolucionaria iniciada en la Segunda Guerra Mundial (1942, Stalingrado) y que llevó al surgimiento de 15 estados obreros y a la transformación de 70 ex colonias en estados formalmente independientes, se cerró en la década de 1980 con una grave derrota histórica: **la restauración capitalista en la URSS, China y todos los estados obreros.** La clase obrera pagó así con la pérdida de sus máximas conquistas, los estados obreros, el no haber podido superar la crisis de dirección revolucionaria.
- Pero, luego, a fines de los ochenta y comienzos de los noventa, **las movilizaciones de las masas que enfrentaron a la burocracia y derrocaron a la jefatura de Moscú abrieron una nueva etapa revolucionaria con un enorme triunfo mundial: desaparece el principal factor contrarrevolucionario, la conducción central del estalinismo, que durante 70 años fue una valla insuperable para la construcción de la dirección revolucionaria.**

Este período histórico que estamos viviendo está caracterizado por **la contradicción entre la grave derrota para las masas a nivel mundial que representa la pérdida de los estados obreros y el gran triunfo revolucionario que significó, posteriormente, la caída del aparato stalinista mundial con centro en Moscú**, destruyendo el principal enemigo contrarrevolucionario al interior del movimiento obrero y debilitando a todas las direcciones contrarrevolucionarias y aparatos burocráticos del movimiento obrero y de masas.

Fue la burocracia stalinista en alianza con el imperialismo la que restauró el capitalismo, no las masas

La restauración capitalista fue precedida durante décadas por la terrible dictadura stalinista en la URSS y de las burocracias de los demás estados obreros. Todos los estallidos de revolución política, es decir, de rebelión obrera y

popular contra la burocracia gobernante en los estados obreros (Berlín 1953, Hungría 1956, Checoslovaquia 1968, Polonia en los sesenta y setenta, China en los sesenta, entre otros) fueron aplastados por la represión soviética o de la burocracia china. Esto cristalizó regímenes burocráticos contrarrevolucionarios en los estados obreros completamente divorciados de los trabajadores y los sectores populares. La ausencia de democracia y la gestión burocrática, así como el encierro del proyecto de construcción “socialista” en las fronteras nacionales, minaron la economía planificada hasta paralizar el crecimiento.

El imperialismo lanzó una ofensiva contrarrevolucionaria económica permanente, combinada con la política de reacción democrática, especialmente a partir de los gobiernos de Reagan en EE.UU. y Thatcher en Gran Bretaña en los años ochenta. Esta ofensiva encontró a burocracias dispuestas a ser las ejecutoras de la restauración capitalista a cambio de un lugar como explotadores, en lo que jugaron un papel decisivo el equipo encabezado por Gorbachev en la URSS y el de Deng Xiaoping en China.

La restauración se operó en primer lugar desde las alturas, liquidando la planificación central de las economías y el monopolio estatal del comercio exterior y las finanzas.

En el caso de China esto comenzó con la instauración de zonas económicas especiales abiertas a las inversiones imperialistas desde fines de la década de 1970. En el caso de la URSS, aunque los planes de restauración se venían elaborando desde el breve gobierno de Andropov a partir del año 1978, se concretó con resoluciones del XXVI Congreso del PCUS en 1986 que terminaron de liquidar la planificación central de la economía y el monopolio estatal del comercio exterior y las finanzas.

A partir de allí las burocracias gobernantes aplicaron planes de cierre de fábricas y otras fuentes de trabajo estatales, generando millones de desocupados como ejército industrial de reserva, a la vez que atacaban las condiciones de vida de las masas. Todo a favor de crear las condiciones necesarias para el desarrollo de empresas capitalistas con altas ganancias, facilitando la invasión de inversiones de las multinacionales imperialistas.

Las masas con su resistencia a la restauración capitalista y el ajuste derrocan a la burocracia estalinista de la URSS y Europa del Este

En la mayoría de los estados obreros, pero en particular en China y la URSS, se produjeron desde fines de los ochenta fuertes movimientos de resistencia a estos planes de ajuste capitalistas aplicados por la burocracia. El pico de este movimiento en China fue en 1989 con el levantamiento de la Plaza Tienanmen en Pekín, que fue brutalmente aplastado por el ejército, consolidando a la dictadura burocrática del PCCH.

El primer gran levantamiento en el bloque liderado por la URSS se dio a través de las huelgas mineras y de otros sectores obreros en Rusia y Ucrania

principalmente que hicieron tambalear al gobierno de Gorbachev a lo largo de la década de los ochenta y comienzos de los noventa.

En 1989 en Alemania oriental se dio la inmensa movilización popular que llevó a la caída del muro que separaba en dos partes a la ciudad de Berlín, iniciando el proceso hacia la reunificación del país bajo la conducción de la burguesía imperialista.

Dos años más tarde las disputas entre sectores de la burocracia soviética por el control de la URSS llevaron a un intento de golpe de estado contra Gorbachev en agosto de 1991. El golpe sería derrotado por una movilización popular –sin participación de la clase obrera- encabezada por un agente imperialista, Boris Yeltsin. Este asumió el gobierno en lugar de Gorbachev. E inmediatamente se inició la disolución de la URSS y la independencia de las antiguas nacionalidades sometidas al Kremlin que se constituyeron en repúblicas, que pasarían a depender del imperialismo.

Es falso lo que sostienen los voceros del imperialismo de que las masas del este se movilizaron contra el socialismo y el retorno al capitalismo. En ninguno de estos procesos las masas movilizadas levantaron como su bandera la vuelta al capitalismo. Lo que enfrentaron con sus movilizaciones a fines de los ochenta y comienzos de los noventa fueron estados capitalistas en reconstrucción y las consecuencias nefastas de la restauración para sus condiciones y nivel de vida. Ante la ausencia de direcciones revolucionarias que pudieran orientar esas luchas a la derrota del proyecto restauracionista, el mismo se impuso bajo la conducción de los burócratas de los PC aliados al imperialismo.

Por primera vez desde 1917, a partir de estos hechos, desde la segunda mitad de la década de 1980 no existe en el mundo ningún estado obrero. Es decir, no existe ningún país del mundo donde la burguesía haya sido expropiada y las principales palancas de la economía estén estatizadas, incluyendo el comercio exterior y las finanzas, y la economía se dirija con un plan central. Todo el mundo es capitalista, es decir la economía mundial y todas las economías nacionales tienen como centro la ganancia de las empresas privadas. Y todo el mundo está sometido al dominio imperialista en forma directa.

Pero junto con ello, por primera vez en más de 90 años, **no existe ninguna dirección contrarrevolucionaria mundial centralizada, que actúe como freno de las movilizaciones obreras y populares desde su interior, tal como lo hacía el stalinismo.** Todas las direcciones de los organismos de masas a nivel mundial siguen siendo contrarrevolucionarias y sirvientes del imperialismo, pero todas son mucho más débiles de lo que era el stalinismo.

Estos factores, combinados con la relativa recuperación de la economía capitalista mundial en la década de 1990 y hasta mediados de la del 2000, permitieron al imperialismo convencer a amplios sectores de las masas y de la propia vanguardia de izquierda de que el “socialismo había desaparecido del horizonte previsible”. Y que el capitalismo imperialista entraba en una nueva época dorada de crecimiento.

La derrota militar de Estados Unidos en Irak y Afganistán a partir de mediados de la década del 2000 y el estallido de la crisis en 2007 terminaron con esa ilusión de crecimiento sin límites. Las revoluciones, incluyendo las guerras civiles, que se sucedieron en América Latina y medio oriente, así como las grandes movilizaciones populares en Europa Occidental y Estados Unidos y la crisis en Ucrania y Grecia, mostraban que las masas retomaban el camino de la lucha.

Sin embargo, persiste hasta el día de hoy la ausencia de una alternativa de dirección con peso en el movimiento obrero y popular de al menos algún país que proponga la toma del poder por los trabajadores y el socialismo como salida a la crisis.

La desaparición del stalinismo como aparato mundial contrarrevolucionario no ha significado automáticamente la superación de la crisis de dirección revolucionaria. Por el contrario las direcciones de izquierda siguen profundizando su curso de adaptación al régimen burgués cuando ya hace mucho que desaparecieron las condiciones que permitieron al imperialismo sostener su campaña del “fin del socialismo”.

Así la paradoja de que la izquierda profundiza su giro oportunista cuando más se agravan las condiciones de la crisis imperialista se ha convertido en uno de los rasgos distintivos y más llamativos de la actual etapa mundial.

Los rasgos generales de la lucha de clases en la actual etapa

Después de la restauración del capitalismo en los ex estados obreros y de la caída del stalinismo hemos vivido, entre comienzos de la década del noventa y mediados de la del 2000, momentos de euforia de la contrarrevolución por lo que consideraba el “fin del socialismo”. En esto se basa la ideología post-moderna del “fin de las ideologías”, “el fin de las grandes narrativas” y, en definitiva, del “fin de la historia”.

Pero luego, a partir de la derrota política y militar de EE.UU. en la guerra de Irak y Afganistán (2004-2005), combinado con una fuerte caída de la tasa de ganancia que lleva a la crisis mundial, la euforia de los apologistas del capitalismo desaparecería.

Se desarrolla un proceso de grave crisis en todos los órdenes del dominio imperialista que dura hasta el día de hoy y que tiene perspectivas de continuar y profundizarse todavía durante varios años. Con ello queda totalmente desacreditada también la ideología post-moderna que aseguraba que la democracia imperialista se había impuesto para siempre en todo el planeta.

La llegada al gobierno de Trump y el fortalecimiento de corrientes populistas de derecha en Europa que cuestionan la globalización y el liberalismo es un reflejo clarísimo de la crisis general de la dominación imperialista. Expresando al mismo tiempo la búsqueda de una salida en base a una dura ofensiva anti-obrera y anti-popular, disfrazada demagógicamente con políticas que logran arrastrar a los sectores más atrasados de la clase obrera y las clases medias.

Uno de los éxitos más importantes de la política imperialista de reacción democrática y contrarrevolución económica permanente en el nuevo período histórico, junto con la desaparición de los estados obreros, es la profundización del sometimiento de los países coloniales al imperialismo, a pesar de la fuerte resistencia de las masas coloniales. Esto se expresa tanto en el crecimiento del sometimiento financiero (deuda externa, control de la banca y el comercio exterior), la entrega de los recursos naturales (desde la producción de

alimentos hasta la extracción minera y energética) y la privatización a manos de multinacionales e inversores imperialistas de las principales empresas.

Tal como vimos en la experiencia del Chavismo, el Kirchnerismo, etc., el avance de las potencias sobre las principales palancas de la economía de los países semicoloniales ha limitado muchísimo la capacidad de las corrientes "nacionalistas burguesas" de resistir y obtener concesiones del imperialismo. Su nacionalismo se sitúa mucho más que en casos anteriores (Cárdenas, Nasser, Perón) en el terreno puramente retórico y de la propaganda.

Esto mismo hace a esas corrientes mucho más débiles y con menos perspectivas de mantener su influencia sobre las masas a largo plazo, comparado con las décadas que sobrevivió la influencia del PRI en México, el peronismo en la Argentina o el nacionalismo árabe en el medio oriente.

Volvemos sobre esto en un capítulo posterior.

Continúa la guerra civil mundial entre el imperialismo y las masas

El período histórico iniciado con la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa de 1917 está signado, al decir de Moreno, por una guerra civil entre el imperialismo y sus aliados por un lado y la clase obrera y las masas, larvada o abierta, a nivel mundial: "*Desde el triunfo de la Revolución Bolchevique la etapa histórica que vivimos es la de la guerra implacable del proletariado de los países adelantados, de las masas coloniales y los estados obreros contra el imperialismo. (…) Esta situación plantea, a nivel internacional, una etapa de guerra civil y poder dual entre los estados obreros y las masas proletarias de todo el mundo y el imperialismo. Esta guerra civil y poder dual son latentes a escala de cada país, ya que sólo salen a la luz en los momentos críticos, revolucionarios; pero a escala mundial existe desde 1917*". (La Dictadura Revolucionaria del Proletariado, Capítulo IX, punto 8)

En ese período histórico se dieron entre 1917 y 1975 revoluciones y guerras revolucionarias que conquistaron nuevos estados obreros o impidieron la destrucción de los estados obreros existentes (1917 Rusia, hasta 1923 en Europa occidental, resistencia a la ofensiva nazi entre 1939 y 1942, triunfo en Stalingrado en 1942 y nuevo ascenso, revoluciones en el este Europeo con nacimiento de 13 nuevos estados obreros, 1949 revolución China, años cincuenta guerra de Corea, 1959 revolución cubana, 1964-1975 guerra de Vietnam y unificación del país bajo el PCV).

Desde 1975 siguieron produciéndose numerosas revoluciones, insurrecciones y guerras civiles que derrocaron dictaduras y conquistaron libertades democráticas. Esto muestra que la guerra civil mundial entre el imperialismo y las masas siguió su curso. Todos estos procesos se han dado como respuesta a la profundización de la explotación, la desocupación y la miseria.

Pero a partir de 1975 ninguna de las revoluciones y guerras civiles del período ha culminado en la conquista de un nuevo estado obrero. A su vez, a partir de mediados de la década de 1980 se concreta la restauración capitalista en todos

los ex estados obreros. A partir de allí ya no hay doble poder institucionalizado. Se da un doble poder más débil, no institucional, entre las masas en lucha y el imperialismo.

Desde el punto de vista de la guerra civil mundial, abierta o larvada, de la que hablaba Moreno, en el período posterior a la restauración capitalista y la caída del estalinismo, que ya lleva tres décadas, **en términos objetivos estamos en una relación de fuerzas relativamente más desfavorable para el movimiento obrero y las masas y más favorable para la contrarrevolución y el imperialismo que en el período que existían los estados obreros. Esto, a pesar que, desde el punto de vista subjetivo, la caída del stalinismo significa un factor favorable.**

La actual etapa es revolucionaria

Esto no implica que la época histórica o la etapa actual hayan dejado de ser revolucionarias. Por el contrario, el inicio de la actual etapa está signada por la combinación de crisis y revolución que acabó con el stalinismo y en los últimos años se han dado numerosas revoluciones y guerras civiles, sucesos que dan carácter revolucionario a la etapa.

Pero todos los procesos revolucionarios y guerras civiles de este período han desembocado en salidas burguesas. En la mayoría de los casos con la pérdida de las conquistas democráticas, de relativa independencia nacional o de otro tipo obtenidas circunstancialmente por las masas en la revolución.

Aunque el punto de partida para esas revoluciones, tanto a nivel internacional como de cada país, es desde una relación de fuerzas objetivamente más desfavorable que en el período histórico anterior por la pérdida de los estados obreros, **la situación es *potencialmente* más favorable desde el punto de vista subjetivo, para la construcción de direcciones revolucionarias, por la desaparición del estalinismo y por el debilitamiento de todas las direcciones burocráticas**.

Esa potencialidad no se ha concretado en ninguno de los procesos revolucionarios que hemos visto en los últimos treinta años fundamentalmente por dos motivos: que el movimiento obrero industrial no ha sido el centro de ninguno de esos procesos –con la excepción del caso griego y el ucraniano- y que no hubo en ninguno de esos procesos una dirección capaz de aprovecharlos para dar el salto a construir un partido revolucionario con influencia de masas.

¿Cómo concretar esa potencialidad en la construcción real de la Internacional revolucionaria y sus partidos? Trataremos de aportar a la respuesta a ese gran interrogante en lo que sigue. En primer lugar profundizando en los rasgos de la actual etapa mundial. Y luego intentando formular algunas propuestas programáticas.

Revoluciones y grandes movilizaciones en la nueva etapa

En esta etapa se han dado revoluciones en cadena en América Latina en la primera mitad de la década del 2000 (Venezuela, Bolivia, Ecuador, Argentina); la

llamada Primavera Árabe luego de la derrota militar imperialista en Irak desde el 2005; en Grecia se da un proceso de decenas de huelgas generales en lo que va de esta década; así como grandes movilizaciones populares en Estados Unidos, España, Francia, Turquía, Brasil, etc.

Sin embargo, estos procesos se han visto desviados y encauzados hacia salidas por dentro del régimen democrático burgués o derrotados por vía militar. Ello se debe a tres factores fundamentales: (1) con la excepción de Grecia, la clase obrera no fue el centro de esos procesos, (2) esas revoluciones y movilizaciones no tuvieron dirección revolucionaria y, en cambio, (3) los procesos fueron dirigidos o cooptados en los países coloniales por conducciones nacionalistas burguesas (chavismo, kirchnerismo, corrientes islámicas, etc.) u obreras traidoras (PT, CUT en Brasil) que contaron con el apoyo de burocracias que siguen dirigiendo las centrales sindicales y los principales organismos de los trabajadores.

En los países imperialistas las grandes movilizaciones populares son conducidas por direcciones pequeño-burguesas de tendencia anarquista o reformistas. Y los pocos procesos huelguísticos y de movilización obrera han sido conducidos por las burocracias de las centrales sindicales tradicionales.

Se han producido procesos de ruptura de millones de activistas con todas las viejas y nuevas conducciones traidoras en todo el mundo. Pero mayormente estas rupturas han sido desviadas a nuevos proyectos neo-reformistas (Syriza, Podemos, PSOL), a viejas conducciones recicladas como el peronismo (kirchnerismo) o el PT en Brasil o a viejas y nuevas conducciones islámicas y en la mayoría de los ex estados obreros a nuevas variantes burguesas de derecha o neo-estalinistas, conducidas en muchos casos por ex jerarcas burocráticos.

Los procesos revolucionarios que se dan actualmente son populares-urbanos, juveniles y con la clase obrera disuelta en la población y tienden a volverse insurreccionales, a diferencia del período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial donde hubo gran cantidad de procesos campesinos en los países coloniales. La juventud de clase media y obrera cumple hoy un gran papel en todos los procesos

Este carácter popular-urbano, juvenil y con la clase obrera disuelta en las masas de los procesos revolucionarios determina que el principal método de lucha ha sido la movilización masiva urbana combinada con las huelgas. Y en muchos casos la lucha se ha elevado a la insurrección contra las fuerzas represivas, aunque de carácter inconsciente, es decir, sin una dirección que oriente la insurrección hacia la toma del poder por las masas.

Una vez más debemos subrayar que desde comienzos de los noventa y en los últimos 25 años el proletariado industrial no ha sido el protagonista central de ningún proceso revolucionario de gran impacto mundial, con la excepción de Grecia. Por el contrario, la clase obrera, especialmente sectores jóvenes de ella, han actuado en la inmensa mayoría de los procesos revolucionarios disueltos en

los sectores populares. Aunque en algunos casos hubo y sigue habiendo algunas acciones importantes de la clase obrera (Grecia, Egipto, Túnez, Brasil, Argentina, Bolivia, España, Francia, China, Ucrania).

Un ejemplo de esto son los paros nacionales que se han dado con importante éxito en el comienzo de 2017 en Argentina y Brasil.

En varios casos los procesos de crisis y revolución han derivado en guerra civil (Irak, Libia, Siria, Yemen, Kurdistán, Sudán, Ucrania), con fuerte intervención de potencias imperialistas (fundamentalmente EE.UU. e Inglaterra) y regionales (Arabia Saudita, Rusia, China).

En estas guerras civiles ha habido algunos importantes triunfos democráticos, como la derrota del régimen de Kadafi en Libia o el surgimiento del nuevo estado kurdo en el norte de Irak. Pero en la mayoría de los casos la guerra civil se hace morosa y sin salida, cuyos máximos ejemplos son Siria, Yemen y Libia.

Un elemento de confusión agregada en estas guerras civiles es el rol de corrientes islámicas contrarrevolucionarias. Por un lado está el papel de Hezbollah, que responde a los Ayatolas de Irán, y que junto con las fuerzas armadas rusas son las dos fuerzas principales que sostienen la dictadura de Assad en Siria.

Por el otro lado están las fuerzas de Isis y los remanentes de Al Qaeda, que actúan tanto en la guerra civil Siria como la de Libia, ocupando territorios y enfrentando a las otras fuerzas en juego, en particular a las que responden a las distintas potencias imperialistas, en particular Estados Unidos y Francia. En todos los casos las intervenciones de estas fuerzas van en contra de los sectores más progresivos. Por ejemplo, en Siria atacaron sistemáticamente a las fuerzas progresivas que enfrentaban a la dictadura de Assad.

Como señalaremos más adelante ninguna de estas corrientes islámicas, ni Hezbollah, ni Isis, ni Al Qaeda, cumplen en ningún caso un rol progresivo. Sostienen dictaduras existentes como la de Assad. O proponen imponer una nueva dictadura islámica, más retrógrada que las existentes.

Pero su retórica antiimperialista confunde a miles de jóvenes que se enrolan en sus filas para combatir supuestamente a las potencias.

La intervención imperialista en estos procesos, tanto de guerra civil como insurreccionales, ha tenido rasgos cambiantes. En Egipto especialmente, pero también en Siria y Libia, el imperialismo comenzó sosteniendo contra la insurrección de las masas a los dictadores (Mubarak, Assad, Kadafi) que le garantizaron durante décadas el apoyo al statu quo con Israel en medio oriente. Luego, al ver que el curso de la lucha de clases se volcaba contra estos, se orientó a controlar a las conducciones de las masas que buscaban derrocar a las dictaduras. Siempre con el objetivo de orientar los procesos a una salida dentro de los marcos del capitalismo y, en particular, que no cuestione la existencia del

estado de Israel y garantice el principal negocio de las multinacionales: la explotación del petróleo.

La inmensa mayoría de las corrientes de izquierda, incluyendo las organizaciones trotskistas, han caído en la postura de defender a varias de estas dictaduras y oponerse a las acciones de las masas contra las mismas a partir de la postura del imperialismo. Por ejemplo en el caso de Libia han llegado a sostener que Kadafi era enemigo del imperialismo y que las milicias que lo enfrentaron, derrocaron y finalmente lincharon eran las tropas en tierra del imperialismo. Nada más alejado de la realidad: hacía décadas que Kadafi había abandonado toda pretensión de enfrentamiento con el imperialismo y por el contrario se había convertido en el garante de los negocios de las petroleras en Libia, en particular a través de una estrecha relación con Italia.

Las crisis y guerras civiles, especialmente en los países árabes y africanos, han derivado en el fenómeno masivo de los refugiados que huyen fundamentalmente a Turquía y a Europa occidental.

Estas migraciones masivas –en las que mueren miles por la política criminal de los gobiernos capitalistas de tratar de cerrar las puertas a los refugiados- se han convertido en un factor de crisis al interior de los principales países imperialistas. Ante la ausencia de una respuesta alternativa desde el movimiento obrero y popular en esos países, tanto a los problemas internos de desempleo masivo y avance de la pobreza, a los ataques terroristas de organizaciones islámicas como al problema de los refugiados, se fortalecen alternativas de ultra derecha, xenófobas.

La movilización de las mujeres

Un fenómeno de gran importancia es que vuelven a aparecer por primera vez en décadas grandes movilizaciones de mujeres contra la opresión y el machismo. Con la creciente descomposición de la sociedad en el marco de la crisis, aumentan los casos de violencia contra mujeres.

En Estados Unidos vimos masivas movilizaciones de mujeres ya al día siguiente de la asunción de Trump a la presidencia.

En la Argentina se está desarrollando un proceso altamente progresivo, con convocatorias tales como el Encuentro Nacional de Mujeres que se realiza cada año y las marchas muy masivas convocadas bajo el lema de “Ni Una Menos”.

Los movimientos feministas llevan estas acciones a la vía muerta de las reivindicaciones puramente democráticas, de los derechos de las mujeres dentro del régimen democrático burgués. Los hechos demuestran hasta el hartazgo que ni siquiera las reivindicaciones más básicas, como el respeto a la vida y la integridad física de las mujeres y el fin de la violencia machista, pueden conquistarse bajo la democracia burguesa en esta época de descomposición del capitalismo. Esto confirma la necesidad objetiva de unir las reivindicaciones de las mujeres a la lucha general de la clase obrera por el socialismo.

El agotamiento del fenómeno guerrillero

Otro cambio fundamental de esta etapa mundial en relación al período anterior es la desaparición del fenómeno guerrillero como máxima expresión de las revoluciones protagonizadas por sectores campesinos y populares. Hoy no existe nada parecido a la guerrilla castrista apoyada en el gran triunfo revolucionario en Cuba, que se extendió a Colombia durante cincuenta años en la guerra civil, a Centroamérica con el proceso de los años setenta que culminó en la revolución Nicaragüense; o el fenómeno de la OLP y sus organizaciones guerrilleras que dominaron la escena en medio oriente desde los años sesenta hasta los ochenta o los procesos que se dieron en África (Congo, Angola, etc.) en el mismo período.

El acuerdo del régimen cubano de los Castro con el gobierno de Obama, mediado nada menos que por el Papa Francisco, y los esfuerzos por alcanzar acuerdos de Paz de las FARC con el gobierno de Santos en Colombia son los últimos estertores agónicos de este fenómeno en desaparición.

En esta desaparición del fenómeno guerrillero inciden fundamentalmente el gran aumento del peso de la población urbana y la disminución del campesinado en los países, atrasados, el cambio consiguiente en el carácter de los procesos revolucionarios en los países coloniales, que se han hecho esencialmente urbanos, la desaparición o retroceso cualitativo de los fenómenos nacionalistas burgueses del período anterior (nacionalismo árabe, latinoamericano, africano, etc.) y la desaparición del estalinismo que controló a muchas de las direcciones guerrilleras o incidió en su curso (por ejemplo impidiendo que el triunfo de la revolución en Nicaragua llevara a la expropiación de la burguesía).

“El terrorismo islámico”

El “terrorismo islámico” actual no tiene nada que ver con el fenómeno guerrillero del período anterior. Tampoco tiene nada de progresivo en su naturaleza, como ya hemos señalado. Ante el fracaso del nacionalismo burgués como dirección antiimperialista en los países árabes e islámicos y ante la decadencia y caída del estalinismo, se fortalecieron en la región direcciones islámicas contrarrevolucionarias, empezando por la de los curas chiitas en Irán (1980) y fuerzas rivales de estos como la Hermandad Musulmana en Egipto y el norte de África o el actual partido gobernante en Turquía o distintas corrientes sostenidas por el gobierno o por sectores burgueses de Arabia Saudita.

En todos los casos estas fuerzas coinciden en defender un régimen totalitario, basado en la religión musulmana y su régimen legal, la Shariá, profundamente anti-obrero, opresor de las mujeres y de todas las minorías.

El surgimiento de regímenes o al menos gobiernos de inclinación islámica (Irán, Turquía, Egipto, etc.) dio impulso a fuerzas que combinan la organización popular a través de las mezquitas con acciones de tipo guerrilleras o el uso del terror apoyadas por esos gobiernos: Hezbollah en Líbano impulsado por Irán, Hamas en

Gaza apoyado inicialmente por Turquía, la guerrilla chiita en Irak promovida por Irán contra la ocupación yanqui y sectores de la burguesía chiita iraquí, Al Qaeda e ISIS promovidas por sectores de la burguesía saudita.

Como dijimos, estas fuerzas de conjunto son contrarrevolucionarias porque proponen y defienden un régimen islámico aún más retrógrado y opresivo para las masas que la democracia burguesa dominada por el imperialismo.

Contradictoriamente, Hezbollah y Hamas –aún siendo direcciones contrarrevolucionarias- han cumplido roles relativamente progresivos en la resistencia a las invasiones de Israel al Líbano y Gaza. Lo mismo podemos decir de la guerrilla chiita en Irak en la resistencia a la ocupación estadounidense posterior a la caída de Sadam Hussein. Pero su programa de construcción de regímenes islámicos y su ligazón a fuerzas burguesas llevan a estas mismas corrientes a actuar contra las mismas masas a las que dirigen.

Hezbollah defiende al sanguinario dictador Assad en Siria, Hamas reprime las manifestaciones pro-democráticas en Gaza, las fuerzas chiitas iraquíes ligadas a Irán que fueron claves en la expulsión del ejército yanqui de Irak hoy sostienen al gobierno impuesto por EE.UU. cumpliendo con las órdenes del gobierno de Teherán.

Subrayamos que esta contradicción de direcciones contrarrevolucionarias que en la lucha de clases se ven obligadas a cumplir roles progresivos frente a la agresión imperialista no es nada nuevo. Por ejemplo, en la Segunda Guerra Mundial el stalinismo encabezó la derrota del nazismo y la transformación de las naciones del este europeo en estados obreros, manteniendo su estrecha alianza contrarrevolucionaria con EE.UU. y sus aliados. El sandinismo encabezó la revolución contra Somoza en Nicaragua pero reconstruyó rápidamente el régimen semi-colonial sometido al imperialismo y fue clave en la derrota del proceso revolucionario en todo América Central.

Al Qaeda e ISIS intentan disfrazar su naturaleza contrarrevolucionaria con su enfrentamiento con el imperialismo y así ganan adeptos entre la juventud del medio oriente e incluso de los países imperialistas. Pero sirven a los intereses de los sectores más contrarrevolucionarios de la burguesía saudita y árabe en general y, especialmente en el caso de ISIS, defienden un régimen de barbarie similar al nazismo. Y con ello y con sus atentados contra los pueblos de países imperialistas (Torres Gemelas en EE.UU., Charlie Hebdo y Niza en Francia, etc.) facilitan la propaganda imperialista de defensa de los regímenes democráticos capitalistas.

ISIS en Siria e Irak enfrenta a las fuerzas progresivas que intentan derrocar a Assad y a los Kurdos que buscan su independencia.

Apoyamos todos los procesos genuinos de resistencia de las masas del medio oriente y el norte de África contra los ataques del imperialismo y las burguesías, incluso en unidad de acción con estas direcciones islámicas donde se dan las condiciones para ello. Pero siempre impulsando la política y la organización

independiente de las masas en la perspectiva de imponer una salida revolucionaria en contra de las fuerzas islámicas. Y sin dejar de denunciar el carácter contrarrevolucionario de todas las alternativas islámicas.

El chavismo y todo el nacionalismo burgués en caída libre

Gran parte del texto de este capítulo apareció como artículo en la edición de diciembre de 2015 de la revista Correo Internacional, publicación de la LIT-CI. Se le han hecho algunas correcciones, agregados y actualizaciones.

El chavismo, hoy encabezado por Nicolás Maduro, vive su decadencia –y la transformación cada vez mayor de su régimen en una dictadura anti-obrera y anti-popular- a la par de una amplia diversidad de movimientos, partidos y corrientes que, desde los gobiernos de sus respectivos países del mundo colonial, se presentaron como alternativas al "capitalismo neoliberal".

Pero el caso de Venezuela se destaca porque, junto a la conducción castrista cubana, Chávez se convirtió, con su retórica anti-imperialista y sus alusiones al "Socialismo del Siglo XXI", incluyendo su supuesta adhesión a las ideas marxistas y nada menos que a las de León Trotsky, en una referencia mundial para las vanguardias luchadoras por más de una década.

Tanto es así que, en su descomposición total cuando, enfrentando la resistencia de las masas venezolanas al agravamiento de sus terribles condiciones de vida, Maduro recurre a una durísima represión con decenas de manifestantes asesinados por la represión y a medidas cada vez más totalitarias que liquidan los pocos resquicios democráticos que quedan, aún hay numerosas corrientes populistas y de izquierda e intelectuales ligados a ellas que defienden al gobierno chavista. El argumento es que el gobierno chavista está enfrentando un ataque del imperialismo que tiene como punto de lanza al MUD (Movimiento de Unidad Democrático) de derecha. Y no son pocos los partidos de izquierda e incluso trotskistas que vacilan ante esta argumentación.

La retórica antiimperialista en contra de Trump -al que en un principio alabó- y la brutal represión contra el pueblo, incluyendo el asesinato de más de un centenar de luchadores populares, junto con el reemplazo del parlamento por una

“Asamblea Constituyente” totalmente fraudulenta y digitada desde el gobierno y el encarcelamiento de líderes del MUD y miles de activistas, son parte de los esfuerzos desesperados de Maduro por aferrarse al poder.

El ataque del imperialismo existió en el pasado y existe hoy y el MUD es la punta de lanza del mismo en el país, apoyado en la mayoría de la burguesía venezolana. Pero el principal problema que enfrentan hoy directamente las masas venezolanas es la miseria y la explotación crecientes y el giro totalitario, anti-democrático que les impone el gobierno de Maduro, apoyado en la oficialidad del ejército y el sector de los capitalistas, la llamada "boli-burguesía", directamente ligados al mismo. La represión asesina de Maduro va dirigida a aplastar la resistencia obrera y popular, defendiendo, junto con gobierno, las ganancias de sus amigos capitalistas y los privilegios de los funcionarios del estado y los oficiales de las fuerzas armadas.

El imperialismo y su representante en el país, el MUD, buscan aprovecharse de ese enfrentamiento del gobierno con las masas para derrocarlo y recuperar el poder para los agentes directos de Estados Unidos. El responsable de que estos enemigos del pueblo venezolano y de todos los pueblos puedan hacerlo es de Maduro y sus aliados que imponen las actuales condiciones de miseria y represión a las masas.

La defensa que hacen de Maduro los movimientos populistas y las vacilaciones de la izquierda, se emparientan muy directamente con las posturas que hemos visto de estos mismos sectores de apoyo a dictadores sangrientos como al-Assad de Siria o Kadafi de Libia, con el argumento de que enfrentaron ataques del imperialismo, en vez de reconocer que se enfrentaron a una legítima insurgencia de los pueblos contra su opresión totalitaria. Y que el imperialismo y sus agentes solo logran actuar y avanzar en sus pretensiones ante la falta de direcciones capaces de encabezar a las masas para dar una salida a la crisis a favor de la clase obrera y el pueblo.

Las posturas de los distintos sectores populistas y de izquierda que siguen defendiendo al gobierno de Maduro tienen en común que no entienden la naturaleza burguesa de gobiernos como este y las contradicciones a las que están sometidos los estados de los países capitalistas semi-coloniales. Contradicciones que son las que explican por qué un gobierno como el del chavismo puede pasar de apoyarse en las masas de su país, haciéndoles concesiones, a enfrentar y reprimir duramente a esas mismas masas.

Para entender esas contradicciones es necesario recurrir a la teoría marxista sobre los estados sometidos al imperialismo.

Condiciones especiales de poder estatal: Bonapartismo sui géneris de derecha e izquierda

Los gobiernos de países atrasados dominados por el imperialismo, se apoyan en estados con características particulares que León Trotsky definía al referirse al régimen liderado por el general Lázaro Cárdenas en México en la década de 1930:

En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales de poder estatal. El estado oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al estado un carácter bonapartista sui generis, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros. (L.Trotsky, La industria nacionalizada y la administración obrera, 12 de mayo de 1939).

Una aclaración necesaria. Este texto de Trotsky fue traducido originalmente del inglés. En inglés se usa la palabra "government", gobierno literalmente, para referirse generalmente al estado con todas sus instituciones y en cambio se utiliza la palabra "administration", administración, para lo que llamamos habitualmente gobierno en español, es decir, la dirección, la institución (presidencia, gabinete de ministros), que dirige el estado. De esto deducimos que cuando Trotsky habla de bonapartismo sui generis se está refiriendo al carácter del estado con todas sus instituciones y no simplemente al gobierno.

En otro escrito, de 1938, Trotsky explicaba que un rasgo importante de estos estados de los países atrasados es que "*aprovechan los antagonismos entre los distintos países y grupos de países imperialistas para defenderse*".

Apoyándose en estos desarrollos de Trotsky y escritos de Nahuel Moreno, Alejandro Iturbe, editor de la revista Correo Internacional, órgano oficial de la liga Internacional de los Trabajadores (LIT-CI) escribió en 2004 un trabajo, "*Pasado y presente del nacionalismo burgués*", en el que dice que los gobiernos bonapartistas sui géneris de izquierda "*tomaron algunas medidas antiimperialistas pero nunca sobrepasaron los límites del sistema capitalista ni del Estado burgués. El gobierno de Cárdenas expropió y estatizó el petróleo en 1938. Trotsky expresa que esa medida era 'el único medio efectivo de salvaguardar la independencia nacional y las condiciones más elementales de la democracia (…) No es socialista ni comunista: es una medida de defensa nacional altamente progresista'. El peronismo [en los años cuarenta] por su parte estatizó ramas muy importantes de la producción: petróleo, energía eléctrica, ferrocarriles, telecomunicaciones, etc. Trotsky llamó a este proceso "capitalismo de estado". El propio Perón reconocía claramente su carácter burgués. Pero, precisamente, al no superar los límites del capitalismo, el imperialismo y sus aliados nacionales mantuvieron intactas, en gran medida, sus bases económicas, para después avanzar y dominar el país. Por ejemplo, el peronismo no tocó una hectárea de la riquísima oligarquía agro-*

ganadera argentina e impulsó el desarrollo de una fuerte burguesía industrial que, finalmente, se aliaron a los yanquis para derrocar a Perón, en 1955”.

Ejemplo de gobiernos de países atrasados que actúan como instrumento del capital extranjero –lo que llamamos “bonapartismo sui generis de derecha”- son las terribles dictaduras militarizadas que gobiernan Arabia Saudita y los países del Golfo, totalmente en manos de las compañías petroleras.

Los gobiernos de Chávez-Maduro, Evo, Correa, los Kirchner, encuadran o encuadraron en la variante del “bonapartismo sui generis de izquierda”, que se apoya en el movimiento obrero y popular, haciéndole más o menos concesiones, para ganar cierto espacio frente al imperialismo y beneficiar a los sectores empresarios locales aliados al poder.

Casi todos ellos, en el marco de la crisis mundial actual que no deja de profundizarse y que se traslada al interior de todos los países, han recurrido igual que Maduro a medidas que profundizaron la miseria y la explotación de los trabajadores y los pueblos para defender las ganancias de sus aliados empresarios y han enfrentado movilizaciones masivas de resistencia y de protesta.

En los países de Medio Oriente, este proceso se vio cruzado por los grandes levantamientos populares que se han dado a partir de la derrota y retirada militar del imperialismo de Irak, incluyendo los procesos insurreccionales que hemos visto en Egipto y Túnez y las guerras civiles en Libia, Siria y Yemen. En todos los casos, esos levantamientos han enfrentado gobiernos como los de Mubarak, Assad, Kadafi y otros que se decían herederos del viejo nacionalismo árabe, pero que hacía décadas se habían reconvertido en agentes (más o menos directos) del imperialismo.

En el caso específico de Maduro estamos viendo una transformación que ya hemos visto en el caso del gobierno de Cristina Kirchner en la Argentina y el de Dilma Roussef en Brasil. En la Argentina, ante el avance de la crisis el gobierno de Cristina comenzó en 2011 a aplicar un plan de ajuste, liquidando numerosas conquistas de las masas. Esto llevó a que en diciembre de 2015 las masas "castigaran" al kirchnerismo con el voto por la derecha, encabezada por Mauricio Macri. En Brasil el desprestigio del gobierno del PT y Dilma por las medidas de ajuste y la enorme corrupción facilitó a la burguesía su destitución a través del juicio político por el Parlamento y su reemplazo por el no menos corrupto Temer.

Una gran diferencia de Maduro con ellos es que para aferrarse al poder, se apoya directamente en la represión, anulando las elecciones parlamentarias y demás mecanismos de la democracia burguesa, con una asamblea constituyente totalmente amañada, y transformando cada vez más al régimen en una dictadura, con un creciente parecido a los de al-Assad y Kadafi o al de sus socios cubanos.

Como veremos, estos giros y cambios en gobiernos nacionalistas burgueses de izquierda a derecha, lejos de ser una novedad, han sido la regla en las últimas décadas.

Los cambios en el nacionalismo burgués a lo largo de la época imperialista

Lo que sigue no intenta ser, ni mucho menos, una historia general del nacionalismo burgués, sino el aporte de algunas ideas y ejemplos acerca de los cambios que se fueron produciendo a lo largo de la época imperialista y que fueron transformando este fenómeno.

El proceso de disputa de la hegemonía mundial y los mercados por las potencias imperialistas, a partir de la década de 1880, culminará en el siglo XX con la Primera y Segunda Guerras Mundiales. En el marco de esta disputa sangrienta de la hegemonía imperialista, en el lapso de alrededor de 40 años se produce el proceso revolucionario mundial que dará nacimiento a la Unión Soviética, hacia el fin de la Primera Guerra Mundial, y luego a 15 estados obreros más, incluyendo a China, luego de la Segunda Guerra Mundial. Junto con ello logran la independencia formal 70 colonias.

Como parte de la crisis provocada por la disputa de las hegemonías por las potencias capitalistas y este proceso revolucionario mundial contra el imperialismo capitalista, en las colonias y países semicoloniales dominados por Europa, Japón y el imperio otomano, se producen grandes movimientos por la independencia. Como resultado de ello, *"hoy casi no queda ninguna colonia, porque los pueblos de setenta países conquistaron su independencia política. De estos triunfos revolucionarios anticolonialistas surgieron cuarenta y tres nuevas naciones en África, trece en el Caribe y muchas más en Asia"*, como decía el "Manifiesto de la LIT-CI", en 1985.

La revolución en el antiguo imperio zarista ruso canalizará por la vía de la constitución de la URSS el impulso antiimperialista de las colonias europeas y asiáticas del zar. Aunque el Estado soviético burocratizado bajo Stalin y sus sucesores volvería a imponer un yugo a esas nacionalidades oprimidas. Pero bajo el manto de la independencia formal de los nuevos países, el imperialismo mantendrá su dominio a través del control de los principales recursos naturales y las palancas centrales de sus economías, y por medio de pactos diplomáticos, militares y económicos. Es frente a ese sometimiento que sectores capitalistas nativos dan nacimiento a movimientos y gobiernos que, bajo la bandera del "nacionalismo", buscan ganar espacio para las burguesías locales. Veamos algunos ejemplos significativos.

América Latina

El crack financiero mundial de 1929 y la crisis que se extiende a lo largo de la década de 1930 inauguran un nuevo período para América Latina. El historiador Felipe Piña, en un artículo titulado "América Latina entre la Crisis del 30 y los populismos" aporta algunas descripciones acertadas:

La crisis mundial iniciada en 1929 golpeó duramente a las economías latinoamericanas. Gran Bretaña y los EEUU transfirieron los efectos de la crisis a los países que se encontraban bajo su influencia, bajando los precios de las materias primas, repatriando inversiones y colocando trabas a las exportaciones

latinoamericanas. Las consecuencias de estas políticas fueron el desempleo y la miseria. Ante la falta de divisas comenzó a desarrollarse la industria liviana, para reemplazar las importaciones que ya no podían adquirirse. El Estado, controlado por las elites conservadoras, intervino en la economía y subvencionó las actividades de los sectores dominantes. Esta intervención no se dio en el terreno social, donde las mayorías populares quedaron libradas a su suerte. La baja de los precios agropecuarios llevó a la ruina a millones de campesinos que comenzaron a migrar hacia las ciudades en busca de trabajo en las nuevas industrias. Este proceso provocó grandes cambios en la composición del movimiento obrero latinoamericano durante toda la década del ’30.[1]

[1] http://www.elhistoriador.com.ar/articulos/america_latina/america_latina_entre_crisis_30_y_populismos.php)

Esto se da simultáneamente con el debilitamiento y la retirada del imperialismo británico y una disputa de la región entre la Alemania nazi y Estados Unidos. En los años treinta, surgen gobiernos como el de Lázaro Cárdenas en México, y en los cuarenta el de Juan Domingo Perón en Argentina, que tienen fuertes roces con las antiguas oligarquías y los partidos que las representan, y se apoyan en las nuevas masas de campesinos reconvertidos en obreros industriales, generando nuevas corrientes populistas y organizaciones sindicales fuertemente controladas por el Estado burgués.

En algunos de estos gobiernos y corrientes, en particular en el régimen militar del que surgió Perón, fueron evidentes los intentos de sectores burgueses por utilizar el enfrentamiento del fascismo italiano y el nazismo alemán con las potencias “democráticas” para resistir la entrada del imperialismo yanqui.

En 1952, se produce en Bolivia una gran revolución obrera contra los “barones del estaño”. Nace la Central Obrera Boliviana (COB), con eje en los trabajadores mineros, fuertemente influidos por el trotskismo. Pero el gobierno queda en manos del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), liderado por Víctor Paz Estenssoro, que impone al frente de la COB a un dirigente afín al MNR (Juan Lechín) e impide que el movimiento avance hasta la expropiación general de la burguesía y la imposición de un nuevo Estado obrero.

Todos estos gobiernos tienen las características del bonapartismo sui-géneris de izquierda. Más tarde, serán desplazados del poder por las fuerzas burguesas pro-imperialistas a las que no habían expropiado y que nunca combatieron consecuentemente. Pero, de estas corrientes nacionalistas quedará una tradición de resistencia o al menos roces con el imperialismo, de importantes conquistas sociales para las masas y organizaciones sindicales poderosas fuertemente atadas al Estado burgués que aún perduran (con fuertes crisis y transformaciones)

hasta el día de hoy, dominadas, como siempre, por burocracias corruptas y traidoras.

Asia

Hay tres procesos dominantes en Asia continental que corresponden a los tres países más grandes y poblados: las nacionalidades oprimidas por Rusia, China y la India.

En la India, luego de siglos de dominación de las potencias europeas, la Segunda Guerra Mundial, con la retirada del imperialismo británico, permitirá llegar al poder al Partido del Congreso liderado por Mahatma Gandhi. Pero la acción del imperialismo y las rivalidades interburguesas impondrán la partición del país entre la India y Paquistán.

Nos interesa referirnos particularmente al proceso en China. En "Las revoluciones China e Indochina" (1967) Nahuel Moreno explica:

"En el año 1911, al caer el último emperador, se inicia en China la revolución burguesa. La podrida clase de los compradores [comerciantes dedicados a la importación de productos imperialistas] y la raquítica burguesía nacional van a ser incapaces de resolver las tareas históricas planteadas: la independencia nacional y la revolución agraria. Por el contrario, su impotencia se va a manifestar en un retroceso: China queda de hecho dividida en regiones controladas por señores de la guerra, que se apoyan en distintos imperialismos. Es así como la revolución de 1911, en lugar de solucionar los dos grandes problemas históricos planteados agrega otro más: conseguir la unidad nacional".

Como resultado de esta revolución nace en 1912 en Cantón el Kuomingtang (Partido Nacionalista Chino), apoyado en la burguesía industrial de las regiones costeras y que forma un poderoso ejército intentando unificar el país.

La oleada revolucionaria mundial que llevó a los bolcheviques al poder en 1917 llega a China a mediados de los años veinte. En un proceso de ascenso revolucionario obrero en las ciudades y de rebeliones campesinas, surge el Partido Comunista Chino. En el año 1925, estalla la revolución obrera y campesina en todo el país. Stalin, que había ganado la conducción del Estado soviético y la III Internacional, ordena al PCCh entrar al Kuomingtang y someterse a las órdenes de su conducción, el general Chiang Kai Shek. Esto permite que la conducción burguesa aplaste el alzamiento obrero y campesino y prácticamente destruya al PCCh en las grandes ciudades.

En 1931, Japón ocupa militarmente Manchuria y avanza sobre las regiones costeras de China. Las tropas del Kuomingtang son derrotadas y retroceden al interior del país. Durante la ocupación japonesa (durará 18 años), el Kuomingtang, confinado al interior agrario, cambia su base social, convirtiéndose en el partido de los terratenientes chinos. Mientras tanto, se dan sucesivas oleadas de levantamientos campesinos que reclaman la tierra, buscan la expulsión de los japoneses y enfrentan, al mismo tiempo, al Kuomingtang, adoptando el método de la guerra de guerrillas.

El PCCh había sido reconstruido por una nueva dirección (Mao Zedong) y se había retirado a la región agraria de Jiangxi, donde logró ganar la dirección de la guerrilla campesina e incluso llega a fundar allí una República Soviética. Pero fue derrotado por tropas del Kuomingtang y debió escapar hacia el norte en 1934.

Diez años más tarde, el imperialismo japonés se vio fuertemente debilitado con su derrota en la Segunda Guerra Mundial. Esto permitió que se reactivara el movimiento campesino y popular bajo la conducción del PCCh, que llega al triunfo, expulsa a los japoneses y derrota a las tropas del Kuomingtang en 1949. Es decir, hizo exactamente lo opuesto de lo que el estalinismo había ordenado en la revolución de 1925.

Este proceso revolucionario se extendió a la región de Indochina (Vietnam, Camboya y Laos) y también a Corea donde, en los siguientes años, guerrillas campesinas y populares lideradas por los PCs se enfrentaron al imperialismo europeo y norteamericano. La culminación de este proceso fue la derrota y expulsión de las tropas estadounidenses de Vietnam, en 1975.

El nacionalismo burgués árabe e islámico

El inicio del nacionalismo árabe e islámico es el levantamiento de los pueblos de la región contra el imperio otomano en crisis, a comienzos del siglo XX. Proceso en el que intervienen las tropas y las empresas petroleras de Francia e Inglaterra fomentando la rebelión árabe en acuerdo con distintos reyes y jeques. Luego de la Primera Guerra Mundial, esto llevará al surgimiento de países árabes formalmente independientes, con fronteras arbitrarias y monarquías impuestas y sostenidas por las empresas petroleras imperialistas europeas. En algunos casos, como el de Egipto y Palestina, se mantendrá la presencia de tropas inglesas.

En la década de 1930, se produce un fuerte levantamiento en Palestina contra la presencia de las tropas británicas. Para aplastar la rebelión, Inglaterra se apoyará no solo en sus tropas sino en movimientos terroristas organizados por el sionismo que comenzaba a instalar sus colonias en este territorio. El “premio” para el movimiento sionista por este rol contrarrevolucionario va a ser la creación del Estado de Israel, en 1948 (con apoyo de los yanquis y de Stalin), en las tierras que los sionistas habían ayudado al imperialismo a robar a los palestinos.

La creación del Estado de Israel es el factor que despierta una nueva oleada de nacionalismo árabe, encabezado en este caso por militares como el egipcio Gamal Abdel Nasser, el sirio Hafez Assad y el iraquí Saddam Hussein. Aunque son derrotados en su intento de impedir la creación de Israel, cada uno de ellos logrará tomar el poder en su país, en la década de 1950, obligarán a la retirada de las tropas inglesas y francesas e impondrán regímenes que resisten al imperialismo (a la vez que establecen un férreo control sobre las masas). Este proceso tiene su punto más alto en el intento de fusión de Egipto y Siria en la República Árabe Unida (solo duraría tres años por disputas de intereses entre los sectores burgueses de ambos países).

Todos estos regímenes sufrieron duras derrotas militares a manos de Israel, sostenido por el imperialismo yanqui con fondos multimillonarios, armas y la propia intervención militar y diplomática del imperialismo.

La oleada del nacionalismo árabe se extendió a todos los países del Norte de África. Uno de los hitos fundamentales fue la revolución argelina que conquistó la independencia de Francia, en la década de 1960. En todos los casos, hay una fuerte ligazón de estos regímenes con la Unión Soviética que los apuntala con fondos, recursos humanos e incluso presencia de asesores militares.

Los países árabes promueven, en este período, la creación de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) bajo cuya cobertura se desarrolla el movimiento nacionalista guerrillero Al Fatah conducido por Yasser Arafat. Este ganará la conducción de la OLP, apoyado en los territorios de Cisjordania y Gaza, y en los campamentos de refugiados instalados en Jordania y Líbano. Desde allí, sostendrá una fuerte resistencia a Israel, bajo la bandera de la lucha por un Estado Palestino Laico, Democrático y No Racista en todo el territorio palestino.

En la década de 1960 el proceso dentro del mundo islámico se extiende a Irán. El primer ministro Mossadegh logra desplazar a los sectores aliados a Estados Unidos e Inglaterra, e impone la nacionalización del petróleo. Será derrocado por un golpe de estado organizado por la CIA que repone en el poder al Sha Reza Pahlevi.

África: el nacionalismo negro

La transformación de las colonias africanas de las potencias europeas en países formalmente independientes comienza con la Segunda Guerra Mundial. Entre 1945 y 1965 aproximadamente, se liberan casi todas las colonias inglesas, francesas y belgas, que se transforman en "repúblicas negras".

En la década siguiente, Sudáfrica y Rhodesia (actualmente Zimbabue) se transforman en Estados dominados por poderosas burguesías blancas nativas. El imperialismo yanqui y europeo rápidamente pasa a dominar las economías de todos estos países como semi-colonias. En la década de 1970, se liberan las colonias portuguesas (Angola y Mozambique); en Etiopía, un golpe militar de "izquierda" derroca al emperador Haile Selassie, y Rhodesia se transforma en "república negra". En la década de 1990, en Sudáfrica se acaba el "apartheid".

Una de las claves de que el imperialismo pudiera dominar estos países como semi-colonias son los continuos enfrentamientos entre las distintas etnias o tribus. En el trabajo "La revolución negra", publicado en 1987, decíamos:

Por este mismo motivo, de que se mantienen dentro de los límites de la sociedad capitalista, tampoco pueden estas direcciones dar respuesta al problema de las etnias. Algunos dirigentes, como Patricio Lumumba del Congo, lanzan la consigna de gobierno de unidad de todas las tribus del país (Congo), política totalmente correcta. Pero fueron incapaces de concretar esta tarea. Siguieron prevaleciendo las rivalidades intertribales alentadas por el imperialismo. El control de los monopolios sobre los principales recursos económicos del país es lo que mantiene a las masas en la miseria y, al mismo tiempo, es lo que le da al

imperialismo su poder. Es lo que permite otorgar privilegios a algunas tribus o jefes a cambio de que luchen de su lado contra las fuerzas y los gobiernos antiimperialistas.

Un giro pro-imperialista

En su trabajo de 2004 ya citado ("Pasado y presente del nacionalismo burgués"), Alejandro Iturbe dice:

En la última parte del siglo XX se combinaron una serie de cambios que marcaron el fin de la época más propicia para estos movimientos nacionalistas burgueses. En primer lugar, ya desde finales de la II Guerra Mundial, el imperialismo yanqui había adquirido un peso hegemónico a nivel mundial y avanzaba especialmente en Latinoamérica (a la que siempre consideró su "patio trasero"). En segundo lugar, en la década de 1970 se produce el fin del llamado 'boom económico de posguerra' y el imperialismo yanqui comienza una política de recolonización, incluyendo la liquidación en los países atrasados de las estructuras estatales económicas creadas por los movimientos nacionalistas burgueses en las décadas anteriores. En otras palabras, se redujeron al mínimo los márgenes políticos y económicos para un juego relativamente autónomo de las burguesías nacionales. Es lo que explica que, ya en 1973, el peronismo estuviese totalmente integrado al régimen democrático burgués normal y que la vuelta de Perón al gobierno tuviese como objetivo frenar el ascenso obrero y popular que vivía la Argentina en esos años. Ni él ni su movimiento tenían ninguna posibilidad de repetir la experiencia de posguerra. En otras palabras, comenzaba a definirse su carácter contradictorio de la etapa anterior: ahora pasaba a ser coherentemente reaccionario. Ese marco se profundizó aún más en los ochenta y noventa. Los viejos movimientos nacionalistas burgueses no solo se integraban al régimen sino que la mayoría pasaban a ser los agentes directos de la colonización imperialista. Allí está el ejemplo de Menem en Argentina o de Paz Estenssoro en Bolivia, privatizando empresas estatales y liquidando la gran mayoría de las conquistas otorgadas en la etapa anterior.

Uno de los giros pro-imperialistas más espectacular de estas direcciones se vio en Medio Oriente cuando el gobierno egipcio de Anwar Sadat en 1975 firmó un acuerdo de paz y reconocimiento de Israel. En pocos años, los demás gobiernos de la región giraron en el mismo sentido. Hasta la conducción de la OLP de Yasser Arafat, a comienzos de los ochenta, firma un acuerdo de paz con Israel y abandona la consigna de Palestina Laica, Democrática y no Racista en todo el territorio y se pasa a la llamada salida de los "dos estados".

Un caso especial: la revolución iraní

En 1979, estalla la revolución en Irán contra el régimen totalitario pro-imperialista del sha (rey) de Irán. Ante la falta de una dirección revolucionaria de la clase trabajadora, los clérigos islámicos de la rama chiita dirigidos por el Ayatola

Ruholla Komeini, apoyados en sectores burgueses comerciales perjudicados por el régimen, ganan la conducción del proceso y logran tomar el poder.

Rápidamente, imponen un régimen dictatorial (basado en su interpretación de las leyes religiosas del Corán o Shariá) que controla férreamente a los trabajadores y las masas populares. Al mismo tiempo, se enfrentan con el imperialismo, estatizan los yacimientos, las refinerías petroleras y las demás empresas extranjeras. El imperialismo responde impulsando un sanguinario y prolongado ataque militar desde Irak, bajo el gobierno de Saddam Hussein, en esos momentos reconvertido en agente directo de la política estadounidense.

La política exterior de los ayatolas será una expresión del carácter contradictorio del régimen iraní: por un lado, brutalmente anti-obrero. Por el otro, enfrentado con el imperialismo. A caballo del gran entusiasmo generado en las masas populares de todo el mundo islámico por el triunfo revolucionario contra el sha, lograrán impulsar organizaciones adeptas en varios países.

El rol más destacado es el del movimiento guerrillero Hezbollah, en Líbano. En 1982, Israel invade ese país y comete un genocidio contra dos campamentos de refugiados palestinos. Hezbollah organiza la resistencia a los ocupantes sionistas a través de una red de mezquitas. Desde allí, se orquesta una campaña masiva de ataques guerrilleros contra las tropas israelíes. En 1985, las tropas sionistas deben retirarse derrotadas de este país. En Líbano, en 2005, una nueva invasión israelí es claramente derrotada militarmente, con un rol muy destacado de Hezbollah.

A finales de la década de 1980, como resultado de la derrota sionista en El Líbano, se produce el levantamiento palestino conocido como Primera Intifada, en los territorios de Cisjordania y Gaza. En Gaza, las consecuencias de este levantamiento y la traición de la dirección de Al Fatah llevan al liderazgo a un nuevo movimiento islámico (Hamas) que, pocos años más tarde, logrará gobernar ese territorio y resistir exitosamente sucesivos ataques militares de Israel.

Ante el abandono por parte de Al Fatah y la OLP de la lucha por la destrucción de Israel (hoy gobiernan Cisjordania sobre la base de los acuerdos de Oslo con el sionismo y el imperialismo), Hezbollah y Hamas aparecen como la alternativa de lucha para los palestinos y, en particular, la juventud. Con la particularidad de que, en lugar de proponer un Estado Palestino Laico, Democrático y no Racista, proponen un estado teocrático, basado en el Corán, que tendría como modelo el régimen de los ayatolas en Irán.

Esta oleada del islamismo teocrático como alternativa a los regímenes existentes en la región llega hasta hoy con expresiones diferentes a las de los ayatolas iraníes e incluso enfrentadas con ellos, como el breve gobierno de la Hermandad Musulmana en Egipto o el actual gobierno turco. Pero, a diferencia del régimen de los ayatolas en sus orígenes, estos gobiernos, además de las medidas represivas contra el movimiento obrero y los sectores populares, y la fuerte opresión a las mujeres, tienen estrechos lazos con el imperialismo. Es decir, son desde sus inicios variantes del bonapartismo *sui generis* de derecha.

Acosado por el boicot económico de las potencias y el creciente descontento de los trabajadores y el pueblo, el propio gobierno iraní ha claudicado al imperialismo, como mostró su colaboración durante la ocupación en Irak y el reciente acuerdo que le impide avanzar en su programa nuclear.

Al mismo tiempo, junto con Rusia y China, forma parte de los países que sostienen la sanguinaria dictadura de los Assad contra la revolución en Siria (con el soporte militar de Hezbollah) y son parte de las negociaciones para buscar una salida contrarrevolucionaria en este país. El régimen de los ayatolas completó así el ciclo inevitable de los movimientos nacionalistas burgueses de todo el mundo que, al no expropiar a los capitalistas, terminaron en brazos del imperialismo.

Frente a la revolución, las burguesías latinoamericanas recurren a la máscara descascarada del nacionalismo burgués

A comienzos del siglo XXI se dieron importantes levantamientos obreros y populares en Venezuela, Ecuador, Bolivia y Argentina contra gobiernos que eran abiertamente agentes del imperialismo. Para desviar ese proceso revolucionario continental, las burguesías de la mayoría de los países del continente se inclinaron por sostener gobiernos encabezados por las antiguas fuerzas populistas o nuevas figuras. En Brasil, la burguesía apoyó la llegada al poder de Lula y el PT como "medida preventiva".

Durante algunos años, gozaron de los beneficios del "viento de cola" que representó la demanda de materias primas y la suba de sus precios en el mercado mundial. Sin embargo, mantuvieron invariablemente los recursos naturales y las principales palancas de la economía de sus países en manos de las multinacionales y los banqueros internacionales y fueron pagadores puntuales de sus deudas externas.

Con el agravamiento de la crisis mundial y la desaceleración de la economía china, el imperialismo comenzó a exigir a estos mismos gobiernos que aplicaran medidas de ajuste cada vez más duras y eliminaran las concesiones a las masas, para salvar las ganancias de las multinacionales y los banqueros. Se acabó el breve período de "vacas gordas".

Con ello, se puso al desnudo hasta qué punto el chavismo, el kirchnerismo y los demás movimientos como estos mantuvieron intactas las bases económicas capitalistas de sus países sometidos al imperialismo. Por eso mismo, hoy no tienen otra alternativa que aplicar las políticas de ajuste y represión que dicta el imperialismo. Con ello se demuestra, una vez más, la incapacidad del nacionalismo burgués de conquistar y sostener la independencia del imperialismo de los países que gobiernan.

En ese marco Maduro y el chavismo enfrentan tres alternativas, con todas las variantes imaginables que pueda imponer la propia lucha de clases. Una de ellas es que logre desgastar y derrotar a la movilización de las masas. En ese caso consolidará una dictadura extrema. Y al mismo tiempo, más temprano que tarde tendrá que someterse a todos los dictados económicos del imperialismo de mayor entrega y sometimiento del país, obligado por la crisis.

La segunda alternativa es que la movilización de las masas termine provocando grietas lo suficientemente profundas en el régimen y el gobierno, en particular en la oficialidad de las fuerzas armadas, como para llevar a la caída de Maduro. Y que, ante la falta de una alternativa distinta, asuma la conducción del gobierno el MUD o alguna otra variante de derecha, como agente directo del imperialismo. Por supuesto que en ese caso también se daría la profundización de la entrega. Pero un gobierno surgido de la crisis y la movilización de las masas sería extremadamente débil y enfrentaría una situación de inestabilidad permanente y resistencia popular, mientras no lograra aplastar la resistencia obrera y popular.

La tercera alternativa es que, antes o después de la caída de Maduro, de la movilización surjan formas de organización y una dirección de los trabajadores y los sectores populares, independiente de todos los sectores patronales, tanto de la MUD como del chavismo, que sea capaz de encauzar la crisis hacia una salida al servicio de la clase obrera y el pueblo. Hacia una verdadera independencia del imperialismo, aquella por la que nunca luchó el nacionalismo burgués. Con el desconocimiento de la fraudulenta deuda externa, la expropiación y estatización del petróleo, el gas y todos los recursos naturales y las principales palancas de la economía. Para que estos recursos se pongan al servicio de la resolución de los más graves problemas que afectan al pueblo, como la carestía, la falta de empleo y de vivienda, la caída del salario y demás necesidades del pueblo trabajador. Que son las verdaderas bases para iniciar la construcción del socialismo y continuar la lucha contra Trump y todo el imperialismo, en solidaridad con los pueblos de América Latina y el mundo.

LA POLÍTICA DEL IMPERIALISMO Y SUS ALIADOS

Hasta su derrota en la guerra de Vietnam el imperialismo ejerció su dominio teniendo como centro la acción militar contrarrevolucionaria (guerras, golpes de estado), combinando esto con los acuerdos con las direcciones contrarrevolucionarias y oportunistas, en particular el stalinismo moscovita, la socialdemocracia y las direcciones burguesas populistas, para que frenaran las luchas del movimiento obrero y popular.

A partir de su derrota militar en Vietnam, el imperialismo cambió su política. Sin abandonar en ningún momento la acción militar como recurso de última instancia, l**a política de primera opción del imperialismo contra los procesos revolucionarios desde mediados de la década de 1970 pasó a combinar la reacción democrática, centrada en la cooptación de las direcciones procesos de lucha obrera y popular a la democracia burguesa, con la contrarrevolución económica permanente –el ataque sistemático al nivel de vida y las condiciones de trabajo de la clase obrera-, como herramientas fundamentales.**

El centro de la política de reacción democrática es la cooptación de las direcciones de las masas por distintas vías. Con ello se busca reconducir los procesos de lucha hacia la vía electoral y demás mecanismos del régimen democrático burgués. Y que las masas acepten por esa vía la profundización de la explotación y la miseria. En esta política tienen un rol fundamental las direcciones burocráticas tradicionales de las centrales sindicales, evitando por todos los medios desbordes de la lucha de los trabajadores que puedan poner en peligro la estabilidad burguesa.

En todos los casos que aplicó esta política el imperialismo y sus aliados han logrado hasta ahora controlar y encauzar los procesos revolucionarios o de ascenso.

Desde su derrota militar en Vietnam cada vez que el imperialismo se desvío de esa política, sufrió graves derrotas y retrocesos.

Los gobiernos de Reagan (EE.UU.) y Thatcher (Gran Bretaña), en la década de 1980 intentaron instrumentar una ofensiva militarista contra el movimiento de masas mundial desde 1981 contra la revolución centroamericana, en 1982 en la

Guerra de las Malvinas y con la invasión de Israel al Líbano en el mismo año. Cuáles fueron los resultados:

- La guerrilla “contra” sostenida por el imperialismo fracasó en su intento de derrotar la Revolución Nicaragüense y Centroamericana.
- Aunque Inglaterra venció a la Argentina en la Guerra de las Malvinas, la movilización continental de masas iniciada en ese proceso terminó derribando a todas las dictaduras militares de América del Sur.
- Y la invasión israelí al Líbano de 1982 culminó con la derrota y expulsión de las tropas sionistas a manos de Hezbollah (1985), proceso que se contagió a los territorios palestinos generando la Primera Intifada (Levantamiento) y una gravísima crisis en el ejército y la burguesía de Israel.

Todos esos procesos fueron controlados y reconducidos por fuerzas burguesas pro-imperialistas, en el caso de la Argentina y América Latina en general a través de la vuelta a regímenes democrático burgueses, en el caso de Nicaragua a través del pacto de Contadora con la asistencia del castrismo y en el caso de Líbano y Palestina a través de la traición de la conducción de la OLP que pactó con el gobierno israelí la salida de los “dos estados”.

Bajo la presidencia de Bush hijo con la invasión a Irak y Afganistán (a partir de 2003), el imperialismo sufrió una grave derrota militar a mediados de la década pasada que, combinada con la caída de la tasa de ganancias en EE.UU. a partir de 2007, significó el lanzamiento de la actual onda descendente de la economía y crisis prolongada.

Es por ello que el gobierno de Obama intentó por todos los medios evitar intervenir con tropas propias en tierra en los procesos de guerra más “calientes”, como los de Irak, Siria, Libia, Yemen, etc. y buscó la manera de comprometerse lo menos posible militarmente en los enfrentamientos con ISIS y en Irak y Afganistán.

Un cuarto de siglo de guerras imperialistas

A pesar de esta experiencia histórica, la situación de crisis, guerras y revoluciones lleva inevitablemente al resurgimiento en el imperialismo del impulso a intervenir militarmente contra las masas. Lo que produce una llamativa contradicción en los representantes más lúcidos de la máxima conducción del imperialismo: aunque su política preferida de primera instancia es la reacción democrática, aunque saben que las intervenciones militares provocan generalmente reacciones de las masas locales y del mundo aún más fuertes que las que busca controlar, en los últimos 25 años Estados Unidos y sus aliados se han visto empantanados en guerras que parecen interminables.

El trotskista estadounidense David North, dirigente del Comité Internacional de la Cuarta Internacional y su sección en EE.UU. lanzó el 10 de agosto de 2016 un libro titulado “Un cuarto de siglo de guerra: La ofensiva estadounidense por lograr la hegemonía global 1990-2016 (A Quarter Century of War: The US Drive for Global Hegemony 1990–2016, de David North, Agosto de 2016, Mehring Books). No coincidimos con la mayoría de las conclusiones de este libro, de su autor y del

Comité Internacional. Pero en la introducción a su nuevo texto, fechada el 11 de julio de 2016, North incluye una interesante síntesis del militarismo imperialista en el último cuarto de siglo. La traducción de estos fragmentos es nuestra:

En la década de 1990 se vio un uso persistente del poder militar estadounidense, del modo más notorio en la primera Guerra del Golfo, seguido de su campaña para dividir a Yugoslavia. (…) Otras operaciones militares importantes durante esa década incluyeron la intervención en Somalia, que terminó en desastre, la ocupación militar de Haití, el bombardeo de Sudán y Afganistán y repetidos ataques con bombardeos contra Irak.

Los eventos del 11 de septiembre de 2001 proveyeron la oportunidad para lanzar la "Guerra contra el Terror", slogan de propaganda que ofreció una justificación para todo propósito para operaciones militares en todo el medio oriente, Asia central y, con creciente frecuencia, África. Dieron a la administración Bush un pretexto para institucionalizar la guerra como un instrumento normal de la política exterior estadounidense.

La administración del segundo Presidente Bush ordenó la invasión de Afganistán en el otoño de 2001. En discursos luego de [los ataques a las Torres Gemelas y el Pentágono] de 11 de septiembre, Bush utilizó la frase "guerras del siglo veintiuno". En este caso, el presidente por lo general poco comunicativo habló con precisión. La "Guerra contra el terror" desde el comienzo fue concebida como una serie interminable de operaciones militares en todo el globo. Una guerra llevaría necesariamente a la siguiente. Afganistán resultó ser el ensayo general para la invasión de Irak.

En otro tramo de la introducción a su libro David North dice:

En un artículo de primera plana recientemente publicado, el New York Times llamó la atención sobre un hito significativo de la presidencia de Barack Obama: "Ahora ha estado en guerra más tiempo que el presidente Bush o cualquier otro presidente estadounidense". Pero faltando algunos meses para cumplir su período en funciones va camino de alcanzar otro record. El Times escribió:

"Si Estados Unidos permanece en combate en Afganistán, Irak y Siria hasta el final del período de Obama -cosa casi segura dado que el presidente recientemente anunció que enviará 250 soldados de Operaciones Especiales adicionales a Siria- dejará un legado improbable como el único presidente en la historia de EE.UU. que cumplió dos períodos completos con la nación en guerra" (Mark Landler, "For Obama, an Unexpected Legacy of Two Full Terms at War," New York Times, Mayo 14, 2016.)

Camino a alcanzar su record –continúa David North-, *Obama ha supervisado acciones militares letales en un total de siete países: Irak, Afganistán, Siria, Libia, Pakistán, Somalia y Yemen. El número de países crece, a medida que Estados*

Unidos hace una escalada de sus operaciones militares en África. Los esfuerzos por acabar con la insurgencia de Boko Haram involucran un aumento de las fuerzas militares de EE.UU. en Nigeria, Camerún, Níger y Chad.

Sin ninguna ironía Mark Landler, autor del artículo del Times, señala el status de Obama como ganador del Premio Nobel de la Paz en 2009. Retrata al presidente como que "trata de cumplir las promesas que hizo como candidato contra la guerra…" Obama "se ha debatido con esta realidad inmutable [de la guerra] desde su primer año en la Casa Blanca…"

Y David North agrega: *"Obama ha encontrado que sus guerras son 'enloquecedoramente difíciles de terminar."*

Insistimos que no compartimos la mayoría de las opiniones de David North y su organización, en particular su visión de que todo esto indica que EE.UU. avanza hacia una III Guerra Mundial contra Rusia y China y de que las luchas de las masas contra terribles dictadores como Assad de Siria o Kadafi en Libia son en realidad ataques del imperialismo contra regímenes relativamente progresivos. Esta postura recuerda la política de Michel Pablo al frente de la fracción revisionista de la IV Internacional a partir de los años cincuenta cuando argumentó que era inevitable una tercera guerra mundial lanzada por el imperialismo contra la URSS y que en el curso de esa guerra el stalinismo se volvería progresivo. Con esto justificó la represión por las tropas de Moscú de los primeros alzamientos contra la burocracia en los estados obreros en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. E igual que Pablo, el Comité Internacional da soporte a terribles dictadores de países semi-coloniales por considerarlos progresivos frente a lo que considera ataques imperialistas, en vez de levantamientos populares contra la opresión de estos regímenes. Habrá que ver hasta donde el Comité Internacional pretende justificar u ocultar las atrocidades de los regímenes ruso y chino contra sus pueblos y los de otras naciones africanas, asiáticas, latinoamericanas y europeas.

Sin restar importancia a estas diferencias con North y su organización, los datos que aporta sí muestran con claridad que aún los sectores más conscientes de la conducción imperialista de que todas las guerras que ha emprendido desde Vietnam se le volvieron en contra y crearon crisis aún más graves, han recurrido en forma permanente a la acción militar para enfrentar al movimiento de masas.

Esto se debe a varios factores en los que volvemos a insistir:

- No importa cuál sea la política que intente aplicar el imperialismo estamos en una época de guerras, crisis y revoluciones que amenazan el dominio imperialista mundial. La contrarrevolución actúa en el marco de una guerra civil en curso entre las masas y el imperialismo, a veces abierta y a veces larvada. Cuando recibe derrotas militares a manos de las masas como en Vietnam e Irak recurre a tácticas defensivas como la reacción democrática para controlar la crisis pero siguen vigentes todos los factores que llevan al imperialismo a atacar militarmente a los trabajadores y los pueblos.

- Un sector decisivo de la burguesía imperialista es el dedicado a la producción de armamentos. Está en estrecha relación con las fuerzas armadas de los estados imperialistas, formando el llamado complejo militar-industrial. La guerra es lo único que permite y justifica a las fuerzas armadas aumentar su poder y su peso y a las empresas productoras de armamentos aumentar su producción de armas y sus ganancias. Por eso el complejo militar industrial presiona permanentemente por sostener el estado de guerra. El estado yanqui y de todos los países imperialistas tiene este sector como su base de sostén fundamental. Sin este sector, en los grandes ascensos de luchas las masas derrocarían fácilmente a los estados capitalistas.
- El que un sector de la conducción imperialista sea consciente de que la reacción democrática es la política que mejores réditos le ha dado en las últimas décadas desde Vietnam, no niega nada de lo dicho más arriba. Digamos que la política de reacción democrática es el recurso que han encontrado los sectores más conscientes de la conducción imperialista para evitar guerras cuyo resultado no puede garantizar y también para evitar consecuencias aún peores para la contrarrevolución cuando la insurrección de las masas derrota a las incursiones militares a las que de todos modos se ve arrastrada, como sucedió en Vietnam e Irak. Pero los defensores de la política de reacción democrática son plenamente conscientes de que las fuerzas armadas y el complejo militar industrial es el pilar sobre el que se asienta el dominio imperialista. Jamás actuará para debilitarlo, sólo intenta evitar, con maniobras políticas, que la lucha de las masas inflija derrotas a las fuerzas armadas imperialistas.
- El imperialismo no dejará de utilizar esta combinación de instrumentos, reacción democrática y agresión militar, mientras no logre asestar a las masas una derrota mundial duradera como creyó alcanzar con la restauración capitalista y la caída del stalinismo. La realidad ya ha demostrado que estamos muy lejos de tal derrota mundial de las masas. Y, parafraseando aquello de que “los muertos que vos matáis gozan de buena salud”, esa realidad le dice al imperialismo, con contundentes hechos como la continuada insurrección del pueblo iraquí, “las revoluciones que vos matáis gozan de buena salud”.

El choque entre la ofensiva explotadora de la contrarrevolución con la resistencia de las masas, tanto en los países imperialistas como los del mundo colonial, genera una creciente polarización en la lucha de clases mundial. Aunque la política central del imperialismo y sus aliados es reconducir las luchas obreras y populares hacia la vía muerta de la democracia burguesa y las elecciones y el parlamentarismo, **la polarización de la lucha de clases también produce el surgimiento de organizaciones de extrema derecha e incluso bandas fachistas (Amanecer Dorado en Grecia, el llamado Sector de**

Derecha que apareció en Ucrania, etc.) que enfrentan a las masas y sus direcciones con métodos contrarrevolucionarios.

Es notorio que en Ucrania tanto como en Grecia las bandas fachistas han sido apañadas como siempre sucede desde el poder del estado burgués a través de sectores de la policía y las fuerzas armadas.

Por otra parte, ante la imposibilidad de los partidos tradicionales de satisfacer las demandas de las masas, en el plano electoral estos se ven desplazados por partidos y figuras de ultra derecha, como en el caso de la llegada de Donald Trump al gobierno en EE.UU., y el avance de figuras de ultra derecha como Norbert Hofer, del Partido de la Libertad (FPO) en Austria, de Marie Le Pen en Francia, etc. En los países coloniales se ve el desplazamiento del PT por Temer en Brasil y el triunfo de Macri por sobre el kirchnerismo en Argentina y de la derecha contra el chavismo en Venezuela.

En Estados Unidos hay una gran campaña de los medios que dice que la base social de Donald Trump es el proletariado industrial. Esto es una de las tantas mentiras de la burguesía para desprestigiar a la clase obrera. Los partidos de ultra derecha y los grupos fachistas, promovidos por sectores de la burguesía, en todo el mundo tienen como base a sectores de la clase media desesperados por la crisis. Esto no niega que franjas de trabajadores, especialmente de la aristocracia obrera, votan por esos partidos en rechazo a los partidos tradicionales desprestigiados. E incluso sectores de ellos son arrastrados a la acción contra fuerzas de izquierda (como se vio repetidamente con el uso de matones de sindicatos como el de la construcción contra manifestaciones contra la guerra de Vietnam en los años sesenta y setenta en Estados Unidos).

El surgimiento simultáneo en procesos como el griego de fuerzas frentepopulistas (Syriza) y fachistas (Amanecer Dorado), muestra un panorama con algunos rasgos similares al que describía Trotsky en el Programa de Transición del enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado en la década de 1930. La diferencia es que en la década del treinta eso se daba en momentos que alcanzaba su pico la disputa de la hegemonía mundial imperialista entre Estados Unidos y sus aliados por un lado y la Alemania nazi, la Italia fachista y Japón, por el otro. Hoy en cambio, por más signos de decadencia que muestre el imperialismo yanqui, este sigue teniendo la hegemonía indiscutida de las potencias.

Nuestra política contra las bandas fachistas combina el llamado a la autodefensa y el frente único de todas las organizaciones obreras y populares -e, incluso, la unidad de acción circunstancial con sectores burgueses que defienden el régimen democrático-, para enfrentar y destruir físicamente a las mismas, con la defensa de las libertades democráticas atacadas y la denuncia del estado y los partidos capitalistas, así como los empresarios, por promover y sostener esas bandas y atacar a los trabajadores y sus organizaciones.

Al mismo tiempo señalamos que ni los partidos burgueses tradicionales, como los demócratas en EE.UU. y su candidata favorita de los banqueros Hillary Clinton, los socialdemócratas y demócrata-cristianos en Europa, etc., ofrecen ninguna

salida positiva para los trabajadores y los pueblos ante la crisis. Y lo mismo vale para las organizaciones neo-reformistas que con Podemos y Syriza ya han mostrado claramente su política pro-burguesa y pro-imperialista.

Todo esto de por sí muestra que la única salida a la crisis para los trabajadores es la toma del poder con sus propias organizaciones para aplicar un plan al servicio de sus necesidades, la derrota del imperialismo y la construcción del socialismo.

El rol de los gobiernos de China y Rusia ha sido clave para la contrarrevolución y el sostén de la hegemonía yanqui y el dominio imperialista en todo este período. Es falso lo que afirman organizaciones como el Comité Internacional al que responde David North que existen choques entre China y Rusia por un lado y el Imperialismo yanqui por el otro de tal magnitud que llevan a la III Guerra Mundial. Hay fuertes roces entre unos y otros. La existencia de arsenales nucleares en Estados Unidos, China y Rusia significa que persiste el peligro del holocausto nuclear. Pero los gobiernos de China y Rusia son hoy, con todas sus contradicciones, agentes del dominio imperialista, aunque tengan profundas diferencias con la política de Trump.

En primer lugar el rol del PC Chino ha demostrado que la burocracia no tiene ningún carácter contradictorio, dual o como se quiera decir. No sólo concretó la restauración capitalista, sino que gobierna sobre el país con una de las dictaduras más feroces contra la clase obrera, el pueblo y las nacionalidades que se conozca en la historia. La creciente apertura de la economía china a las multinacionales y la banca imperialista en desmedro de las empresas locales muestra como retrocede cada vez más hacia la condición plenamente semi-colonial.

Pero su rol no se limita a China. En Asia ha sido clave para sostener el statu quo de la dominación imperialista. En África actúa como socio activo del imperialismo en el saqueo de las riquezas naturales y la explotación de los trabajadores, en acuerdo con dictaduras sanguinarias como las de Sudán, Nigeria, etc. Sus “roces” con el imperialismo yanqui no son otra cosa que un esfuerzo de la naciente burguesía y el estado chino por asegurarse su tajada de la explotación de los trabajadores frente a la creciente dependencia del país de las multinacionales.

El gobierno ruso, comandado por ex jerarcas de la KGB, el servicio secreto en tiempos del stalinismo, es mucho más débil que el chino en muchos sentidos. Porque proviene de la caída del PCUS y la disolución de la URSS como producto de la crisis y revolución de comienzos de los noventa. Y porque debido a ello no logró un proceso de desarrollo industrial e inversiones imperialistas tan masivo como el de China.

Sin embargo, retiene el control de uno de los dos arsenales atómicos estratégicos más importantes del planeta.

Moscú sigue actuando como la cabeza de un “imperio interior” con más de cien nacionalidades sometidas, heredadas de los zares y el stalinismo. La guerra para controlar la rebelión en Georgia o la ocupación en Crimea y la amenaza militar constante contra Ucrania son muestras de este rol de gran potencia regional.

La intervención en Siria, donde Rusia cuenta con su mayor base militar naval, heredada de los tiempos en que la URSS sostenía el régimen nacionalista burgués de los Assad, muestra otra faceta del rol clave de Moscú para la contrarrevolución. Hoy la aviación de Putín sostiene con sus bombardeos al régimen genocida sirio fundamentalmente contra los rebeldes que enfrentan a la dictadura y secundariamente contra ISIS. Lo que alivia el "trabajo sucio" a las potencias imperialistas.

¿Abandona Trump la política de reacción democrática?

La intervención en Yemen y los bombardeos en Siria y Afganistán ordenados por Trump no representan por sí mismos un cambio en la orientación del imperialismo. Ya enumeramos la cantidad de acciones militares imperialistas que se dieron bajo la administración Obama, que se caracterizó precisamente por poner en el centro de su política la cooptación de direcciones de las masas y la reorientación de los estallidos que se dieron, en particular en medio oriente, hacia la vía electoral.

En Trump hay, sí, un cambio de retórica, en el sentido de un discurso mucho más agresivo contra el "terrorismo islámico" y contra los inmigrantes latinos. Las órdenes ejecutivas de la presidencia Trump pretendiendo impedir viajar a los inmigrantes de varios países musulmanes de y hacia los Estados Unidos, son un intento de avanzar con medidas más directamente represivas.

Sin embargo, varios jueces han intervenido para frenar la aplicación de esa prohibición de viajar. Y el intento de Trump de concretar su prometido "muro" en la frontera con México se ha chocado con la resistencia de los propios legisladores republicanos a otorgarle los fondos para su construcción.

Este tire y afloja en las instituciones de la mayor potencia refleja la tensión en la propia burguesía imperialista, entre la necesidad de aumentar cualitativamente la explotación de los trabajadores de EE.UU. y del mundo para recuperar su tasa de ganancia, lo que implica planes de ajuste más duros y más represión para imponerlos y el temor a las reacciones que ello puede provocar en las masas.

Ese temor de la burguesía imperialista está claramente bien fundado. Las políticas de Trump han provocado en Estados Unidos movilizaciones masivas de rechazo, incluyendo las del día de su asunción, las de los defensores del medio ambiente y las de los inmigrantes latinos del 1 de mayo de 2017, como no se veían hace un tiempo.

Es decir, así como los gobiernos de Reagan y Bush hijo, el gobierno de Trump expresa un intento de un sector de la burguesía imperialista de pasar de la reacción democrática como principal recurso a una política mucho más agresiva, para imponer una dura derrota a los trabajadores y los pueblos de EE.UU. y el mundo, que permita al capitalismo superar su actual crisis. Pero ese intento tiene que superar la resistencia de las masas y las dudas y vacilaciones, cuando no la oposición abierta de sectores muy poderosos de la propia burguesía.

LAS CONDUCCIONES TRADICIONALES DE LAS MASAS, LAS NUEVAS DIRECCIONES Y EL TROTSKISMO

En este período histórico a partir de la caída del estalinismo todas las direcciones burocráticas tradicionales de las masas se han debilitado, aunque continúan dirigiendo las principales organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera en todo el mundo.

La caída del estalinismo y el debilitamiento de las conducciones burocráticas tradicionales han generado un proceso de reorganización del movimiento obrero y popular a nivel mundial. Este proceso tiene numerosas manifestaciones "por arriba" en la división y recomposición de las fuerzas burocráticas (por ejemplo, la CGT argentina se dividió en cinco centrales, parte de las cuales ahora se han reunificado).

Por abajo el proceso de reorganización se expresa en permanentes rupturas masivas de activistas con las viejas y nuevas direcciones traidoras en todo el mundo. Este es el fenómeno más progresivo que existe a nivel mundial en esta etapa en la perspectiva de la construcción de una dirección revolucionaria de las masas.

Sin embargo, ante la ausencia de alternativas de dirección revolucionarias, esas rupturas son desviadas permanentemente y llevadas a la vía muerta de alternativas nacionalistas burguesas recicladas o de otro tipo.

Nuestra tarea es impulsar la auto-organización y auto-movilización de estos sectores y al mismo tiempo ganarlos para la bandera de la dictadura revolucionaria del proletariado y la internacional. Esta tarea debe llevarse adelante en permanente disputa con las direcciones burocráticas tradicionales y las nuevas direcciones traidoras que surgen, desenmascarándolas como sirvientes de la burguesía.

Otra expresión clave del proceso de reorganización mundial es que surgen nuevas direcciones neo-reformistas políticas que rápidamente muestran su carácter contrarrevolucionario (Syriza, Podemos, etc.). Es decir,

aunque estas corrientes puedan surgir con algún rasgo progresivo, lo pierden rápidamente. Son todas corrientes frentepopulistas –que buscan someter a la clase obrera a pactos con distintos sectores burgueses- por su programa y en la mayoría de los casos por vínculos materiales con empresas y partidos capitalistas. En el caso de que no existan vínculos materiales con sectores capitalistas, son de todos modos frentepopulistas por su programa ("la sombra de la burguesía"). La base social de todas estas corrientes es pequeño burguesa, no obrera.

Distintas corrientes trotskistas han planteado una política de frente permanente o de apoyo electoral acrítico hacia distintas organizaciones neo-reformistas. Esta política implica el abandono de la estrategia de construcción de direcciones obreras revolucionarias independientes internacionalistas y es una vía de claudicación al régimen democrático-burgués.

Esto no niega la posibilidad de utilizar circunstancialmente tácticas de frente electoral, de apoyo crítico o incluso de entrismo con las corrientes neo-reformistas. Las condiciones para ello son que sean tácticas que nos permitan ganar a sectores de la vanguardia obrera y popular en ruptura con sus viejas direcciones para el programa y la organización trotskista y que su aplicación sea limitada en el tiempo. Estas tácticas no son válidas en el caso de que una corriente neo-reformista se encuentre en el poder (caso Syriza en Grecia), ya que entonces se trata de una claudicación a un gobierno burgués dirigido por esa fuerza.

Otra política que ha aparecido en nuestras filas es el apoyo a figuras que denuncian la corrupción y/o el espionaje u otras medidas anti-democráticas contra las masas (Wikileaks, Julian Assange, Snowden, etc.), pero que son defensores de la democracia burguesa. Esta es otra forma de claudicación al régimen que debe ser combatida. Assange y Snowden no son enemigos del capitalismo sino que pretenden "mejorar" el régimen democrático-burgués.

LA SITUACIÓN DEL TROTSKISMO

El trotskismo en general está desde hace treinta años en un proceso de disgregación y gran parte de sus fuerzas se asimilan a las organizaciones neo-reformistas y adquieren fuertes rasgos electoralistas. El caso más notorio en este sentido es el de la que era la principal corriente trotskista europea, el SU liderado por Ernest Mandel, que declaró su disolución ya que, sostiene, con la restauración del capitalismo en el este, el "socialismo ha desaparecido del horizonte" y "no existen más diferencias irreconciliables entre revolucionarios y reformistas".

Esto es opuesto al proceso vivido desde fines de la década de 1960, cuando primero lentamente y luego cada vez más aceleradamente se dio un proceso de crecimiento y fortalecimiento del trotskismo y en particular de su ala revolucionaria.

En las décadas de 1970 y 1980 existían numerosas organizaciones trotskistas (revisionistas o revolucionarias) de entre 1000 y 5000 militantes en Estados Unidos, Europa occidental y América Latina. Hoy sólo existen unas pocas

organizaciones trotskistas (revisionistas o revolucionarias) de entre 1000 y 2000 militantes en Brasil, la Argentina, Inglaterra y Francia. Fuera de esos cuatro países sólo existen grupos trotskistas de menos de 500 militantes.

En los años ochenta existían varios agrupamientos de partidos trotskistas a nivel internacional –los principales eran el Secretariado Unificado del mandelismo, la corriente The Militant, la LIT-CI liderada por Nahuel Moreno- con diversas orientaciones. Hoy sólo quedan dos agrupamientos trotskistas internacionales muy pequeños –la LIT-CI y la UIT-CI- que se reclaman del morenismo, mientras que el SU se disolvió en los llamados partidos anti-capitalistas y los restantes se han debilitado hasta casi desaparecer.

Una de las causas fundamentales de la disgregación y debilitamiento del trotskismo es que en general no previmos, ni entendimos, ni intervinimos en el proceso de revolución política en los estados obreros previo a la restauración capitalista –en el caso del mandelismo dio un apoyo de palabra al estalinismo en contra de los procesos de revolución política-, ni en el proceso de restauración capitalista tal como se dio en China y la URSS a partir de fines de la década de 1970. Y tampoco previmos ni intervenimos en el proceso que llevó a la caída del PCUS y el estalinismo mundial. Esto incluye que en la etapa anterior no intervinimos en la mayoría de los procesos de revolución política. Es decir, fuimos ajenos a los procesos decisivos que están en la génesis del período histórico actual.

Pero otro factor objetivo fundamental es la ausencia de grandes procesos de impacto mundial encabezados por la clase obrera en los últimos 25-30 años, con la excepción de la experiencia griega.

Para que podamos pasar a tareas ofensivas tiene que haber un gran ascenso encabezado por el movimiento obrero industrial en algún país o región donde haya un núcleo inicial de revolucionarios con una mínima acumulación de cuadros, que permita dar el salto a la construcción de un partido revolucionario con influencia de masas. Y al mismo tiempo es necesario concretar un rearme programático que responda a los procesos centrales de la actual etapa mundial, incluyendo las novedades introducidas por la presencia de Trump en el gobierno de EE.UU.

Las revoluciones inconscientes, las direcciones de las masas y el Programa de Transición

Hemos hecho un recorrido por las características fundamentales de la etapa que vivimos hoy, a partir de la restauración capitalista en los ex estados obreros y la caída del stalinismo y en torno de la llegada al gobierno de Trump en EE.UU.. Si hay un rasgo fundamental que aparece a lo largo de toda esta etapa hasta hoy, tanto en el período de relativa calma de la economía de los años noventa y comienzos del 2000 como en la crisis que se inicia en 2007, es la brutal ofensiva del imperialismo y sus socios contra los trabajadores y los pueblos de todo el mundo para sostener las ganancias de los grandes bancos y las multinacionales en medio de la pudrición del sistema capitalista a nivel mundial.

Para las masas esto se expresa en que, tanto bajo gobiernos populistas como el del chavismo en Venezuela e incluso de "izquierda" como el de Syriza en Grecia, como bajo gobiernos de "derecha" como el de Merkel en Alemania o el de Macri en la Argentina o el de Temer en Brasil, y el de Trump en EE.UU., hay un constante ataque al empleo, a las condiciones de trabajo, al salario, a la educación y la salud pública, etc.

La persecución por vía judicial o de la represión directa contra los luchadores obreros y populares es otro rasgo permanente de la etapa.

Otra constante es el pacto de todas las conducciones de las organizaciones obreras y populares con las grandes patronales y sus gobiernos, facilitando la implementación del ajuste a cambio de prebendas.

Lamentablemente las direcciones de izquierda que han surgido en estos últimos veinticinco o treinta años han sido arrastradas en su inmensa mayoría al oportunismo, hacia la adaptación a la democracia burguesa y al electoralismo.

Esto se ha mantenido así a pesar de que se ha disipado ya o está en vías de hacerlo la ilusión, posterior a la caída de los estados obreros, de que el capitalismo imperialista había vencido para siempre y que la democracia imperial reinaría por siempre jamás, mientras que el socialismo desaparecía de la escena.

A pesar de todas estas trabas, las masas de todos los continentes están protagonizando una sorda resistencia a la ofensiva explotadora del imperialismo y sus socios. En algunos casos esa resistencia ha dado el salto a convertirse en

enfrentamientos políticos con el poder burgués, que toman la forma de huelgas generales como en Grecia, la Argentina o Brasil, verdaderas insurrecciones populares –es decir, enfrentamientos de masas con las fuerzas represivas que amenazan con derrocar el poder burgués- como hemos visto en América Latina en la primera mitad de la década del 2000, o en medio oriente y Ucrania del 2010 en adelante, e incluso llegando a guerras civiles en Libia, Irak, Siria, Afganistán, Yemen, con el rasgo agregado de la resistencia a la ocupación o la intervención por tropas imperialistas y/o de potencias regionales.

Sin embargo, como venimos insistiendo, ni aún con sus acciones insurreccionales más avanzadas han logrado las masas en los últimos 30 años desalojar a la burguesía del poder e imponer su propia salida obrera y socialista. Por el contrario, los procesos revolucionarios que hemos visto desde la caída del Muro no han logrado sacar a las masas del pantano de la explotación y la opresión capitalista con todos sus terribles males.

Lo que la historia de estos últimos 30 años nos demuestra con crueldad es que no basta con echar un dictador, acabar con un régimen opresor, frenar la explotación. Necesitamos terminar con el mal de raíz. Es aquí donde aparece con toda crudeza la necesidad de destruir el poder de los capitalistas, concentrado en el estado con sus instituciones, el gobierno, el parlamento, la justicia y como pilar que sostiene todo eso, sus fuerzas armadas y de represión. Sólo así se puede avanzar en quitar a los capitalistas el poder económico concentrado en las grandes empresas y bancos que permiten a los patrones apropiarse de la riqueza que producen los trabajadores y los pueblos.

¿Por qué no se logra esto a pesar de los inmensos sacrificios y padecimientos de los trabajadores y los pueblos en sus luchas? En primer lugar porque sus luchas carecen de una dirección que plantee con toda claridad esta necesidad y estas tareas.

Esto muestra en toda su dimensión el drama actual de la crisis de dirección revolucionaria mundial. A pesar del potencial creado por la caída del stalinismo para su superación, no ha surgido en ninguno de esos procesos insurreccionales o de guerra civil que hemos vivido en los últimos 30 años una dirección capaz de practicar con éxito “la insurrección como un arte”, que permita a los trabajadores tomar el poder.

En su “Historia de la Revolución Rusa”, León Trotsky señala dos condiciones que fueron imprescindibles para lograr la toma del poder en Octubre de 1917: “*La organización con la que el proletariado pudo no sólo derribar el antiguo régimen, sino también sustituirlo, es el soviet. Lo que más adelante se convirtió en el resultado de la experiencia histórica, hasta la insurrección de Octubre, no era más que un pronóstico teórico, aunque se apoyaba, es cierto, sobre la experiencia previa de 1905. Los soviets son los órganos de preparación de las masas para la insurrección, los órganos de la insurrección y, después de la victoria, los órganos del poder.*

Sin embargo, los soviets no resuelven por sí mismos la cuestión. Según su programa y dirección, pueden servir para diversos fines. El partido es quien da a

los soviets el programa. Si en una situación revolucionaria -y fuera de ella son generalmente imposibles- los soviets engloban a toda la clase, a excepción de las capas completamente atrasadas, pasivas o desmoralizadas, el partido revolucionario está a la cabeza de la clase. ***El problema de la conquista del poder sólo puede ser resuelto por la combinación del partido con los soviets, o con otras organizaciones de masas más o menos equivalentes a los soviets****".*

¿Pero cómo se supera la actual situación, en la que las masas se encuentran enchalecadas en su resistencia a la ofensiva explotadora capitalista por sus direcciones traidoras y por el giro al oportunismo de las direcciones de izquierda? ¿Cómo se llega a la construcción de los soviets u organizaciones equivalentes y el partido revolucionario para organizar y dirigir la insurrección capaz de destruir el estado capitalista y conquistar el poder de los trabajadores?

El método del Programa de Transición

Para avanzar en la construcción de la dirección revolucionaria que necesitan las masas para triunfar a partir de núcleos relativamente reducidos de cuadros y militantes, en primer lugar reivindicamos el método del Programa de Transición. Se trata de disputar la dirección del movimiento obrero agitando las reivindicaciones inmediatas de las masas para elevarlas a la lucha por el poder por vía insurreccional. En las palabras del propio Programa de Transición:

La tarea estratégica del próximo período (un período prerrevolucionario de agitación, propaganda y organización) consiste en superar la contradicción entre la madurez de las condiciones revolucionarias objetivas y la inmadurez del proletariado y su vanguardia (la confusión y desmoralización de la generación madura y la inexperiencia de los jóvenes). Es necesario ayudar a las masas a que en sus luchas cotidianas hallen el puente que une sus reivindicaciones actuales con el programa de la revolución socialista. Este puente debe componerse de un conjunto de reivindicaciones transitorias, basadas en las condiciones y en la conciencia actual de amplios sectores de la clase obrera para hacerlas desembocar en una única conclusión final: la toma del poder por el proletariado.

Entre las grandes consignas para la intervención que responden a las demandas económicas inmediatas de las masas en el período histórico actual se incluyen escala móvil de salarios; escala móvil de horas de trabajo; la apertura de los libros comerciales de los capitalistas; estatización de ramas de la industria, el comercio exterior y las finanzas; el control obrero y la abolición del secreto comercial; plan de obras públicas; plan obrero. Pero todas estas consignas, tal como lo señala el Programa de Transición, sólo tienen valor revolucionario en la perspectiva de la lucha por el poder obrero.

Esa perspectiva de la lucha por el poder está cerrada hoy por la traición de las direcciones que dominan las organizaciones de las masas. Por eso junto, con las consignas que puedan movilizar a las masas a partir de sus necesidades más

sentidas, es necesario disputar la dirección de los trabajadores y el pueblo a esas conducciones traidoras.

Librar al proletariado de su vieja dirección

Dado que la totalidad de las organizaciones de las masas están hoy controladas por direcciones traidoras, de acuerdo a Trotsky en el Programa de Transición, "l*a tarea central de la IV Internacional consiste en librar al proletariado de su vieja dirección, cuyo conservadurismo está en completa contradicción con las catastróficas erupciones de un capitalismo en descomposición y constituye el obstáculo fundamental para el progreso histórico. La acusación principal de la IV Internacional a las organizaciones tradicionales del proletariado es que no desean separarse de ese semicadáver político que es la burguesía.*

"En estas circunstancias, la reiteración de la exigencia dirigida a la antigua dirección ("Romped con la burguesía; tomad el poder") es un arma decisiva (...) A todos los partidos que se asientan sobre una base obrera y campesina y hablan en su nombre les exigiremos que rompan políticamente con la burguesía y se sumen a la lucha por un gobierno obrero y campesino (y/o popular). Para esta lucha les ofrecemos todo nuestro apoyo contra la reacción capitalista. Al tiempo, agitaremos incansablemente en favor de aquellas consignas transitorias que, en nuestra opinión, deberían constituir el programa del "gobierno obrero y campesino" (…)

*"La agitación por 'un gobierno obrero y campesino' tiene en todo momento un tremendo valor educativo. No es una casualidad. Esta consigna general va en el mismo sentido del desarrollo político de nuestra época (quiebra y descomposición de los partidos burgueses tradicionales, eclipse de la democracia, crecimiento del fascismo, impulso creciente de los trabajadores hacia una política más agresiva y activa). Todas y cada una de las consignas de transición deben llevar a la misma conclusión política: los obreros tienen que romper con todos los partidos tradicionales de la burguesía para poner en pie junto con el campesinado su propio pod*er".

Esto es válido aún con direcciones burocráticas profundamente comprometidas con el régimen democrático burgués y desprestigiadas ante las masas -como pueden ser las conducciones de las centrales obreras europeas, latinoamericanas (como la CUT brasileña o la CGT argentina) y de las demás regiones-, siempre que no exista una alternativa superior para plantear la toma del poder.

Se trata de desenmascarar ante las masas a todas las direcciones traidoras del movimiento obrero y popular, sean estas pro-burguesas (direcciones obreras ligadas al chavismo, al peronismo, al Partido Demócrata o el Partido Republicano de EE.UU., etc.), obrero-burguesas (PT en Brasil, PSOE en España, PS en Francia, etc.) o pequeño burguesas (neo-reformismo, Syriza, PSOL, Podemos).

Sigue teniendo plena vigencia la política planteada por el Programa de Transición de Trotsky de exigencia a las direcciones traidoras que rompan sus pactos con la burguesía y luchen por el poder para aplicar un plan obrero.

Esta política no es una invitación a formar un frente sino una exigencia a las direcciones traidoras de que rompan con la burguesía y su objetivo fundamental es desenmascararlas y señalar una perspectiva de lucha por el poder.

Aunque no son las centrales en este período, siguen teniendo importancia también las tácticas de unidad-enfrentamiento con las direcciones traidoras del movimiento obrero y de masas. La unidad de acción está planteada con cualquier fuerza que cumpla un rol progresivo en un proceso de lucha obrera y popular. El frente obrero incluye organismos de conducción y de base y programa y es defensivo. Subrayamos que todas estas son tácticas, es decir no tienen un carácter permanente. Y en este período histórico son necesarias pero secundarias respecto de la política de desenmascarar a las direcciones traidoras con la exigencia de que rompan sus pactos contrarrevolucionarios con la burguesía e impulsen la lucha por un programa obrero y el poder obrero.

Los organismos de poder o soviets

La disputa de la dirección a las conducciones traidoras exige contraponer a estas un polo que pueda aparecer como alternativa de lucha para las masas. Este polo al desarrollarse la movilización es el que puede y debe aparecer como alternativa al propio poder burgués.

Para ello, en todo proceso avanzado de movilización de las masas es tarea central impulsar el desarrollo y la centralización de los organismos de poder (los soviets o consejos obreros).

Los organismos de poder surgen en el ascenso revolucionario de las luchas. Su composición de clase es obrera y popular. Puede darse el predominio de un sector obrero con programa burgués como ha sucedido a lo largo de las décadas en la COB boliviana. Pero el predominio del proletariado y su programa de toma del poder por vía insurreccional para imponer la dictadura revolucionaria del proletariado en los organismos de poder dual sólo se da como resultado de la acción consciente de los revolucionarios dirigiendo a los obreros.

De acuerdo a Nahuel Moreno en Actualización del Programa de Transición (1980):

"(…) Toda revolución de febrero [es decir todo proceso revolucionario que no cuente con una dirección revolucionaria] *lleva inevitablemente, en las etapas previas a su triunfo e inmediatamente después, a un poder dual más o menos desarrollado potencial o real, pero a un inevitable poder dual. Es decir, origina el desarrollo de un polo de poder obrero y popular. Nuestra tarea fundamental en todo proceso de revolución de febrero, previo y posterior, es el desarrollo permanente de este poder obrero y popular. Sin desconocer la unidad de acción para hacer la revolución de febrero, sin desconocer la necesidad de la presión sobre las organizaciones oportunistas que dirigen al movimiento de masas para que rompan con la burguesía, sin perder la amplitud de miras que nos permita lograr y profundizar la revolución de febrero, debemos seguir distinguiéndonos tajantemente de esas direcciones oportunistas en el hecho de que el eje*

fundamental de nuestra política es desarrollar la movilización y los órganos de poder obrero y popular revolucionarios (…)

"Si abandonamos este eje fundamental de nuestra política capitulamos a las direcciones oportunistas, dejamos abandonada a su suerte a la clase obrera. Sólo con la política de desarrollo de los órganos de poder obrero y popular (donde no existen debemos llamar a crearlos) podremos tender un puente hacia la revolución de octubre, nuestro verdadero objetivo". (Actualización…, Tesis XXVI)

Las consignas democráticas se subordinan a la lucha por el poder

En la perspectiva de la insurrección obrera para la toma del poder, las consignas democráticas sólo tienen valor en la medida que sirven para que el proletariado movilice a sus aliados de las clases populares contra el poder burgués. Para esto toda consigna democrática es válida: abajo la dictadura, elecciones ya, no al estado de sitio, asamblea constituyente, no a la represión, libertad a los presos políticos, etc.

Tienen un papel fundamental y de creciente importancia la lucha contra la opresión de la mujer, de las y los homosexuales, contra la opresión por motivos religiosos, raciales, étnicos, etc. La clase obrera solo puede triunfar acaudillando a todos los sectores populares oprimidos.

Pero en nuestro programa general y nuestro programa de acción las consignas democráticas siempre están subordinadas a consignas que marcan el camino de la toma del poder por el proletariado, es decir, al gobierno de las organizaciones obreras y populares.

En las situaciones en las que no existe una gran movilización obrera ni organismos de poder, el centro del programa de acción siempre pasa por la agitación propagandística de la exigencia a las direcciones obreras traidoras de que rompan los pactos que los atan a la burguesía y tomen el camino de la lucha por un gobierno obrero y popular para aplicar un plan obrero.

Nunca damos salidas basadas exclusiva y centralmente en consignas democráticas, por dentro del régimen burgués, sea este dictatorial o democrático-burgués. En la reciente crisis en torno de la destitución de Dilma Roussef en Brasil, era totalmente correcto levantar fuera todos y elecciones generales (ambas consignas democráticas). Pero colocando en todo momento como salida el reclamo a la CUT y demás centrales que rompan sus pactos con el gobierno y todos los sectores burgueses y encabezaran la huelga general para imponer un gobierno de las organizaciones obreras y populares y un plan obrero.

Y lo mismo vale frente al gobierno de Temer: "fuera Temer" y exigencia a la burocracia que rompa y encabece la huelga general con programa obrero, como agitación propagandística.

Si hay una dictadura, esta política se formula en relación a la necesidad de derrocarla e imponer una salida obrera. En ese programa de acción pueden tener un lugar destacado consignas como Asamblea Constituyente, elecciones, etc., dirigidas a lograr que la clase obrera acaudille a las masas populares en la movilización.

Es imprescindible para los revolucionarios desarrollar un programa por la destrucción de la Unión Europea y proponer como alternativa una Federación de Repúblicas Socialistas de Europa

Como ya hemos dicho, los partidos liberales conservadores y socialdemócratas sólo tienen para ofrecer a las masas europeas la misma receta de dominación de la gran banca y las multinacionales a través de la Unión Europea. Pero la derecha, al proponer la salida de la UE, sólo ofrece como alternativa un “capitalismo nacional” xenófobo y racista.

El neo-reformismo ya ha mostrado que no tiene nada distinto que ofrecer con la reconversión de Syriza en el poder en el agente de la aplicación del ajuste eterno dictado por la Troika.

El intento de construir una huelga general europea contra los planes de ajuste en los últimos años, las grandes movilizaciones solidarias con los inmigrantes contra los cierres de fronteras y en general todo el movimiento de la clase obrera, las mujeres, la juventud apuntan en la realidad a una salida basada en la unidad y solidaridad de los pueblos del viejo continente.

Está claro que ningún pueblo aislado en su país encontrará una salida positiva para su crisis. La lucha empieza indudable en el terreno nacional y teniendo como perspectiva terminar con el ajuste y el gobierno que lo aplica. Y para ello no hay otra salida estratégica que la imposición de gobiernos obreros y populares que apliquen planes al servicio de las necesidades de todos los trabajadores y el pueblo, nativos y extranjeros por igual.

Pero toda lucha a nivel nacional plantea la urgente necesidad de unirse con los restantes pueblos de la región para enfrentarse con los inevitables ataques de las multinacionales, los banqueros y los gobiernos imperialistas. La perspectiva para esa unidad no puede ser otra que el reemplazo de la UE de los banqueros y las multinacionales por la Federación de Repúblicas Socialistas de Europa.

El rol decisivo de las consignas anti-imperialistas en los países semi-coloniales

Las consignas democrático-antiimperialistas, independencia nacional, segunda independencia, no pago de la deuda, ruptura de todos los pactos que atan al imperialismo, etc., son igualmente fundamentales en los países del mundo colonial, como los de América Latina, África, Asia y Oceanía. La “caída libre” de todas las corrientes nacionalistas burguesas demuestra una vez más que la clase obrera es la única que puede acaudillar la lucha por la independencia, uniendo las consignas democráticas anti-imperialistas a las transicionales, como la expropiación de las multinacionales y los grandes bancos y su estatización bajo control obrero.

En este período estas consignas tienen como eje el llamado a derrotar con la movilización obrera y popular los planes de ajuste con los que el imperialismo nos descarga su crisis y a los gobiernos que los aplican. Lo que entronca con el plan

obrero (no pago de la deuda externa, expropiaciones y estatización bajo control obrero, impuestos progresivos, plan de obras públicas, etc.) por la positiva.

Es imprescindible formular consignas de coordinación de las masas a nivel regional o continental. Como puede ser la unidad continental para no pagar la deuda externa. En la perspectiva de conquistar la Federación de Repúblicas Socialistas.

Nuestra política frente a revoluciones con direcciones burocráticas o pequeño burguesas

El punto anterior resume lo que consideramos una dirección y una organización obrera revolucionaria internacionalista y sus objetivos. A lo largo del último siglo hemos visto numerosas revoluciones que no fueron conducidas por direcciones de este tipo. Los estados obreros surgidos en la segunda posguerra nacieron de procesos dirigidos por el stalinismo y apoyados en muchos casos en el campesinado (como en China) o sectores populares. También ha habido una Revolución como la Cubana, dirigida por un partido pequeño burgués-guerrillero, que llegó a expropiar a la burguesía.

Desde la revolución de 1910 en México hemos visto numerosas revoluciones campesinas o populares que derribaron dictaduras pero no llegaron a la expropiación. Un caso típico es el del Sandinismo en Nicaragua. También vimos últimamente revoluciones que derrocaron dictaduras como la de Mubarak en Egipto, sin una dirección centralizada y con gran influencia de sectores anarquistas o similares.

Todas estas direcciones tienen una característica fundamental en común: ninguna de ellas se construye como parte de una internacional revolucionaria cuyo objetivo es la derrota mundial del imperialismo y la construcción del socialismo. Eso sólo puede lograrse con una dirección internacionalista revolucionaria obrera.

Ante esta realidad mundial, apoyamos todo proceso progresivo de lucha de las masas en unidad de acción con toda dirección dispuesta a llevarlo adelante. Pero somos conscientes de que nuestra tarea es disputar la dirección de ese proceso para que alcance una dinámica de revolución permanente, con la perspectiva de la toma del poder por la clase obrera con sus organismos a través de la insurrección para avanzar hacia la dictadura revolucionaria del proletariado, la derrota del imperialismo y la construcción del socialismo en todo el mundo.

Nuestra política hacia las corrientes centristas

En el curso de las luchas surgen continuamente corrientes de activistas honestos que rompen con las direcciones traidoras repudiando su freno a la movilización. Consideramos centristas a todas las corrientes no burocráticas y no burguesas que no adoptan la concepción revolucionaria y su programa en su totalidad y que no se organicen en una internacional revolucionaria.

Si son corrientes que en la lucha avanzan hacia el programa y la concepción revolucionaria en su conjunto las consideramos progresivas y buscamos que

avancen hacia su transformación en organizaciones revolucionarias o se integren a una organización revolucionaria existente, invitándolas a asumir el programa de conjunto. Si no lo hacen rápidamente dejarán de ser corrientes progresivas.

Si son corrientes que se alejan del programa y la concepción revolucionaria las combatimos como corrientes enemigas. En esta categoría entran también todas las corrientes que abandonan el trotskismo hacia proyectos reformistas.

Frente a todas ellas levantamos como nuestra alternativa la reconstrucción de la IV Internacional y sus partidos, para encabezar a la clase obrera en la insurrección para la toma del poder en cada país y extender la lucha a nivel internacional y mundial contra el imperialismo y por el socialismo.

La construcción de la Internacional y los partidos revolucionarios

La internacional revolucionaria y sus partidos son instrumentos al servicio de la toma del poder por la clase obrera por vía de la insurrección, la construcción de la dictadura revolucionaria del proletariado y la lucha intransigente hasta la derrota del imperialismo a nivel mundial y la construcción del socialismo. Su organización centralista democrática responde a ese objetivo. Esto es así hasta el punto que cuando decimos que nuestro objetivo es conquistar la dictadura revolucionaria del proletariado a través de la insurrección obrera, lo que estamos afirmando es que queremos trasladar nuestra organización, primero, al conjunto de los sectores más explotados y oprimidos de la clase obrera y, luego, al estado mismo. Y, por esa vía, al conjunto de la sociedad.

La concepción de la internacional centralista democrática y sus partidos es por lo tanto parte integral del programa y su remate.

Nuestra concepción de partido responde a lo que definió sintéticamente Nahuel Moreno en Revoluciones del Siglo XX (1984 - pag. 28) como características del partido bolchevique y la III Internacional:

Un partido obrero, democrático, revolucionario e internacionalista.

El partido que dirige el régimen soviético, el Partido Bolchevique, tiene todas esas características:

a) Obrero.- El Partido Bolchevique siempre fue obrero por su ideología, su actividad (incluida la de sus dirigentes), sus militantes y sus cuadros. Ganaba las elecciones, por ejemplo, sólo en las barriadas obreras más concentradas.

b) Democrático.- En el Partido Bolchevique todo se resolvía por discusión y votación. Prácticamente no hay ninguna resolución importante que haya sido adoptada por unanimidad. Después que se tomó el poder, esta democracia y libertad absolutas para los militantes se amplió mucho más. Las más grandes discusiones se hacían públicamente en las páginas de los periódicos oficiales del partido. Ningún dirigente fue expulsado jamás por sus opiniones o sus discusiones con la dirección.

c) Revolucionario,- El partido alentaba permanentemente la movilización revolucionaria de las masas. Comenzó a levantar a escala nacional e internacional un programa de transición, de movilización permanente de las masas. Consideraba que la toma del poder era una razón fundamental para acelerar la

movilización revolucionaria, no sólo a nivel nacional sino también internacional. El centro de toda su política pasaba por lograr desarrollar la movilización del proletariado mundial y de las masas oprimidas para hacer triunfar la revolución socialista internacional. Sin esto no había ninguna posibilidad de triunfo definitivo en la misma URSS.

d) Su logro más importante fue la III Internacional.- Su internacionalismo se concretó en la fundación de la III Internacional para dirigir la revolución socialista. El propio Partido Bolchevique resolvió supeditarse a la Internacional, ya que la revolución rusa era sólo una parte decisiva de la revolución mundial, pero parte al fin. Dejó de ser un partido ruso para transformarse en una sección de la III Internacional. Los dirigentes del partido pregonaron a los cuatro vientos que su internacionalismo llegaba hasta propugnar que, si era necesario, estaban dispuestos a hundir la revolución rusa para que triunfase la alemana, mucho más importante para la revolución mundial.

La III Internacional fue como el Partido Bolchevique, esencialmente obrera, democrática, revolucionaria. Fue el partido mundial de la revolución socialista, de la lucha permanente hasta el triunfo del socialismo en el mundo.

Previo a la toma del poder, la construcción del partido revolucionario conoce tres etapas claramente diferenciadas entre sí: la de grupo fundacional, de propaganda; la de partido de vanguardia con acumulación de centenares o miles de cuadros; la de la conquista de influencia al menos sobre una franja masiva del movimiento obrero y prepararse para la toma del poder.

En todas las etapas la construcción del partido revolucionario combina la intervención sobre el sector de clase estratégico, el movimiento obrero industrial, y los sectores más dinámicos de la lucha de clases lo que incluye otros sectores de trabajadores asalariados, la juventud estudiantil, los movimientos populares, campesinos, las minorías oprimidas, etc.

En las tres instancias de su construcción el partido revolucionario se distingue porque su principal actividad es disputar la dirección del movimiento obrero y popular a las direcciones traidoras y centristas en las luchas, para encabezar la movilización hacia la toma del poder. La diferencia es que en la etapa fundacional y de propaganda esto se hace a nivel de una fábrica o lugar de trabajo, en el período de vanguardia se comienza a extender este trabajo al país y recién se desarrolla plenamente la disputa de la dirección en la fase de conquista de influencia de masas y la lucha por el poder.

Tratamos de aprovechar la intervención electoral y todos los resquicios que nos ofrece el régimen democrático burgués para fortalecer al partido y ganar cuadros para la organización y el programa revolucionario, pero siempre subordinado a la intervención en la lucha de clases. Combatimos y denunciamos todo intento de convertir la actividad electoral y parlamentaria en el centro de la acción del partido. Esto es de enorme importancia hoy en día en que casi todas las corrientes de izquierda, incluyendo las que se dicen trotskistas, son electoralistas.

En las tres etapas de construcción nos basamos en el régimen centralista-democrático, con acento en la centralización y disciplina necesarias para intervenir en la lucha de clases. Sin embargo esa centralización y disciplina no se logran por decreto, sino por la vía de que las direcciones se prueben y ganen experiencia, prestigio y autoridad en la lucha de clases. La democracia sirve en todos los casos como factor de control sobre la dirección contra la burocratización y como vía de participación de la base y los cuadros medios en el proceso de elaboración y constatación de la política elaborada por la conducción.

El régimen del partido

Moreno explicaba el funcionamiento del régimen partidario en Actualización del Programa de Transición (Tesis XXXVIII, El carácter de nuestro partido y de nuestra internacional) del siguiente modo:

Todos nuestros partidos y nuestra Internacional en su conjunto reivindican orgullosos, como su ejemplo, la estructura del Partido Bolchevique. Eso significa que consideramos que nuestro partido tiene que estar formado por revolucionarios profesionales por un lado y que debe tener un régimen centralista democrático por el otro. Reivindicamos más que nunca al centralismo como la obligación número uno de todo partido trotskista. En esta época revolucionaria el trotskismo es perseguido implacablemente, no sólo por el estado burgués, los partidos burgueses y las bandas fascistas, sino también por los partidos oportunistas, los cuales con toda razón nos consideran sus enemigos mortales. Además nuestros partidos se construyen para llevar a cabo la lucha armada por la toma del poder, la insurrección. Este supremo objetivo sólo podremos alcanzarlo con una rígida disciplina, cuya única garantía es el centralismo y una dedicación que sólo pueden tener los militantes profesionales.

Pero al mismo tiempo, dentro del partido tiene que existir la más absoluta democracia, que permita tomar la experiencia del conjunto del partido y del movimiento de masas, la única forma de elaborar la línea. Por otro lado, es la única forma de hacer un balance cierto, democrático, de las líneas votadas.

No puede haber democracia sin derechos para las tendencias y las fracciones. Pero éste es un derecho excepcional porque el surgimiento de tendencias y fracciones es una desgracia para un partido centralizado para la acción. La discusión permanente en todos los órganos partidarios es la más grande herramienta de elaboración política para un partido trotskista. El partido debe vivir discutiendo sistemáticamente. Tiene que confrontar experiencias individuales o de organismos distintos y sectores de trabajo distintos para que a través del choque y de la discusión surja una línea correcta, la mejor resultante. Pero esta virtud de la discusión permanente se transforma en lo opuesto cuando un partido vive discutiendo permanentemente desde grupos organizados en fracciones y tendencias, y mucho más aún si éstas sobreviven a través del tiempo. Cuando esto ocurre, las fracciones dejan de serlo para convertirse en camarillas. El partido deja de actuar en forma unitaria hacia el movimiento de masas para volverse hacia

adentro, se paraliza, crea un ambiente parlamentario de polémica permanente e inevitablemente deja de actuar en forma unitaria y pasa a tener como actividad principal la discusión, esto es, deja de actuar principalmente en el movimiento de masas. La discusión es un medio fundamental y decisivo para nuestra actividad, pero sólo un medio. La existencia de fracciones y tendencias permanentes transforman la discusión en un fin en sí y no en un medio del centralismo y de la acción unida frente al movimiento de masas.

Tan importante como los militantes profesionales, el centralismo democrático y la discusión permanente, es el carácter orgánico que debe tener todo partido trotskista bolchevique. Un partido trotskista no merece el nombre de tal si adquiere características de tendencia, de grupo de propaganda o de movimiento. La clase obrera sólo puede derrotar a la burguesía si se organiza férreamente. Esta necesidad de la clase obrera debe ser tomada y elevada a su máxima potencia por nuestros partidos. En nuestros partidos todo se debe hacer en forma orgánica y a través de organismos; nada por fuera de éstos. Esto nos permite delimitar bien quiénes son militantes de quiénes no lo son. Sólo son militantes aquellos que pertenecen a un organismo del partido y están sometidos a su discipline. Además, es imprescindible una estricta jerarquización entre los organismos. Nuestros partidos tienen organismos de dirección, de base e intermedios, en una dialéctica permanente de discusión y ejecución. Todo lo que sea pasar por arriba de los organismos —aun cuando se apele a la base en plenarios— es la negación de la estructura bolchevique. Todo lo que sea mezclar los organismos existentes es democratismo y no estructura bolchevique. El Secretariado, el Comité Ejecutivo, el Comité Central, los comités regionales y las células tienen su ubicación estricta dentro del partido.

Este funcionamiento a través de organismos jerarquizados es el único que garantiza que nuestros partidos, al adquirir influencia de masas, mantengan el régimen interno bolchevique.

Así evitaremos el grave peligro de crear movimientos trotskistas con influencia de masas que, llegado el momento de la acción, se vuelvan anárquicos e incapaces de actuar con la centralización y disciplina de un ejército revolucionario como lo requieren las circunstancias de la época.

La composición social del partido revolucionario y su dirección debe ser preponderantemente obrera. Pero los trabajadores necesitan del aporte de militantes provenientes de otras capas de la población, incluso intelectuales provenientes de la burguesía y la pequeño burguesía, que ayuden a los obreros a asimilar el programa y el método del socialismo científico marxista-leninista-trotskista.

El partido tiene como su principal instrumento de construcción el periódico dirigido por su Comité Ejecutivo. La existencia de las redes sociales y otras nuevas tecnologías utilizadas en procesos de movilización recientes por las masas y sus direcciones no modifica en nada central esta concepción. Son instrumentos que debemos utilizar para fortalecer nuestra propaganda y agitación. Pero el

periódico leninista sigue siendo el “organizador colectivo” y las características del partido siguen siendo las mismas.

La tarea de acabar con la crisis de dirección revolucionaria de la clase obrera y las masas, combatiendo a las conducciones traidoras y construyendo la Internacional Revolucionaria y sus partidos, se vuelve más urgente que nunca ante la ofensiva de Trump y sus aliados. Sólo una dirección revolucionaria podrá impulsar la más amplia unidad de las masas del mundo para frenar la ofensiva de Trump, abriendo así el camino a la derrota mundial del imperialismo y el triunfo del socialismo.